

Guy Jimenes

El niño de Guernica

*roman traduit
du français à l'espagnol par
Anne Guillot*

El niño de Guernica est la traduction
de la nouvelle édition
de L'enfant de Guernica (éditions Barbedogre, 2025).

*Cette traduction originale est distribuée
sous licence Creative Commons.*

Pour information, consulter :
[https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/
deed.fr](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.fr)



© Anne Guillot
Les Râpées
45320 Courtenay-France
anne.guillot3@orange.fr
2025
Tous droits réservés

Aunque la acción y los personajes son ficticios, esta novela se basa en acontecimientos históricos. Las fuentes bibliográficas se mencionan al final de la obra.

El *Guernica* es un condensado de sufrimientos. El espacio aprieta, encierra como en un laberinto. El guerrero yacente y las piernas enormes nos aterran. La madre levantando la cabeza para suplicar al cielo nos muestra el abandono en la muerte del niño que lleva en el hueco de su brazo.

Frente al cuadro, Andrés observa el toro humano que se queda tan impertérrito como un dios, a no ser que esté en alerta. Pero ¿qué podría descubrir detrás de él que fuera más abominable que aquel infierno en la tierra?

¿Acaso sencillamente el Minotauro apartara la cabeza, molesto por la portadora de luz?

I

Gernika

« ¡Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta ; pero no convenceréis, porque convencer significa persuadir. Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. »

(Extractos de la respuesta de Miguel de Unamuno a los discursos nacionalistas durante una ceremonia oficial el 12 de octubre de 1936 en la Universidad de Salamanca - in Hugh Thomas, *The Spanish civil war.*)

La República del Frente Popular sigue en pie, vacilante, a la que ni Inglaterra ni la Francia del Frente popular apoyan.

En los últimos días de marzo, el general Mola anunció que « arrasaría Vizcaya » si ésta no se sometiera. Vizcaya no se sometió, y Mola mandó a la legión Cóndor que bombardeara Durango. Así es cómo la Alemania nazi estrena sus armas de guerra en el País Vasco.

La junta rebelde de Francisco Franco y Bahamonde se beneficia igualmente de la aportación de miles de combatientes de la Italia fascista, de moros y de la Legión extranjera.

Aquel domingo 25 de abril de 1937, la línea del frente se encuentra más cerca que nunca de Gernika. A unos quince kilómetros.

Gregorio Bidarte trabaja renovando una majada. Lo acompaña su hijo. Van a pasar la noche en la granja. El granjero se lo ha propuesto para ahorrarles una ida y vuelta inútil. Mañana será día de mercado y la granja queda más cerca de la ciudad que la aldea de los Bidarte.

Se juntarán con el resto de la familia (« las mujeres » como le gusta decir a Gregorio). Emilio espera volver a ver a su hermano mayor. Corre la voz de que dos compañías de gudarís están por volver del frente. Una de ellas sería la Saseta, a la que pertenece Vicente. ¿ Acaso

ya se encuentre en el convento de los Agustinos, su lugar de acuartelamiento ?

La guerra lleva ya durando nueve meses. Cuando se produjo el levantamiento de julio contra la República, los mozos se fueron alistando voluntariamente primero para combatir la rebelión. Luego, como iba creciendo el peligro, la incorporación se hizo obligatoria a partir del mes de noviembre.

No se puede enviar a todos los hombres al frente. Hay que mantener una economía. Gran parte de la población vive de la venta de frutas y verduras. Es el caso de los Bidarte. Además de las labores del campo y la crianza de algunas gallinas y conejos, a Gregorio lo contratan de vez en cuando para obras de albañilería y carpintería.

Emilio acaba de ensamblar tablas de largura necesaria y se dispone a hurgar en la caja en busca de clavos de tamaño conveniente.

– En cualquier momento, temo por Vicente, suelta su padre. Opino que me incumbe estar cerca de él. Mientras que él se juega la vida contra los requetés de Franco, yo aquí estoy tan tranquilo.

Emilio se queda inmóvil. Gregorio percibe su angustia :

– Tranquilízate, no es cuestión de que me vayan a incorporar de momento, ya no tengo edad, y con el pie que tengo...

Una rueda de carreta le molió los dedos del pie de niño.

– La línea de frente ha cedido en Ondarroa y en Eibar, prosiguió Gregorio.

– ¿ Qué pasará si nos ganan ?

– Lo que pasó siempre donde vencieron : harán reinar un nuevo orden y exterminarán a los oponentes... Pero

los hay que se conformarán con esta situación, ¿ tú qué te crees ?, y éstos no porque tengan miedo a morir o ser metidos en la cárcel : sino porque aprueban las ideas de Franco.

Los Bidarte ya se han enemistado con una parte de la familia que prefiere el otro bando.

La puerta de la majada se abre. Aparece el dueño de la granja. Es un hombre corpulento a quien parece que le falta siempre el aliento y le estorba su propia persona.

– Vaya, le dice a Gregorio, ¿ es que te pago yo para que converses con tu hijo ? Os estoy escuchando desde hace un rato... Bueno, ¿ qué tal anda esta renovación ?

– Esta noche habré terminado, como previsto, asegura con calma el padre de Emilio.

El granjero y él comentan un momento los detalles de las obras. El dueño sólo da consignas vagas. En realidad, no sabe mucho de ello. Es hijo de un indiano de Navarra y posee en la ciudad un comercio y apartamentos heredados de su padre. ¡ Dispone de rentas que le permitirían vivir lo que le queda de vida sin trabajar ! Y sin embargo, compró tierra y emprendió restaurar esa granja.

– Dos batallones de gudarís están de vuelta del frente, le confirma a Gregorio. ¿ La Sasetta no está acuartelada en el convento de Santa Clara ?

– Más bien en los Agustinos. Me alegro de volver a ver a mi hijo mañana.

– Si quieres puedes irte ahora.

– ¡ Qué va ! niega Gregorio. Tengo a bien acabar con el trabajo.

– Como quieras.

El dueño no le presta ninguna atención, ni ninguna mirada a Emilio.

- Cuando se declaró la guerra, dice, ¿ verdad que pareció lejana, casi extranjera ? Como si sólo concerniera el otro lado.

« El otro lado » es la manera de definir España fuera del País Vasco.

- Y aquí estamos.

El granjero suspira tan profunda y desesperadamente que Emilio se estremece.

- ¡ Qué pena ! vuelve a decir. ¿ Es que no lo teníamos todo para salir adelante, aquí ? Unos con otros, codo con codo, ricos y pobres, católicos e infieles, de derecha como de izquierda... Nos respetamos. Nada de violencia entre nosotros. Mira, siempre dejo la puerta abierta, no me roba nadie.

El granjero se calla y mira con insistencia al hombre que ha contratado, buscando aprobación.

- Hay que reconocer, admite Gregorio, que vivimos bastante bien juntos.

- Pero ¡ cómo cambian las cosas ! lamenta el granjero.

Y vuelve a suspirar y parece encogerse, presa del desamparo. Emilio lo observa con atención.

- Gudaris que van y vienen, hosteleros que se enriquecen con el aflujo de refugiados. Los Navarros que nos combaten... Esto no tiene sentido. ¡ Yo ya no entiendo nada !

Esta vez, Gregorio se contenta con un gruñido.

- Voy a dejaros acabar, a ti y a tu hijo, concluye el granjero.

En el momento de salir, se gira otra vez hacia el trabajador :

- Es una muy buena cosa enseñar a sus hijos las cosas de la vida.

Y lleva su mirada hacia Emilio, para mayor sorpresa del niño.

- Tienes suerte de tener a este padre.

El dueño se pasa la mano en la cara como si tuviera calor y da otro de sus inmensos suspiros.

- Esta noche, los dos dormiréis en la granja. Y se os dará de cenar.

Sale. El padre y el hijo esperan un momento antes de hablar.

- Nos estaba espiando, afirma Emilio.

- ¡ Qué va ! ríe Gregorio. No es su estilo para nada. Nos habrá oído hablar y nuestra conversación lo habrá interesado.

Deja pasar un tiempo antes de añadir :

- Es buena persona.

- Entonces ¿ Por qué está tan triste ?

- Su hijo murió en Durango.

Emilio se pregunta por qué su padre no le ha dicho esto antes.

- ¿ Y a nosotros ? pregunta tras un silencio ¿ Nos bombardearán también ?

- Anda, ayúdame a sujetar esta tabla, responde Gregorio asiendo el cepillo.

Emilio engulle su plato de sopa de garbanzos y devora con apetito su rodaja de pan untada con tocino. Disfruta estando aquí, compartiendo la condición de su padre que le sirve medio vaso de cuasivino.

No vio a Vicente desde la noche del 7 de octubre cuando, con su familia, se mezcló con la multitud para admirarlo mientras su hermano desfilaba con su compañía delante de la Casa de Juntas. Entonces reinaba en Gernika una atmósfera extraordinaria, solemnidad y alegría, que se había extendido, según decían los periódicos, a todo el País Vasco. La derrota, en aquel momento, parecía imposible. Hoy, es en la victoria en la que cuesta creer. En los primeros meses de la guerra, se siguió viviendo más o menos normalmente. Luego, a medida que iban avanzando las tropas franquistas, la carencia alimenticia se instaló a pesar de las medidas de ayuda tomadas por el gobierno de Aguirre y debido a la afluencia de refugiados.

Los gudarís se van turnando desde el frente para recuperar fuerzas, volver a organizarse y curar a sus heridos en el hospital del convento de las Josefinas o en el del colegio de las Carmelitas, cuyo techo luce ya una cruz roja. Ante la abundancia de heridos, también se transformó en hospital una sección de la residencia de ancianos. Además de los gudarís, la ciudad cuenta con refugiados civiles de las provincias circundantes conquistadas por los franquistas.

El dueño no tarda en juntarse con ellos bajo el pretexto de comprobar que no les falta nada. Trae una peonza a Emilio, una bonita peonza de boj rodeada de un cordón blanco.

– Está nueva, dice. Nunca fue usada. Es para ti.

Emilio siente que se está poniendo colorado hasta el pelo y mira a su padre.

– Tómala, ya que te la regalan. Y no te olvides de dar las gracias.

Emilio no tiene el tiempo de abrir la boca que ya el hombre gordo se ha dado la vuelta, mandándole al niño :

– ¡ Sígueme !

Poco dispuesto a alejarse de su padre, Emilio dirige un gesto de impotencia a éste último que se mosquea :

– ¡ Tira, por Dios ! ¡ Que lo sigas ! ¡ Que no te va a comer !

Emilio aprieta fuertemente la peonza en su mano. Tiene que correr para alcanzar a su huésped y se pregunta cómo un hombre tan triste y tan gordo, cuyos gestos parecían ralentizados, puede caminar tan de prisa. Llegado a su altura, lo observa de reojo : el cuello de la camisa se entreabre y la piel de su cuello parece flácida, oscilando a cada paso como una bolsa vacía.

El dueño hace entrar a Emilio en su casa y lo guía hasta el piso donde se encuentra su esposa. Está pavorosamente pálida, vestida toda de negro, y su cara supera en tristeza la de su marido. Sin embargo, sonríe al niño cuando éste se quita la boina con presteza para dirigirle un amable saludo, y lo saluda a su vez.

Emilio sigue al dueño hasta una salita llena de libros y juguetes. Se atreve a preguntar :

– ¿ Es la habitación de su hijo ?

- ¿Entonces te habló tu padre ?

Apenas es una interrogación y el dueño precisa :

- No, no es su habitación. A su habitación ya no vamos, su madre y yo. Aquí es el lugar donde le gustaba jugar.

Emilio se había imaginado que este hijo muerto en Durango pudiera haber sido un gudari de la edad de Vicente. Se siente mal al entender que se trata de un niño.

- Tenía tu edad, vuelve a decir el dueño. Ni diez años siquiera. Acércate, no temas. ¿ Tienes juguetes en tu casa ?

- Tengo un juego de aro. Lo he fabricado yo mismo con una yanta de bicicleta. La empujo con un viejo atizador que he encorvado en la punta calentándolo en la fragua. También tengo canicas. Y una carreta de heno pequeña que pertenecía a mi abuelo.

- Pero juguetes de éstos, insiste el dueño, estoy seguro de que no tienes. Míralos, no tienes nada que temer. Puedes tocarlos.

Emilio deja de lado un patinete colgado de la pared, irresistiblemente atraído por una escopeta de corchos.

- Puedes llevártela, si quieres. Es tuya, te la regalo.

Pero Emilio no ve la manera de llevar a casa un arma, por facticia que sea. A su madre no le haría ninguna gracia. Le recordaría a Vicente y los combates del frente.

- Elige otra cosa, pues. Te doy un juguete, él que quieras.

El brillo amarillo vivo del toldo de un carro. Es un carruaje de hojalata pintado con esmero y el caballito tiene muy buen porte. Emilio vacila y lo vuelve a poner en la estantería.

- Y esto, ¿ qué es ?

Indica una caja de cartón bajo una pila de revistas ilustradas. El dueño la saca de su sitio y se la da a Emilio, quien descifra solo la inscripción :

- ¡ « Lotería moderna » !

La tapa viene ilustrada con tres niños sentados fuera en un césped raso. Están jugando a la lotería. Una niña monita de mejillas redonditas, rubia y sonriente, luce un vestido rojo de cuello blanco como se ven los domingos en las hijas de las familias de bien que acuden a misa. El niño, por su parte, lleva una camiseta marinera blanca con una solapa cuadrada azul y bordada de rayas. Tiende una tarjeta a una diminuta niña de espaldas. A lo lejos, se percibe la orilla de un bosque. Se desprende de esta imagen una impresión de paz y de prosperidad.

Los dedos rosados y embutidos del dueño levantan la tapa y dejan aparecer un conjunto de tablas de cartón pintado representando casillas con números, una alfombra de juego y un lote de imágenes de colores. Emilio se queda deslumbrado. El dueño vuelve a cerrar la caja.

- Has elegido bien. Es tuya. Ahora, vámonos a juntarnos con tu padre. Vuelven a la granja.

- Encargaré más trabajos a tu padre, asegura el dueño, y cuando lo acompañes, tendrás derecho de venir aquí y llevarte cada vez un juguete que elijas. En las próximas ocasiones, cenaréis en nuestra mesa.

Tras la noche pasada en la granja, emprenden andando el camino a la ciudad. Emilio lleva su caja Lotería moderna, que su padre le ha envuelto en papel prensa y rodeado con un cordón que también hace de asa. De vez en cuando, Emilio comprueba que la peonza sigue en el fondo de su bolsillo. La granja se sitúa en la ladera de una colina y van bajando hacia la ciudad. Emilio no para de hablar.

– ¡ Basta ya ! Le dice su padre, ¡ Estoy harto ! Ahorra las fuerzas para el trabajo, que hoy no nos va a faltar tampoco.

Al cabo de un momento de silencio que le parece interminable, se le ocurre una idea a Emilio y se pone a andar con paso simétrico al de Gregorio, pero cojeando, él, de la pierna derecha.

Durante un buen trecho, el adulto y el niño caminan así al mismo paso, como una misma entidad renqueando, hasta que el padre por fin se entera y se pone a reír.

– ¡ Ni te habías fijado ! triunfa Emilio.

– Estaba pensando en el dueño. Y en esos regalos que te ha hecho. La peonza, más vale que lo sepas, la fabriqué yo. Era para ti al principio, pero el dueño la vio y la quiso. Quería ofrecérsela a su hijo para su cumpleaños. Pensaba que te lo habría dicho.

Emilio siente un pellizco de celos.

– ¡ Le había pedido mucho dinero por esta peonza ! añade Gregorio riendo. Estaba seguro de que se negaría.

¡ Pero qué va ! En fin, concluye, ya te ha vuelto a ti, y me alegro mucho.

Emilio piensa en el hijo del dueño a quien jamás conocerá y a sus padres.

– ¡ Cuántos juguetes ! Esta gente debe de ser riquísima.

– Pero se les murió el hijo, era su único hijo, y el dinero no se lo devolverá.

– ¿ Qué hacía en Durango ?

Emilio se lo está preguntando desde la víspera.

– No sé exactamente. Su padre no habla mucho del tema. Creo que unas monjas le curaban una enfermedad pulmonar.

– Por eso lo consentirían tanto, concluye Emilio.

– Lo peor, vuelve a hablar Gregorio tras una pausa, es que su cuerpo estaba tremendamente quemado... Es que si me pasara a mí eso...

Una extraña pregunta viene a la mente de Emilio : ¿ cómo se puede reconocer a un niño quemado ? ¿ Y si el niño quemado fuera otro ? ¿ si en realidad el hijo de los dueños no hubiera perecido en el bombardeo ?

¿ Qué habrá sido de él, entonces ? ¿ Y por qué desapareció ? Emilio se plantea en mente varias hipótesis y termina seleccionando ésta : el hijo de los granjeros, espantado por las bombas, se fugó de las monjas que lo curaban y fue recogido por una familia. El trauma del bombardeo, además de su enfermedad misteriosa, le hicieron perder los estribos. Cuando la guerra se acabe, se le volverá la memoria, y se reunirá con sus padres. Sí, así tiene que ser la verdad.

Emilio acerca su paquete y lo aprieta contra su pecho. El juego de lotería y la peonza son suyos ahora. Peor para el muerto cuando vuelva, ya le quedarán bastantes juguetes.

*

Al descubrir Gernika desde una de las colinas que la rodean, en su valle prolongando una ría, se entiende por qué se vino haciendo una ciudad de siete mil habitantes y un centro de encuentros e intercambios. La explotación de los recursos naturales de la región también la condujo a desarrollarse en el sector industrial.

Dos fábricas de cubiertos y orfebrería, una empresa de productos lácteos y dos manufacturas de armas proveen empleo.

La población es diversa, compuesta de obreros, empleados, artesanos, comerciantes, religiosos, también de jubilados de la armada y otros indianos atraídos por lo suave del clima oceánico.

Cada lunes es día de mercado. Los campesinos bajan de las aldeas circundantes para proponer a la venta sus productos. El último lunes de cada mes es, además, el de la feria de ganado.

La guerra hizo que afluyeran refugiados, a los que se suman los gudarís que van turnando de acuartelamiento. Se les acoge bien, aunque esos movimientos de tropas, desde el bombardeo de Durango, indican con más viva agudeza el retroceso de los soldados y la proximidad del peligro. El mercado permite asimismo recoger noticias del frente y se encuentra en él, a pesar de la penuria, productos de primera necesidad, particularmente garbanzos mexicanos y arroz valenciano, que abundan, y de los que uno se acaba hartando.

La temperatura es clemente y el cielo despejado, cuando Gregorio Bidarte llega con su hijo al Ferial, poco antes de las nueve, tras haber franqueado el río

por el puente de Rentería. Han pasado por un café donde clientes de toda la vida ya están en la terraza. Uno de ellos ha interpelado a Gregorio, a quien conoce bien :

- ¡ Ea, cojo ! ¡ La Saseta está en los Agustinos !

- Sí, ya lo sé.

- ¡ Tómate algo con nosotros para celebrarlo !

El padre de Emilio ha rechazado la propuesta.

- No, otra vez será.

Al acercarse del Ferial, Gregorio evoca la memoria de su padre, borracho de los de cartelera, a quien su esposa muchas veces vino a recoger aquí. Hasta pidió prestado al tabernero la carretilla que usa para transportar sus cajas de botellas, y llevó al canalla de su marido así, de pie, mantenido a los bastidores de la máquina de ruedecillas por el cinturón de cuero pasado debajo de las axilas, ¡ y peor para el pantalón que se le iba cayendo !

Eso le da mucha risa a Emilio, aunque no recuerda para nada a su abuelo, y apenas a su abuela, quienes fallecieron cuando era pequeño.

Llegan a su emplazamiento habitual.

- Vas a esperar aquí a que lleguen las mujeres, ordena Gregorio. Ayudarás a descargar la carreta y darás de beber a la mula.

El niño entiende que no acompañará a su padre a los Agustinos.

- ¡ « Mujeres » , mis hermanas ! refunfuña.

- Guarda nuestro emplazamiento y no le permitas a nadie que lo coja. Si alguien quisiera ahuyentarte, déjale bien claro que tendrá que rendirle cuentas al Cojo.

Gregorio es de complexión fuerte y nunca ha temido pelearse.

- ¿ Vendrá Vicente a verme ? pregunta Emilio con una súplica en la mirada.

- Lo traeré aquí si lo permiten sus jefes.

Una vez solo, Emilio se queda pendiente del carruaje de su madre y sus hermanas, compuesto de una carreta jalada por una vieja mula gris que les presta un vecino.

- ¿ Qué diablos estarán haciendo éstas ? masculla apretando las mandíbulas.

Si se hubieran dado más prisa, habría podido acompañar a su padre.

El mercado empieza a animarse. Más por juego que por necesidad, Emilio delimita el emplazamiento familiar alineando piedras. Descubre una vieja caja usada, tirada a la basura, que coloca en uno de sus lados estrechos, confeccionando así una silla rudimentaria, y se sienta en ella como lo hace un soberano en su trono.

Ve pasar a un niño de su edad que conduce un par de bueyes. Se conocen, son de la misma aldea y a veces vigilan juntos las mismas ovejas. Intercambian una señal de la cabeza y Emilio experimenta una secreta satisfacción al ser él de los dos que no tenga nada que hacer, por el momento, más que descansar esperando a « las mujeres » , aturdido por el clamor del mercado.

– ¡ No nos harán ningún daño porque somos católicos como ellos !

Esta exclamación varias veces repetidas, saca a Emilio de su sueño.

Es un viejo campesino de Arana quien la profiere, significando que los franquistas combaten en nombre de la iglesia. Pero su esposa reacciona a esta afirmación, como molesta :

– Para llegar a convencerte a ti mismo repites esta estupidez como un loro. Que fuéramos católicos no impidió que nos masacraran en Durango con sus bombas. ¡ A catorce religiosas mataron en la capilla de Santa Susana en el momento de la misa ! ¡ A catorce !

Emilio ya oyó contar esta historia : hasta un sacerdote murió en el instante preciso en que levantaba la hostia.

Vigila la reacción del campesino de Arana, pero éste se conforma con alzar los hombros y la pareja sigue su camino. La mujer insiste otra vez con voz poderosa :

– Lo cierto es que, cada vez más a menudo, pavas nos están pasando por encima de la cabeza.

Los gemelos Castaño están frente a Emilio, vendiendo sus verduras.

– Tiene razón, dice uno. Por mucho que suenen las campanas de Santa María, y voceemos « ¡ ya llegan, ya llegan ! », nadie nos ha pegado un tiro.

– Tú eres como el que cierra los ojos y dice que es de

noche, ironiza el otro mientras pesa un manojó de cebollas. ¿ Por qué te crees que fueron a por arena a la playa de Laida y llenaron sacos y más sacos ?

– Es verdad, aprueba la cliente al recoger las cebollas de la bandeja de cobre a su cesta. En el paseo de los Tilos, excavaron al menos tres refugios.

Emilio deja de escuchar. Su madre sigue sin llegar con sus dos hermanas y la mula. « ¡ Con las tres mulas ! » improvisa, riéndose solo de su toque de humor. « Eso es exactamente lo que les voy a decir. »

Lleva un momento pensando en deshacer el cordón de su paquete, quitar las hojas de papel prensa y abrir su juego de lotería. Pero teme atraer la codicia de tres muchachos ociosos que andan merodeando por la zona y prefiere, más discretamente, jugar a la peonza.

La saca de su bolsillo y enrolla el cordón blanco alrededor del cono de madera, que tira al suelo con ademán firme. La peonza da dos o tres saltos antes de erguirse en la punta metálica y dar vueltas sobre sí misma con tal perfección que se pudiera creer que está inmóvil.

Ya la ha probado la víspera, y es una buena peonza la que su padre confeccionó para él. ¡ Suerte que la haya heredado ! Emilio la observa hasta que se pone a tambalear, vacilando en caer hacia un lado o hacia el otro. La coge antes de que se inmovilice.

Entonces siente un pequeño hueco bajo el dedo. Mirándolo más de cerca, descubre en la madera imperfecciones que fueron colmadas con una pasta compuesta de serrín y cola. Con toda claridad, luego se lijó el conjunto para disimular esta intervención. Pero un leve hueco no se rellenó bastante, que Emilio ha detectado con el dedo.

Saca su navaja, la abre y rasguña con delicadeza con el filo de la hoja la fina capa de tinte. Pronto hace aparecer en su color natural el serrín reparador mezclado con cola endurecida. No se trata exactamente de « reparación » ; en realidad se quiso colmar las ranuras de seis letras grabadas : ANDRÉS.

Emilio ha reconocido la mano de su padre. Entiende que el dueño primero le pidió a Gregorio que grabara el nombre de su hijo, y luego se lo hizo borrar tras la muerte del niño.

Siente haber rasgado el tinte con la hoja de la navaja. Le pedirá a su padre un poco de producto y esconderá las letras.

Pero no, piensa. Dejará que se vea la huella de ese Andrés, hasta para eso va a rascar la cola y el serrín en los surcos para que aparezca aún más claramente.

Sigue jugando con la idea de que el niño atrozmente quemado de Durango no es ese Andrés. Cuando acabe la guerra, cuando sus padres hayan vuelto a juntarse con su hijo salvo y vivo, Andrés y él se harán amigos. Y compartirán la peonza. Desde luego pertenece a ambos : cierto, la compró el dueño, pero fue Gregorio quien la fabricó para él, para Emilio.

Al otro lado de la peonza, grabará también su nombre, cuyas seis letras correspondan con las de Andrés.

Pero ¿ qué pasará si el otro no quiere ni hablar de compartir ? Entonces, Emilio le partirá la cara.

Se le ve una mueca de vencedor al guardar la peonza en el bolsillo. Casi al mismo instante, redoblan las campanas de Santa María.

– El chivato ! grita una voz.

Este apodo dado al avión de reconocimiento provoca risas nerviosas. No es la primera vez que sobrevuela la ciudad. No se teme de él que suelte bombas, pero nunca es buena señal verlo.

– ¡ Alcahuete ! grita un muchacho a modo de insulto, blandiendo el puño en la dirección del avión, antes de tirar su boina hacia el cielo.

El avión no tarda en desaparecer. Las campanas de Santa María y las sirenas de las fábricas pronto dejan de dar la alarma.

Este sistema de alerta aérea funciona desde hace semanas. En una colina, un observatorio convertido en refugio permite a una vigía anunciar la llegada de cualquier aparato dirigiendo una señal a los guardas de facción arriba de la torre de la iglesia.

Emilio no ha experimentado real miedo al pasar el avión espía. Mucho más inquietantes son las pavas de las que una mujer de Arana ha hablado, aquellos gordos aviones negros sobrevolando los campos a veces a baja altitud.

La aparición del chivato desató las lenguas y la conversación vuelve a iniciarse a propósito de los refugios.

– Hay uno detrás del frontón y otro en el ayuntamiento, dice un cliente a los gemelos Castaño.

Curiosamente, el de los dos que no creía que fuera posible un bombardeo es el primero en contestar.

– He « visitado » el hueco de la calle Santa María. Con su techo de tabla de pino, no doy un duro por el pellejo de quienes se refugien ahí.

– Lo ves, nota su hermano, ya te vas acostumbrando a la idea de que nos van a dar en la cabeza.

Algunos transeúntes se meten en la conversación. ¿ Viene menos gente al mercado por culpa de la amenaza ? Parece que no.

– ¿ Y qué le vamos a hacer? Si tiene que caer, ¿ qué más da que estemos aquí o en nuestras casas ?

Cada uno se lamenta de la falta de defensa antiaérea. La ciudad dispone en total de una ametralladora Steyr. Una reliquia, según dice un antiguo gudari que bien la conoce y afirma que se encasquilla una vez sí y otra también.

– ¡ Como si pretendiéramos echar abajo las pavas con una honda !

Una mano en el hombro de Emilio. Es Inés, la menor de sus hermanas. Se ha apeado de la carreta a la que él no ha visto llegar, y ha corrido hacia él. Esconde algo en su espalda.

– ¿ Y eso qué es ? pregunta exhibiendo la caja de juego embalada en papel prensa.

– ¡ Devuélvemela ! , ¡ Es mía ! ¡ Si te pillo, te mato !

Ines se ha fugado y ahora se protege detrás de la mula. Emilio se queja a su madre, apenas ésta se baja del carruaje.

Su hermana mayor Luisa sale en su defensa, y Beatriz Bidarte, como madre, hace de arbitro :

– ¡ Inés ! ordena con voz fuerte. Devuelve lo tuyo a Emilio ahora mismo. No empecéis los dos. Ya tenemos bastante retraso.

Emilio recupera su paquete y no lo pierde de vista en todo el tiempo que ayuda a su madre y a sus hermanas a vaciar la carreta e instalar lo que traen para vender.

– ¡ Vicente está en los Agustinos ! se apresura a decir.

– Ya lo sabíamos, replica Inés. ¿ Qué te crees ? Por eso vamos con retraso. Emilio se vuelve hacia Beatriz, a la vez feliz y decepcionado :

– ¿ Es cierto ? Entonces, ¿ lo habéis visto ? ¿ Qué tal está ?

Pero Luisa le sopla que se calle. Su madre está de mal humor, y mejor conviene hablarle de otro tema que su intento por lo visto fracasado de encontrar a Vicente.

Luisa pregunta a su hermano menor lo que ha hecho desde la víspera, curiosa por saber lo que contiene el misterioso paquete. Inés también lo hostiga a preguntas, y él acaba hablando del dueño y sus dos regalos, observando de reojo una eventual reacción de Beatriz. Ésta permanece impassible, pero en cuanto termina de colocar sus cestas de huevos, sus conejos y las jaulas de sus aves, exige que su hijo abra el paquete. Quiere comprobar en qué estado está este juego.

– ¡ Está como nuevo ! protesta Emilio, convencido de que su madre subestima el regalo del dueño y se espera a una antigualla.

Cuando arranca el cordón y el papel prensa y ella descubre la caja Lotería moderna y su contenido, reconoce :

– ¡ Qué bien te cuida !

– ¡ Pongámosla a la venta ahora mismo ! dice Inés para provocar. Y también su peonza que todavía no nos ha enseñado...

Sus hermanas se ríen como locas. A él no le hace ninguna gracia. Vuelve a embalar mal que bien su paquete

y lo pone a cubierto bajo un tejido antes de comenzar a llevar la mula al abrevadero.

Cuando vuelve, le pregunta discretamente a Luisa por qué no han podido ver a Vicente : ellas se han topado con Gregorio en el barrio de los Agustinos, y se ha puesto furioso de verlas allí, reprochándoles que no hayan empezado a vender.

A Emilio le complace secretamente la decisión de su padre : así ni Luisa ni Inés han tenido más oportunidad que él de ver a su hermano.

Hacia las once, Gregorio está de vuelta.

- No quería decirte nada antes de verlo, revela a su mujer.

Al ir a los Agustinos, se ha enterado de que Vicente estaba herido.

- ¡ Herido ! se inquieta Beatriz.

- Recibió tres trozos pequeños de metralla en la pantorrilla y el muslo. Nada grave. Justo, quería asegurarme de ello primero... No te preocupes, ha pasado una hora en San José, el tiempo necesario para cambiar sus vendajes.

- ¿ Va a venir ? pregunta Beatriz.

- No. Puede andar, pero tiene que cuidarse.

- ¡ Cojo será ! ¡ Como papá !

Su madre le lanza una mirada enfurecida.

- ¿ Cuándo podremos verlo ? pregunta ella.

- Lo mejor sería en la tarde, después del almuerzo. Me quedaré aquí con Emilio mientras vayáis.

- ¿ Y yo qué ? protesta el muchacho. ¿ Es que no voy a ver a mi hermano nunca ?

- Tranquilízate, nosotros volveremos allí cuando hayan vuelto.

Inés viene a canturrear al oído de Emilio :

- Veremos a Vicente antes que tú... Veremos a Vicente ant...

Se da la vuelta para cogerla, pero es más viva que una anguila y su mano se cierra sobre el vacío.

Algunos afirmaron haber visto el chivato, el alcahuete, merodeando aquella tarde en el cielo despejado. Pretenden que las campanas y las sirenas sonaron una vez más, quizás dos, por su venida. E incluso que el aparatito de reconocimiento soltó algunas bombas.

De eso, Emilio no se ha quedado con ningún recuerdo y sólo recuerda esta certidumbre : que hubiera sobrevolado la ciudad una o más veces, aquel lunes 26 de abril, el avión espía no se desplazó en vano. Cumplió con su oficio de chivato recogiendo los datos necesarios a la realización de una misión de muerte de la que no fue más que el anunciador.

El descanso del almuerzo ha permitido reponerse gracias a los eternos platos de garbanzos que, esta vez, Beatriz ha asado. Luego la madre y las dos hijas se han ido andando a los Agustinos, dejando a Gregorio y Emilio para que atiendan a su clientela. No han vendido mucho por la mañana, y esperan poder compensar.

A eso de las cuatro y media, se da de nuevo la alarma. Pronto se oye una serie de explosiones, entre ellas una potentísima que estremece el suelo. Y, en el barrullo de las campanas y sirenas, Emilio percibe el ronquido potente del avión al pasar cerquísima del mercado.

- ¡ Rápido ! grita su padre. ¡ Tenemos que parapetarnos ! Quizás vengan más.

Los clientes como los tenderos ya no vacilan en

abandonar sus puestos. Va elevándose un humo espeso a unos quinientos metros, del lado del puente de Rentería. Mientras todos se dirigen rápidamente y sin desorden hacia los diferentes refugios, un gudari llega corriendo y trae estas noticias :

– El puente está intacto, pero hay agujeros enormes al lado. Se han cargado la estación. ¡ He visto un riel torcido como un trozo de morcilla ! Y otro hueco inmenso, en la calle San Juan.

Ésta es la explosión muy cercana que hizo temblar el suelo.

Gregorio quiere reunir a su familia.

– Vamos a esperar algunos minutos, le dice a Emilio. Si no ocurre nada, correremos hacia los Agustinos.

Se aposentan con el gudari y algunos otros en un refugio cercano. El soldado ha reconocido el tipo de avión :

– Un Heinkel-111.

Estaba con su compañía en el frente de Eibar el día del bombardeo de Durango y, desde las alturas del Kalamua, ha visto operar a la legión Cóndor.

El gudari explica también que este primer avión que parecía venir del mar, en realidad despegó de Vitoria donde está la base de la Legión. Se dirigió hacia el litoral y dio media vuelta, probablemente encima de Murueta, antes de sobrevolar la ría para venir a atacar Gernika por el norte y volver directamente a su base.

– « Este primer avión... » nota una campesina.

– Sí, habrá más. Un Heinkel nunca sale solo. La primera vez, no toman muchos riesgos, entiendes, por si acaso hay una réplica. Pero esos pájaros de mal agüero ya saben que no disponemos de ningún medio de derribarlos, y para mí que el resto de la colonia ya está en el cielo.

Gregorio se levanta de un salto.

– Tengo que encontrar a los míos.

– No corren peligro en los Agustinos, intenta convencerle el gudari. Ahí tienen un buen refugio, una cueva grande. Y monjas para atenderles.

Emilio, recordando las conversaciones de la mañana, sabe a qué atenerse acerca de las monjas y de los refugios. Pero se siente en seguridad, aquí, con su padre, cuya mano sabe que podrá asir en cualquier momento. Y contempla el grosero techo de tablas rematado por sacos de tierra y las paredes del refugio como el interior de una fortaleza. Hay que esperar, nada más que esperar, a que pase.

Aproximadamente un cuarto de hora ha transcurrido desde el ataque. Gregorio se vuelve a poner nervioso.

– Vámonos, ordena a su hijo. Sígueme y no te apartes de mí ni un milímetro.

Ya están fuera del refugio y corren hacia los Agustinos. Tampoco es muy cerca.

– ¡ Esperadme ! Oyen a sus espaldas. Os acompaño.

Se vuelven. El gudari está corriendo detrás de ellos.

*

Un ataque de seis aviones volando a baja altitud en dos formaciones los ha sorprendido.

Las primeras bombas soltadas por el Heinkel han hecho víctimas y la población, al oír el rugido de los aviones, huye masivamente de las casas en busca de un refugio subterráneo. Emilio, su padre y el gudari no han podido abrigarse en el primer « hueco » encontrado donde ya se amontona demasiada gente. Se han puesto de cuclillas delante de una fachada que esperan

sólida, sin atreverse a mirar para arriba, con el espinazo encorvado en una postura de sumisión a la plenipotencia del fuego.

Por más que se tapen los oídos, anticipan cada explosión por la estridencia de los proyectiles antes del impacto, encogiéndose más y rezando por salvarse de la masacre cada vez que tiembla la tierra bajo sus pies.

Sin pensarlo, Emilio se ha puesto a sumar las explosiones, y luego ha perdido la cuenta.

La ola ha pasado y se levantan. Emilio, medio sordo, no ha soltado la mano de su padre, a no ser que sea lo contrario. Sus manos están sudadas como si las hubieran sumergido en agua.

– Putos Junkers, escupe el gudari que ha identificado esos nuevos aparatos, aún más enormes que los Heinkel.

Y blande el puño como lo ha hecho el muchacho esta mañana en el Ferial.

Retoman su carrera hacia los Agustinos. El barrio ofrece un aspecto desolado con sus edificios reventados, derrumbados. Las viviendas más antiguas, de madera todas, están ardiendo. Se oyen gemidos, gritos de desesperación, llamadas al auxilio.

– ¡ Idos los dos ! propone el gudari. Tenéis que encontrar a los vuestros. Mi propia familia está en Bilbao, a salvo, espero. Voy a quedarme aquí a ayudar a esa gente.

No son los únicos en correr, otros vienen en sentido contrario con semblante tenso como si su supervivencia dependiera sólo de esta carrera. Lo que lleva a Gregorio a reflexionar.

Para en seco, reteniendo a Emilio.

– Por un lado u otro, es la misma mierda. ¡ Escucha ! Ya vuelven los aviones...

Ese zumbido de mala muerte los petrifica. ¿ A dónde ir ? Emilio contempla, alhelado, un cráter de bomba que va llenándose por el flujo de una tubería rota.

- ¡ Volvamos al mercado ! grita su padre. Que no bombardearán más donde ya han bombardeado. Nos juntaremos con Beatriz más tarde.

Cruzan una zona donde se eleva un humo espeso. Postes eléctricos, cables yacen en el suelo. Un olor acre a fuego y polvo les irrita la garganta.

- Venga, lo apresura su padre, ¡ que vuelven las pavas !

Se abrigan en un refugio donde la gente amontonada se observa sin decir nada en una penumbra que rezu- ma el miedo murmurando oraciones.

Se abaten las bombas. Su padre se ha equivocado : donde ya han bombardeado, siguen bombardeando. Pero se percibe algo nuevo, y no sólo en la mayor frecuencia de los impactos : ni el zumbido de los motores, ni el silbido de los proyectiles son del todo idénticos a los de la ola precedente. Gregorio se iza, arriesgando la cabeza y los hombros fuera para darse cuenta. Emilio siente mucho miedo por su padre, pero admira su bravura.

- ¡ Escóndete ya ! lanza una mujer cogida del miedo a que Gregorio los haga visibles a los ojos de algún piloto.

El padre de Emilio suelta un taco y se deja caer en el refugio, cegado y frotándose los ojos.

- ¿ Qué has visto ? le pregunta un anciano.

Gregorio se queda silencioso.

- Trata de decirnos, insiste el viejo.

- Una bomba, contesta Gregorio. Una bomba ligera y brillante. Rodó por la calle y de repente, se ha inflamado como... como...

Hace un ademán de impotencia y no termina su frase. El refugio se hace irrespirable. Demasiado humo, demasiado polvo que contamina cada parcela de aire, se insinúa en la nariz, los ojos, los oídos, los poros de la piel.

Salen tosiendo, escupiendo, entre los montones de piedras, cadáveres calcinados, torcidos, secados como momias, humanos escombros colgando de las deshojadas ramas de los árboles, entre el hedor de las carnes quemadas.

– ¡ Vuelven !

No son los Junkers, sino aviones más ligeros volando a ras de lo que queda de los techos de Gernika, soltando granadas y bombas incendiarias, ametrallando la población.

– ¡ Nos van a cargar a todos hasta el último ! ruge una voz.

Emilio se agarra al brazo de su padre, para arrastrarlo.

– ¡ Quiero ver a mamá !

– ¡ Imbécil ! se enfada Gregorio arrojándolo al suelo de una sacudida. Nos están ametrallando, ¿ es que no lo ves ? ¡ Nos están disparando a vista como a conejos !

Su padre tiene la cara sucia de polvo y sudor mezclados y un semblante de estupor. Emilio siente que se le suben las lágrimas.

– ¡ Levántate ! le grita su padre. ¡ Por Dios, sé un hombre !

Le es necesario gritar para cubrir el ruido del avión. Emilio obedece y corren a abrigarse al pie de un muro.

– ¿ Y qué hay de tu juego de lotería ? pregunta Gregorio, esforzándose por hablar a su hijo con más ternura y distraerlo de la atrocidad ambiente.

- No sé dónde lo he metido, contesta Emilio. Lo he perdido, no sé dónde. Durante esta tregua, se desvía soberanamente y baila algunos pasos antes de mear un poco más lejos. Cuando se vuelve, ha desaparecido Gregorio.

A Emilio no le bastará la vida para entender cómo pudo ocurrir tan rápido sin que se diera cuenta de una manera u otra. Ningún golpe sordo, ninguna vibración particular en el suelo, nada que recuerde, en cualquier caso.

Tarda algunos segundos en descubrir a su padre. Bastaba con bajar los ojos. Gregorio está tendido boca arriba. Sólo aparecen la cabeza y la parte superior de un hombro como si la ciudad le hubiera echado encima una sábana de escombros. Se ha vuelto un anciano con ese pelo y ese bigote blanqueados por el polvo y esas huellas sucias en la frente, sombreadas como arrugas. Luce una mala sonrisa. En realidad, hace una mueca por un dolor inaguantable. Emilio se entera bastante rápido.

- ¡Auxilio! ¡aúlla.

Entre ese pánico de zombis que corren en todos los sentidos y huyen hasta de su sombra, un hombre lo oye y acude a ampararlos. Por extraordinaria casualidad, se trata del gudari que los ha acompañado hace poco. Un sentimiento de alivio y confianza invade a Emilio. Este hombre va a sacarlos de apuros.

El gudari, a quien pronto se le junta un tipo que lleva una corbata, empieza a desenterrar a Gregorio. El niño intenta ayudarlos, pero el desconocido lo rechaza reprochándole que no da abasto.

Su padre sigue haciendo mueca al mirarlo y Emilio se siente hundido en esa mirada que ya no sabe verlo. Se

desprende de ella y se pone de cuclillas a ras de suelo, temblando, metiendo la cabeza entre los hombros, apretando los brazos contra el pecho y apoyando en ellos las rodillas para encogerse y si pudiera, desaparecer de este infierno.

– Estate tranquilo, dice el gudari a Gregorio. Te vamos a sacar de aquí.

Aquellas palabras varias veces pronunciadas se abren camino en la mente de Emilio hasta despertar su vigilia. ¡ Entonces sí que queda alguna esperanza ! Se despliega, se endereza dolorosamente y camina hacia su padre enterrado cuyos brazos acaban de ser sacados.

Pero ya el gudari y el hombre de la corbata no se activan. Su silencio embarazado da a entender al niño que no hay nada más que intentar, que su padre se encuentra aplastado bajo una masa excesivamente pesada, imposible de despejar.

Y vuelven los aviones.

– ¡ Papá !

En la mirada de Gregorio, vibrante de dolor, sigue sin haber ningún reflejo de Emilio. En esta boca torturada en la tensión del mínimo soplo, ni una palabra para el hijo.

Está a punto de huir, abandonar a este padre ya que este padre lo abandona. Le faltan fuerzas. Y el desamparo lo echa de rodillas, justo al lado de Gregorio.

– Vuelve, papá. ¡ Vuelve, por favor, vuelve !

– Te está escuchando, dice el gudari.

Es cierto, ¡ Gregorio ya lo mira y lo ve ! Parece no sufrir tanto, al menos no de la misma manera. Es evidente, hasta para Emilio, que va a morir.

– Emilio...

No ha habido sonido. El niño ha descifrado su nombre en los labios.

– Acércate.

Esta vez, se pueden oír las palabras. O bien es Emilio quien imagina la voz. El niño frota su cara en la de su padre, en sus labios, en su bigote, y Gregorio lo respira en el cuello, muy cerca de la oreja. Emilio se estremece y lo respira a su vez.

¿ Desde cuándo lleva asida la mano de su padre ? La siente que se afloja en la suya.

Emilio levantado del suelo. Es el gudari quien lo arranca para echar a correr. ¿ A correr otra vez ?

– ¡ Suéltame !

El gudari lo vuelve a colocar en el suelo pero lo retiene por la muñeca, obligándolo a correr a su lado :

– Hay que salir de la ciudad. Aquí moriremos sin lugar a duda.

Los supervivientes huyen de los irrisorios refugios que para tantos otros resultaron sepulturas.

– ¡ No ! se rebela Emilio. ¡ Estás mintiendo ! ¡ Mamá no morirá ! ¡ Ni mis hermanas ni Vicente tampoco !

– Cuando caiga la noche, dejarán de bombardear y podremos volver.

El gudari pierde el aliento por arrastrarlo. Emilio acaba opinando que tiene razón el hombre, con el cuento ese de la noche. Se pone a correr con más ganas, el gudari le suelta la mano y es el niño, entonces, quien teme que el soldado lo abandone.

– ¡ Espérame !

¿ Dónde se ubicarán ? Resulta difícil situarse en la llaga abierta en que se ha convertido la « ciudad santa de los Vascos » .

El gudari busca el camino más corto hacia los campos.

Un zumbido de los más sordos, y de nuevo una ola de Junkers descargando sus bombas. Emilio y su compañero se abrigan como pueden.

- ¿ No estará anocheciendo ?
- No, es el humo. Pero no está espeso en todas partes y el viento lo esparce. Eso no les va a detener.

El silencio que sucede al ataque no dura : ligeros Heinkels surgen de nuevo, yendo a pique en los espacios sin humo y soltando nuevas bombas incendiarias. Se han puesto a correr otra vez. Emilio todavía siente la fatiga, la tristeza no consigue aposentarse. Reconoce que van camino a Rentería y aumenta el ritmo de por sí. Experimenta una exaltación sombría que le hace repetir mentalmente, al paso de su carrera, la orden del gudari: « Hay que salir de la ciudad ».

Una vez franqueado el puente, se acabará, se esca- parán de la matanza, imagina, mientras un avión se les viene encima a pique.

El gudari se arroja sin previo aviso sobre el niño a quien placa en el suelo antes de pesar de golpe con toda su masa inerte, mientras se aleja el avión. El cuerpo del gudari lo va a ahogar. Emilio entra en pánico. A fuerza de coletazos desesperados, acelerados por una sensación caliente en el cuello que lo marea, junta fuerzas para liberarse y vuelve a correr sin una mirada para el que acaba de salvarle la vida pagando con la suya.

Se detiene unos metros más lejos, saca su pañuelo, y se limpia detenidamente el cuello antes de deshacerse del tejido empapado por no sabe qué líquido nauseabundo. Se limpia los dedos en la ropa.

Al coger el pañuelo, ha sentido la peonza. La coge, la aprieta con fuerza con la mano y se pone a correr. La peonza le proporciona consuelo, pero tiene miedo de dejarla escapar y perderla. Por fin, la guarda en el fondo del bolsillo.

Su carrera instintiva lo lleva a franquear el río en el puente de Rentería, intacto, donde se apretujan como él otros supervivientes con quienes no intercambia la más mínima palabra. Los aviones siguen ametrallando.

« Nos están disparando a vista como a conejos ! » ha dicho Gregorio un siglo antes. Y es exactamente lo que sigue ocurriendo.

Sin pensarlo, Emilio emprende en sentido contrario el camino por el que salieron de la granja por la mañana. Por todas partes yacen cuerpos, por la mayoría silenciosos en la inmovilidad de la muerte, otros gimiendo, arrastrándose, para quienes Emilio no puede hacer nada, para quienes ni siquiera imagina poder hacer algo.

Gana terreno rápidamente, cortando por los campos. Cuando oye un ruido de motor, se arroja a la primera zanja que encuentra, se esconde debajo de un árbol o, si está demasiado al descubierto, se tumba bocabajo haciendo el muerto.

Cuando se levanta por última vez, toma verdadera consciencia del lugar donde se encuentra : cerca del bosque que marca el camino que lleva a la granja del dueño.

Comprueba una vez más la presencia de la peonza, y le llega a la mente el pensamiento de este Andrés a quien no conoce, a quien nunca conocerá. « Yo soy él, piensa, y vuelvo a mi casa » .

Bien sabe que se ha inventado este cuento y que Andrés sí que murió en Durango, tan fácil es morir bombardeado, tantas personas mueren aquí de esta manera.

Va a buscar al dueño y decirle lo que acaba de pasarle a su padre. Le pedirá que lo ayude a encontrar a

su madre y sus hermanas y su hermano mayor Vicente. El dueño entenderá, está convencido.

Encuentra en sus adentros una energía nueva para subir a la granja, que todavía le esconde una fila de árboles. A medio camino, ya puede verla.

La granja está ardiendo, así como una granja vecina. Los edificios del dueño terminan de consumarse. Cosa extraña, el crepúsculo está tranquilo. No hay ni un alma viviente cerca de la granja, ni siquiera animales fugados por los campos.

Emilio da media vuelta. Presa del pánico al pensar en la noche que se acerca, se golpea la cabeza a puñetazos, varias veces, para ahuyentar la imagen del dueño y alejarse cuanto antes de esa desolación.

El gudari tenía razón. El silencio ha vuelto en el campo. Los aviones han regresado a su base al acercarse la noche.

Emilio se anima a volver allí antes de que oscurezca por completo. Pensar en su madre le da valor y lo abrumba al mismo tiempo. Mamá... Luisa, Inés, Vicente... Lucha para no dejarse invadir, sólo se autoriza un chorrillo de queja, parecido al gemido suplicante de un cachorro. A su madre, le va a contar todo, ya está contando.

Vista desde lo alto, la ciudad ya no es sino ruinas y llamas. El campanario de la iglesia Santa María, milagrosamente, sigue en pie, fantasmal, siniestramente iluminado por el furor cercano de un incendio.

Emilio tiene la tentación de acostarse directamente en el suelo, al borde de la carretera, y dormir hasta hartarse. No se detiene excepto para mear, parece mentira que pueda mear tanto.

Franquea el puente y evita cuidadosamente el lugar donde cayó el gudari. Rehace los mismos pasos que hizo esta mañana, que los llevaron a su padre y a él, al Ferial. Atraviesa la extensión ardiente, conmovida de impactos. Hace falta mantener las llamas a distancia, dar la vuelta a los cadáveres, pasar por encima a veces. Un caballo intenta desesperadamente levantarse. Balan corderos, perdidos sin su madre. Piensa en la mula gris, pero no la busca.

Para alcanzar los Agustinos, pasa por Barrenkale. El barrio no es sino escombros. Las pocas casas que siguen en pie están en llamas. El polvo que permanece en el aire da al cielo brillos sanguíneos, matizados de violeta y amarillo. Impide a Emilio que pase, por ser demasiado peligroso.

Los supervivientes organizan los primeros auxilios. Se sacan cuerpos, separando a los muertos de los que aún respiran, se transporta a los heridos sobre persianas.

No hay agua por ninguna parte. Se necesitaría la del Diluvio para apagar aquellas llamas. La gente habla de los más ancianos y los minusválidos que se asaron en sus casas. El convento de Josefinas fue destruido y todos los gudarís heridos que ahí se curaban perecieron.

- ¿ Y los Agustinos, qué ?

- Va bien, siguen en pie. Bueno.

Da media vuelta para intentar por otro camino. Ve a un sacerdote de rodillas ante un agonizante y cae en la cuenta de que ya ni siquiera sabe dónde se encuentra su padre. ¿ Cómo se lo va a decir a su madre ?

Reprime el sollozo que se le va subiendo, se concentra hasta acordarse del último refugio que Gregorio y él han dejado justo antes del accidente. A partir del refugio, encontrará el sitio. « ¡ Papá sigue vivo ! » intenta persuadirse. « Lo vamos a salvar. Entre muchos tipos fornidos, levantaremos la maldita piedra. »

Ya se acuerda de golpe de que su padre dejó de respirar, con la mirada inmersa, y que el hombre de la corbata le cerró los ojos. De nuevo el llanto, inflando hasta ahogarlo.

- ¿ Tú eres Emilio ? lo llama una desconocida.

¿ Dé qué lo conoce ?

– ¡ Sí ! responde enderezándose. Emilio Bidarte.
– Pobrecito, se lamenta ella. La pobre de tu mamá... Y tus hermanas, infelices... Y el gudari de tu hermano, tan joven, tan bravo...

¿ Qué es lo que le está contando ? ¿ Qué ha de saber ella ?

– Quien ha muerto es mi padre, corrige. Se llamaba Gregorio, Bidarte como yo.

Deja que se acerque la mujer de negro, aunque parece una loca con sus cabellos despeinados. Sólo entonces la reconoce. Consiente a que lo abrace.

– ¡ He encontrado al pequeño Bidarte ! grita.

– ¡ Alabado sea Dios ! responde una voz familiar detrás de Emilio.

Se desprende del abrazo agobiante de la mujer y se vuelve hacia el dueño. Pensaba que estaban muertos, él y su mujer, aplastados, asados como fue de su Andrés de Durango.

– El papá también, dijo en voz baja a su marido con un movimiento de la barbilla.

La cara del granjero ya abrumado se descompone. Tiene un impulso hacia Emilio y se echa atrás, torpemente, sin saber hacer otra cosa que asentir con la cabeza con ese saco de piel que le bambolea en el cuello.

– Voy a llevarte al lugar donde está mi padre, le dice Emilio determinado. Ya verás, se le cayó encima un trozo de muro enorme.

El granjero y su esposa intercambian una mirada.

– Espéranos aquí, dice el hombre.

– No, contesta la mujer. Voy con vosotros.

En el camino, se cruzan con otros errantes, otros huérfanos en busca de sus familiares.

- He ido hasta la granja, dice Emilio.
- ¿ Cómo ? ; Hasta allí has ido ! se asombra el dueño. Tiene que estar todo revuelto, los animales han debido asustarse y fugarse. Hemos llegado a la ciudad justo al empezar el ataque y ...

- Ya no tenéis granja, dice Emilio con calma. La han bombardeado. A esta hora, está terminando de quemarse. Tengo sed.

Un silencio, pero ni el dueño ni su esposa dejan de caminar. Cada uno está muy atento a donde pone el pie para avanzar en este caos.

- Pues esta vez, sí que lo hemos perdido todo, afirma la mujer.

El dueño poseía apartamentos y un comercio « en la ciudad ». Parece raro decir o pensar « en la ciudad ». ¿ Qué ciudad ? Ya no queda ninguna ciudad a su alrededor, donde todo no es más que dolor.

Emilio se detiene y se vuelve para observar al dueño. Jamás hubiera pensado verlo aún más zarrapastroso que él, manchada la ropa, maculadas de tierra las uñas, cebrados de rasguños el dorso de las manos y la cara. ¿ Qué diablos habrá podido pasarle ? Su mujer está poco mejor.

- ¿ Y mamá ?

- Sentémonos, propone el dueño.

Cuenta que se encontraron, su esposa y él, en el mismo refugio que Beatriz y sus hijos.

- Yo sólo había visto a tu mamá una vez, pero enseguida la reconocí. Llegaban de los Agustinos los cuatro, daban una vuelta antes de que tu hermano volviera a su acuartelamiento. No caminaba rápido.

- Ya sé, dice Emilio, Vicente recibió tres pedazos de bomba.

- No nos quedamos mucho tiempo en el refugio. Elena no aguantaba más.

- Estaba que me ahogaba, ahí dentro, dice la mujer, sentándose como ellos en el polvo, a buena distancia de una hoguera.

- Decidimos salir, prosigue el dueño. Tu mamá, las niñas y tu hermano prefirieron quedarse. Era más prudente. Pero apenas salimos cuando se produjo el segundo ataque. Y éste fue el más terrible...

Emilio entiende. No le apetece oír la continuación. Por suerte, el dueño da uno de sus suspiros larguísimos y su mujer no añade nada.

Más tarde, cuando Emilio se entere de los detalles del fin que conocieron sus familiares, les agradecerá al dueño y su esposa haberle ahorrado aquella noche el relato de la explosión del refugio y de los intentos desesperados por rescatar a los ocupantes.

- ¿ Os habló Inés del juego de lotería ? pregunta de repente levantándose.

- ¡ Por supuesto ! parece alegrarse el dueño, levantándose también.

Emilio, interesado, sigue escuchando. Pero el granjero no tiene nada que añadir.

- Seguro que le hubiera gustado jugar con ella, dice Emilio, se parecía a la niña de la tapa, pero he perdido la caja con todo eso.

Hace un ademán impreciso que abarca la ciudad destrozada.

- Todavía tengo la peonza, añade tras comprobar la protuberancia en su bolsillo.

- ¡ Enhorabuena ! dice el dueño. ¡ No la pierdas nunca !

Vuelven a caminar, dando vueltas un rato más.

A Emilio le cuesta encontrar el lugar donde cayó su padre, y no puede más.

– Venga, decide el granjero, intentemos encaminarnos hacia la carretera de Mungia. Acaso lleguen refuerzos de Bilbao...

– ¿Y luego, qué ? pregunta Emilio.

No se refiere sólo a esta noche, sino a mañana, pasado mañana, los días siguientes, y los por venir. Y así es cómo lo entienden el dueño y su esposa.

– Nos podremos hacer cargo de ti, le asegura ella. Pero haría falta que tu familia Palomero estuviera de acuerdo.

El apellido de su madre.

– Estamos peleados con ellos, dice Emilio, repitiendo lo que a menudo ha oído de la boca de sus padres. Son fachas.

– Sin embargo tendremos que verlos, insiste la mujer.

Emilio, cuyos ojos luchan por mantenerse abiertos, hace una mueca y se encoge de hombros. Lo está venciendo el sueño. El dueño se enfada contra su esposa :

– ¡ Dejémoslo en paz con eso ! Como si fuera el momento...

Volviéndose hacia el niño, y atreviendo por primera vez una mano en su hombro :

– Haremos como tú digas, le asegura.

II

La exhumación

*Les morts, les pauvres morts,
ont de grandes douleurs.*
Charles Baudelaire

Fue un tal Muñoz quien me contrató a través de internet. Respondí a su anuncio consultado en una página web de arqueología. A continuación, él me citó una mañana en el bar de la calle Postas.

Vestía una camiseta que llevaba impreso « Somos los nietos de los vencidos ». Primero hablamos del oficio en general, de lo que me interesaba en mis estudios, de algunas excavaciones en las que yo había participado durante obras de verano.

El camarero nos trajo los pedidos.

– ¿ Qué sabes de la guerra civil ? me preguntó Muñoz de repente.

– No mucho.

– Entonces, ¿ qué es lo que te motiva si no es tu sentido de la justicia ?

– Precisamente es porque no conozco mucho la historia de mi país por lo que me apetece interesarme en ella, le repliqué sin demasiada convicción.

Parecía justificarme y me odié por lo poco combativa que daba a ver. Muñoz permanecía en la expectativa, considerándome con semblante neutral.

– Claro que, ironicé, nací mucho después de 1975. ¡ Por definición, no conocí la dictadura, aún menos la guerra !

Muñoz asintió con la cabeza, aparentemente satisfecho.

– La sociedad entera experimenta una fiebre de memoria. No sólo los jóvenes como tú. ¿ Has estado ya en

la Casa del Libro ? ¿ Has visto el número de libros publicados sobre esta cuestión ? Muchos alcanzan récords de venta. Sin hablar de los periódicos, las revistas que dedican cada día artículos sobre estos temas... En tu opinión, ¿ por qué será ?

Abrí la boca, pero Muñoz contestó solo a su pregunta :

– El régimen de Franco se basó por completo en la erradicación de los oponentes. ¡ No se les tendió la mano a los vencidos sino para dispararles !

Me interesaba oír el punto de vista de un tipo como él, militante de la ARMH. Pero también tenía que imponerme, si quisiera que me contratara.

– Claro, asentí, y ese olvido provocado es lo que empuja España a volverse sobre sí misma después de tantos años. Sin embargo, la pregunta real parece ser ésta : ¿ por qué tan larga amnesia ?

Me parecía que yo era una estudiante recitando su lección.

– ¡ Y tanta razón que tienes ! se exclamó Muñoz. El Caudillo murió hace ya más de treinta años. Sus crímenes se remontan a julio del 1936... Setenta años, ¿ te das cuenta ?

Tomó su verano, hizo tintinear los cubos de hielo. Pensé que iba a beber un sorbito, pero volvió a colocar la copa.

– Ésa es la cuestión de los vencedores y vencidos.

Me gusta observar a la gente. Había analizado a mi interlocutor bastante rápido : sus muecas expresivas, sus gestos exagerados, su énfasis... y sentía en él una manera de marcar nuestra diferencia de edad, establecer de buenas a primeras una relación de profesor a alumna.

- La cuestión de los vencedores y vencidos, repitió, deleitándose con la fórmula.

Yo entendía lo que quería decir. Por lo tanto, introduje en la conversación el título de una biografía de Franco que acababa de leer. Por supuesto que él la conocía.

- Lo más trágico, noté, es que la ley del silencio permaneció más allá de su muerte, hasta después del advenimiento de la democracia. Los crímenes quedaron impunes. Peor aún : quedaron fuera del paisaje. ¡ Una auténtica denegación ! ...

Muñoz profirió un gruñido que tenía valor de aprobación.

- ¿ Y sabes por qué ? preguntó.

Sí que se me ocurría algo :

- Tejero, respondí lacónicamente.

- ¡ Exacto !

Durante un instante pensé que me ahorraría el cuento sobre el papel determinante de Juan Carlos, pero no :

- Tú no habías nacido, pero yo sí que he vivido el golpe de estado fracasado. ¡ Vaya choque ! Sentimos que se asomaba el espectro de la guerra civil, el enfrentamiento de las dos Españas... Entonces cuando el joven rey nos sacó de apuros, creo que nadie quiso despertar los viejos demonios. Y reenganchamos con veinte años más de amnesia.

Abundé en su parecer :

- ¡ Siempre se agradece a Juan Carlos el haber garantizado la democracia, pero ante todo se debería rendir las gracias al pueblo, y su sentido de las responsabilidades !

Muñoz me miró a los ojos, algo confundido. De tanto seguirle la corriente, lo desconcertaba, atrayendo cierta desconfianza.

La verdad era que últimamente me había atiborrado de lecturas, y no sólo en vista de esta entrevista.

– Pues, observó, para alguien que pretende no saber nada de la historia de este país, no te quedas corta.

– Tampoco he nacido ayer. Me estabas hablando de la guerra... Para la historia más reciente, por suerte me da por echar un ojo a los periódicos, oír noticias, leer algún que otro libro.

– Hablando de libros...

Hurgó en la mochila y sacó un libro que me tendió.

– Tienes que leer esto a toda costa.

Era *Las Fosas de Franco*. Preferí no decirle que ya lo había leído una y otra vez. Lo tomé, un poco molesta.

– Me suena, claro...

– Es imprescindible para entender en qué te involucras... Cada exhumación se practica con reglas estrictas, con rigor, científicamente... Es la manera que tenemos de rendir un homenaje digno a las víctimas y también de no exponernos a las críticas. Usamos las técnicas elaboradas en Argentina o en Chile para la búsqueda y la identificación de los desaparecidos, incluidas las investigaciones de policía legal, los análisis de ADN...

Yo sabía todo eso, pero las palabras « fosas », « víctimas », « desaparecidos », « exhumación » empezaban a afectarme y me sentí invadida por un sentimiento cercano al desánimo.

Ya nos habíamos dicho lo esencial. Le pregunté a Muñoz cuándo y dónde debíamos reunirnos. Me afirmó que ya me comunicaría las informaciones necesarias por correo electrónico.

Vacé mi copa y me levanté.

– Nunca es tarde, ¿ entiendes ? me asestó aún. No, nunca es tarde para los hermanos y hermanas de las

víctimas que siguen vivos, y para sus descendientes.
« Somos los nietos de los vencidos »... ¡ Espérame !

Parecía sorprendido que pusiera fin tan rápido a la entrevista. Vacío su verano de un trago, cogió la mochila y me alcanzó. Quería acompañarme. Bajamos hacia la Puerta del Sol. Yo tenía que coger el bus en la calle San Jerónimo, por las obras. Al pasar delante del edificio del Gobierno de la Comunidad, Muñoz me señaló :

– En tiempos de Franco, aquí se encontraba la Dirección general de seguridad y se practicaba la tortura en estos sótanos. ¿ Lo sabías ?

– Sí, lo sabía...

Pareció satisfecho y eso me molestó, esa manera de evaluarme con el rasero de sus conocimientos históricos. De repente sentí ganas de romper esa relación condescendiente que él me había impuesto y en la cual me había regocijado. Hacía un rato que estaba yo dando vueltas a este eslogan que iba él luciendo en el pecho.

– Yo nunca podría llevar una camiseta como la tuya.
Pareció desagradablemente sorprendido

– ¿ Ah sí ? ¿ Y eso ?

Ya llegaba mi autobús. Desdibujé un breve resumen :

– No sé nada de las opiniones de mi padre. Y si se inclina a favor de los vencedores o de los vencidos.

Me subí al autobús. Muñoz me miró mientras me alejaba. Había incompreensión en su mirada. Me pregunté si no le iba a dar por renunciar a contratarme y sentí haberle hablado así de papá.

Pero me dirigió un pequeño gesto amistoso de despedida.

Había un *El País* del día olvidado en un asiento a la página Cultura, con este titular : *Carmen Calvo vuelve a afirmar que el Guernica quedará en Madrid.*

Eché un vistazo al artículo. Varias organizaciones vascas solicitaban poder exhibir el cuadro de Picasso en el museo Guggenheim de Bilbao por celebrarse el próximo mes de abril la conmemoración de la destrucción de la ciudad por la aviación nazi, setenta años después de los hechos.

El gobierno español, mediante la voz de su ministra de Cultura, justificaba su rechazo de las peticiones urgentes de la manera siguiente : un comité de expertos había establecido que el cuadro, expuesto en el Reina Sofía, no estaba en estado de viajar.

Carmen Calvo aseguraba que la decisión de su gobierno sólo se imputaba a este motivo técnico : la protección « de un elemento del patrimonio histórico común a todos los Españoles ». Proponía para compensar dejar prestada al museo Guggenheim la colección completa de los bocetos y trabajos preparatorios a la obra maestra de Picasso.

Estábamos a finales de julio de 2006. Pensé sin convicción que quizás el gobierno cambiara de opinión antes del mes de abril bajo la presión vasca. Al mismo tiempo, esta polémica a propósito del cuadro me pareció fútil en comparación con el horror que debía de haber representado el bombardeo. Y me bastaban las

« fosas de Franco » para que no tuviera ganas de zambullirme, además, en la tragedia de Gernika. El pasado de mi país hubiera terminado siendo una larga y dolorosa letanía de masacres.

Pensé en aquella España partida en dos de la guerra, pero sobre todo en los años que siguieron, en la caza a los oponentes al régimen, a su aniquilación pura y simple, a veces sólo por delito de opinión, o su neutralización en el exilio, los centros de concentración o las cárceles. Me habían hablado de aquellas mujeres rapadas, obligadas a ingerir aceite de ricino que les provocaba irreprimibles diarreas. Pensé en aquellas vidas humilladas, ahogadas, estrelladas, y en los vencedores que habían vivido una vida ordinaria, se habían casado, habían criado a sus hijos. Una impunidad de hecho les había protegido a lo largo de la dictadura, y luego de la ley de amnistía. « Amnistía », una palabra bastante próxima de « amnesia ». Eso también hubiera podido decirlo a Muñoz.

De vuelta a casa, llamé a mis padres. Me lo cogió mi madre. Estaba feliz de oírme.

Charlamos un rato. Hacía mucho que no iba, según le parecía. Ella podía entenderlo, yo tenía mis cosas, y estaba enamorada de mi actor, ay, ¡ vaya granuja, aquél ! ... Mamá adora a Víctor. Le hace gracia. Pero yo no llamaba para hablar de mi novio.

– ¿ Está papá ?

– ¡ Sí que está ! Si ya no sale del piso. ¡ Se pasa horas organizando su colección, fíjate !

Yo no necesité fijarme, conozco a mi padre.

– ¿ A quién se le ocurre, hoy en día, seguir coleccionando sellos ? lamentaba mamá. ¡ Es más *ringard* ! ...

Dijo la palabra en francés.

– Se está haciendo hogareño, si supieras. Ya ni siquiera sale a casa de Dany a encontrarse con los amigos y tomarse un fino. Me cuesta un montón animarlo, aunque sea a salir un momento por la tarde a dar una vuelta conmigo. Eso, Isaura, tu padre se ha convertido en oso.

Mamá habla un español con sintaxis perfecta, aunque con un acento que nunca intentó mejorar y se nota más cuando está enfadada.

Me reí :

– Mamá, ¡ los osos inviernan ! Ahora estamos en verano, por si se te había escapado...

– ¿ Si se me ha escapado ? ¡ Si nos estamos ahogando aquí en Madrid ! O seré yo quien no aguanta más el calor.

– Qué se le va a hacer, estás envejeciendo...

– ¡ No me hables de eso, hija mía! No tengo los años de tu padre. Y me cuido... Mira que él no necesita vigilarse. Todavía se le ve guapo, tan alto, tan delgado.

Siempre le da por ver a papá como si fuera un gigante. En realidad, mide un metro setenta y cinco, pero es verdad que le gana una cabeza a ella. Y aún se mantiene derecho.

– La vida es injusta, prosiguió. Puede comer lo que quiera, no engordará un gramo. ¡ Un cuerpo de deportista, mientras que se pasó una vida de funcionario sin practicar ningún ejercicio !

Desde hace un tiempo, cada vez que mamá evoca el pasado de burócrata de papá, siento un pinchazo en el estómago.

– Mientras que yo, continuó, que me trepo dos veces a la semana una cantidad fenomenal de « steps » en el club de fitness, sin hablar de las verdaderas escaleras de cada día, yo...

La interrumpí :

– Mamá, ya no me queda mucho saldo. Ponme con papá, ¿quieres ?

– Y ¿ qué le vas a contar a él que no me cuentes a mí ?

Este reproche es una broma habitual entre nosotras. Como cualquier broma, posee un fondo de verdad : le tengo más confianza a papá.

– Nada particular. Sólo quiero saludarlo, saber cómo le van los sellos, bromeé.

– ¡ Andrés ! Cógele el teléfono a Isaura.

No llamaba a mis padres casualmente al salir de mi entrevista con Muñoz. Pensaba anunciarles mi estancia prevista cerca de Burgos, exponerles las razones que motivaban este viaje y mi involucramiento en la asociación. También acaso necesitara recoger su opinión acerca de ello.

Sin embargo, no le había dicho nada a mamá. Tampoco ella me había preguntado sobre mis proyectos del mes de agosto.

Con papá sabía que sería distinto, y experimenté cierto temor. No tenía muy clara la razón profunda que me había incitado a contactar a Muñoz, pero esta razón, confusamente, tenía que ver con él.

– ¡ Hija mía ! ¿ Cómo estás ?

– Bien, papá. ¿ Y tú ?

Las banalidades de siempre proferidas con absoluta sinceridad, esta sonrisa del corazón de la que cada uno intuye la presencia en el otro por las inflexiones de voz.

Mi padre... *Mon père, ce héros au sourire si doux...*

Me gustó estudiar francés en el colegio, interesádomeme particularmente en la poesía, y cada vez me acuerdo de este verso de Víctor Hugo.

– Voy a colgar, propuso. Y te vuelvo a llamar enseguida...

Tiene este detalle que mamá no tiene nunca, destinado a ahorrarme el saldo.

Papá sabe muy bien que mis guardias a tiempo parcial en la recepción de un ambulatorio apenas me permiten garantizar el día a día. Y que no iría bien lejos si no tuviera esa « beca » (les hace gracia llamarlo así) que mamá y él me conceden cada mes mientras termino la carrera.

He imaginado a papá al teléfono en el rincón del pasillo, vestido como suele hacerlo « a lo antiguo », pantalón negro de pinzas impecables, mantenido por un cinturón de hebilla plateada, y camisa blanca, con el pelo esmeradamente peinado. La única fantasía que se otorgaba era esta pulsera de piel barata que yo le había ofrecido de niña y de la que nunca se había separado.

Enseguida me volvió a llamar, y sus primeras preguntas fueron, como siempre, relativas a mi salud, y al estado de mis finanzas. En tercer lugar, preguntó por Víctor y su compañía de teatro de cuya prosperidad se preocupó, asegurándome que no se perdería el próximo espectáculo.

– Cada vez dices lo mismo, papá, pero no asistes a ninguna sesión.

– Tienes razón. Qué se le va a hacer... Un anciano como yo ya no entiende mucho del mundo de hoy.

– ¡ Déjate de ancianito, papá ! No te lo crees ni tú.

Se rio.

– ¿ Quieres saber la verdadera razón por la que nunca voy a ver las obras de Víctor ?

– Creo que ya la conozco : tienes miedo de que no te guste y tengas que decírselo...

– ¡ Exacto ! Veo que ya te lo había comentado, pues...
Ves, se me va la cabeza.

– Hablemos en serio, papá. ¿ A qué te dedicas ?

– ¡ Vaya pregunta ! ¡ Pues a mis sellos !

– Bueno. ¿ Y a qué más ?

– Leo, veo la televisión, preparo la cena. ¡ Y la siesta !
Se me olvidaba la siesta... Tengo una vida entretenida.

– Mamá dice que ya no sales.

– No es verdad : doy un paseo temprano por la mañana. Ella mientras tanto está durmiendo. Aún cuando trabaja, no se levanta antes de las siete y hace buen rato que he vuelto del paseo... Le preparo el desayuno. ¿ Qué me reprocha ? ¿ Qué no vaya a pasear con ella por la tarde ? Así es, prefiero salir por la mañana, siempre ha sido así.

Dejó pasar un silencio antes de añadir :

– Y también están los años, Isaura, qué quieres... Ya no tengo la misma energía. Tu madre tendría que enterarse.

Era la primera vez que lo oía, por poco que sea, quejarse y me sentó extraño. No supe qué decir.

– Bueno, pero ¿ y tú, qué ? ¿ qué hay de tus proyectos para el mes que viene ? ¿ Te tomas algunas vacaciones ?

No vacilé ni un segundo. Desde el instante en que papá me había vuelto a llamar, había entendido que yo sería incapaz de decirle la verdad. No pronuncié ni una palabra sobre mi involucramiento en el ARMH, mentí con aplomo, evocando obras de las más « clásicas » en Aragón. Pareció apasionarlo y me hizo un montón de preguntas. Al darme cuenta de que me estaba perdiendo en un sinfín de precisiones innecesarias que amenazaban con hacerse contradictorias y levantar sospechas, terminé acortando la conversación.

- Papá, tengo que dejarte, ahora.
- Llámanos desde tus obras.
- ¡ Lo haré !
- Nuevamente presa de una compulsión de comunicación, llamé a Víctor. Lo cogió en seguida. Siempre me lo coge y cada vez se lo agradezco.
- ¿ Cariño ?
- Nada especial. Tenía ganas de oír tu voz...
- Vacilé un instante, antes de añadir :
- Acabo de mentirle a mi padre, ¡ fíjate ! No me había ocurrido desde que era una niña, sabes, esas mentiras sin importancia de las que una, siendo niña, se hace un mundo... Ahora, es distinto y me siento extraña.
- Cuéntame
- Ahora no. Esta noche, cuando vuelvas.
- No insisto. Y ¿ qué tal tu cita ?
- Estuvo bien. He sido buena. Creo que Muñoz va a retener mi candidatura. Víctor se echo a reír.
- ¡ Lo dices como si se tratara de una entrevista de contratación ! Por favor, ¡ es un empleo voluntario y de índole humanitaria, no de un puesto de vendedora en el Corte Inglés ! Y si te negaran, no tendrías por qué culparte. Tienen que recibir un montón de solicitudes. No pueden tomar a todos.
- Es cierto. Creo que es posible para mí.
- ¡ Me alegro mucho !
- Esperé un tiempo antes de preguntar :
- ¿ Y si me acompañaras, qué ? Quizás no te dejarían que intervinieras en las obras, pero nos juntaríamos durante las pausas. Y sobre todo por las noches. Voy a aburrirme, solita en el hotel.
- ¡ Isaura, no me tientes ! Ya sabes que tengo moggón de curro. Lo único que pudiera convencerme a

acompañarte es el miedo a que te enamores de otro. Preferiría vigilarte, dalo por cierto.

Me reí al insistir Víctor, bromeando sólo a medias :

- El sargento reclutador ése, el tal Muñoz, ¿ qué efecto te produjo ?

- ¿ Quieres decir eróticamente ? Pongamos un dos, a duras penas un tres en la escala de mis fantasmas.

- ¿ Dos o tres puntos ? ¡ Ya es muchísimo !

- ¡ Y eso que no conoces la altura de mi escala, Vic ! le hice rabiar. ¡ Me encanta cuando te pones celoso, es excitante !

- No, Isaura, en serio. ¿ Cómo es ese tipo ? Descríbeme en tres palabras.

- ¡ Bastante sexy, sexy, muy sexy !

- ¡ Basta ya!

- ¡ Cincuenta años, panzudo, calvo !

- Isaura, en serio...

No lo pensé mucho :

- Inclinado a dar lecciones, militante, íntegro.

Le conté la entrevista. A Víctor le parecía que tenía una suerte inaudita.

- Sí que me iría allá contigo si pudiera. Vas a vivir algo excepcional, cualquiera no puede participar en...

- En una exhumación, Vic... No hay otra forma de decirlo, así se llama.

Esta vez, fui yo quien pronunció la palabra, como lo hizo Muñoz hacía un rato, y de nuevo sentí su impacto.

- Esto va a crear vínculos fuertes entre vosotros, prosiguió Víctor. No pienso sólo en tu sargento reclutador, sino en el equipo en general.

- Te quiero, Vic. Te llamaré todos los días. Y tú, por tu parte, ¿ me vas a llamar ? ¡ Acaso piensas que me da gracia saberte rodeado de tías guapas !

- ¿ Tía guapas ? Me estás hablando del último espectáculo, pero se acabó. Para mi próxima obra, no necesitaré sino a una actriz, y tengo pensado que seas tú.

- Déjate de bobadas, Víctor. Me saldrá fatal.

- Te equivocas. Estoy convencido de que puedes interpretar el papel.

- ¿ El papel ? ¿ Estaré sola en el escenario ?

- ¡ Por supuesto ! ¿ No has leído mi proyecto ?

Me acordé de que me había transferido un fichero en el laptop, pero no le había echado ojo.

- Perdóname Víctor, estos últimos días, he estado mono maniática : sólo me intereso en el pasado de España...

- ¡ Precisamente ! ¡ Ni que Gernika no fuera el pasado de España !

- ¡Y dale! ¡No te vas a meter tú también! Qué diablos nos pasa a todos con el pasado de España...

- Así es, qué quieres que te diga, que así van las cosas. ¿ Y mi proyecto, qué ?

- Vale, Vic. Te prometo que voy a leerlo, pero ahora no...

Se echó a reír, de repente.

- ¿ Qué te hace gracia ?

- Me acuerdo de lo que acabamos de decir, nuestros celos acerca de Muñoz y de las tías guapas de mi último espectáculo... Si parecía un diálogo sacado de *Pasión de Gavilanes*...

Me reí.

- ¡ Nos vemos esta noche, amor ! No tardes.

- Sólo el tiempo de entregar los elementos de un decorado en Móstoles. Vuelvo pronto. ¡ Eh ! ¿ Me vas a contar ?

- ¿ Qué ? ¿ El culebrón ?

- ¡ No, tonta ! ¡ Tu « mentira a papá » !

Mis padres se conocieron en una playa de la Costa Blanca a finales de los años setenta. Tuvieron lo que los franceses llaman un coup de foudre y nosotros « flechazo ».

Mamá siempre dice que papá tiene que ser brujo por haberla « engatusado » como lo hizo y llevado a alejarse de su familia, sus amigos, renunciar a su país para vivir con él. ¡ Llevado hasta a españolizar su nombre ! *Yolande* se convirtió en *Yolanda*...

Se casaron a principios de los años ochenta, cuando mamá adoptó la nacionalidad española y encontró clases de francés que dar en Madrid. Las fotos de la boda están debidamente guardadas, clasificadas a continuación de las fotos de sus vacaciones en Alicante.

A menudo hojeé con ellos el álbum familiar, ansiosa por oír sus comentarios, siempre los mismos, cuando evocan lo pintoresco de su boda, de la que conservan un excelente recuerdo pese a las circunstancias : entonces, mamá se había enemistado con una parte de sus familiares, que le reprochaban que se casara con « un Español que podría ser tu padre ». Por lo cual la ceremonia se desarrolló en cierta intimidad...

Cuando nací, mamá reanudó con sus padres, e hicieron el viaje para conocerme. Luego, una vez al año viajamos a visitar a la familia.

El carácter íntimo de la boda se debía de igual manera al lado de mi padre, a quien yo no conocía ningún familiar.

Mil veces les hice preguntas a este propósito para sacarles, la mayor parte del tiempo, nada más que una bromita de doble sentido de mamá :

– Me he casado con un misterio, ya sabes...

Y papá confirmaba :

– Es verdad. Antes de conocer a Yolanda, yo era uno de esos tipos como James Bond.

Mon père, ce héros...

Me gustó creer, de niña, en aquel agente secreto de mi padre que hubiera llevado una vida palpitante clasificada « confidencial defensa », en misión en todos los países del mundo y que se retiró del circuito por amor a una Francesa.

Cuando caminábamos en la calle, me recomendaba mirar discretamente por encima del hombro.

– ¿ Ves a ese barrendero delante de la iglesia ? Es un agente de Juan Pablo segundo.

Y si se me ocurría preguntar a qué diablos se dedicaba con la escoba :

– No es una simple escoba, me contestaba papá. Al mismo tiempo es un potente palo contador que capta a través de los muros el ruido de los duros que caen en los cepillos y evalúa el importe antes de enviar la información al Vaticano. Allí tienen un equipo de cardenales pendientes de las escuchas que se turnan día y noche y hacen su informe. Así el papa se entera instantáneamente de la tendencia del día en lo que atañe a la caridad cristiana.

Le encantaba imaginar este tipo de delirios. Lo mismo podía tumbarse debajo del coche para comprobar

que « los Rusos » no habían pegado una bomba en el chasis con plastilina.

De vuelta a casa, se lo contaba todo a mamá y ella se cabreaba, reprochando a papá que me metiera ideas malas en la mente, « que generara ansiedad ». Pero no. Por muy raro que fuera, nunca me espantaron los delirios de mi padre, siempre me divertieron, y si se me ocurría creerlos, una lucecita de risa en sus ojos aniquilaba cualquier real inquietud.

Me acuerdo de una tarde de invierno de cuando tenía doce años. Había nevado mucho. Nos tiramos bolas a lo largo del camino que anduvimos hasta el colegio. Éramos de los primeros. Acababan de abrir la reja desde dentro. Papá me obligó a entrar hacia atrás para simular que había salido.

– Entiendes, las huellas en la nieve no perdonan entre los espías. Hay que enredar las pistas.

Prospero López llegó en ese momento. Era el alumno más guapo e insolente de la clase. Me pilló andando hacia atrás con aire concentrado e hizo un gesto inequívoco para señalar que era loca y mi padre también. Me petrifiqué, muerta de vergüenza, esperando a que Prospero pasara. Volví hacia papá :

– ¡ No debería hacerte caso ! Estoy haciendo el ridículo con tus cuentos chinos. Y por cierto, no me los creo, nunca me los he creído, nunca has sido un agente secreto. Desde luego en el colegio, todos te toman por mi abuelo.

Mon père, ce héros... Por primera vez, lo vi desamparado, que no triste. Y era tan cruel para él y para mí, tan inaguantable esta expresión que destrozaba sus rasgos sin que él pudiera impedirlo.

Quise echarme entre sus brazos. Ya se había dado la vuelta. Desde aquel día, no me acompañó más. Y no me inventó más cuentos de espías.

En el álbum familiar, tras las fotos de la boda, están las de mamá embarazada de mí. Se siente el gusto que tuvo mi padre sacándole fotos, se nota por la calidad de las sonrisas, la variedad de las posas, alegres, traviesas o falsamente enfadadas. Siento en esos juegos aquel vínculo muy fuerte que los une y no se aflojó.

Luego vienen las imágenes mías de bebé : durmiendo en una cuna, chupando el pecho o el biberón, con las nalgas al aire antes del pañal nuevo... Me gusta en particular una foto en la que papá me está llevando en sus brazos. He de tener algo como ocho meses. Le estoy tirando una oreja, bastante fuerte a lo que parece, y no dice ni mu. Al contrario, mira el objetivo, con cara de alegría, tomándonos por testigos.

Fotos de la infancia, cortas estancias en Francia, cursos escolares. Raras veces se ve a papá. No le gusta que le saquen, y es él quien saca. De cierto modo, esto lo hace aún más presente.

Y ni un álbum, ni un cliché de antes de mamá excepto la foto de su DNI donde se le ve joven llevando un bigote fino, lo que me daba mucha gracia. De la juventud de papá no sé nada. De adolescente, concebí la hipótesis de que la mentira insistente y ritual en cuanto a la carrera de espía pudiera estriar en una realidad. ¿ No resulta una buena manera de esconder la verdad el proclamarla exagerándola lo justo para hacerla increíble y desviarnos de ella ?

Un espía como James Bond, obviamente que no. Pero mi padre pudo ser agente del servicio secreto de tipo más común, a la manera de ciertos personajes de las

novelas de John Le Carré, un oscuro funcionario dedicado a la codificación y de la descodificación de mensajes secretos, un campeón del engaño encargado de « intoxicar » las embajadas de la potencias extranjeras.

En el momento de su jubilación, mamá y yo estábamos presentes en su fiesta de despedida en el servicio que había dirigido. Su superior jerárquico le hizo un elogio y recordó que papá había entrado en esa administración en febrero de 1955 para ya no dejarla. En el público se encontraban compañeros casi tan ancianos como él.

Mientras bebíamos a la salud del jubilado, di un empujón a mamá con el codo para señalarle un trio de secretarias embutidas que parecían sacadas de una mala película de los años sesenta y le soplé al oído :

– Mira... ¡ Las James Bond girls !

Mamá por poco se ahogó, y todos asumieron que era un mal trago.

Poco importaba que papá hubiera dirigido un servicio administrativo en realidad destinado a Correos o que se hubiera dedicado en secreto a inconfesables actividades, indudablemente se había pasado la mayor parte de la vida en este edificio de escaleras cochambrosas, que desprendía un olor característico a tinta y encausto.

Desde lo más lejos que recordaba, había percibido ese olor en su ropa cuando volvía por la noche, e incluso en su piel cuando le besaba la mejilla. Hoy se me había ocurrido sin querer asociar este recuerdo con los años sombríos y mortíferos. Aquel olor era el del franquismo.

Habíamos planeado salir a cenar, pero Víctor me había llamado para decirme que no llegaría antes de las doce de la noche. Me había adormecido esperándolo. Me despertó.

Había restos de estofado en la nevera.

– Me gustaría más cenar después, me dijo Víctor –
¿Después de qué ?

Me acarició.

– Después del amor...

Yo no tenía muchas ganas. Había estado dando vueltas todo el día a la conversación telefónica que había tenido con mi padre a finales de la mañana. Se lo dije a Vic. Se rio :

– La mentira a papá.

– Basta ya, no me hace gracia.

Picamos algo de jamón bebiendo una copa mientras calentaba el estofado. Víctor seguía mirándome con una sonrisita, negándose a tomárselo en serio.

– ¿ A ti te gusta mentir ? le pregunté.

– ¡ Me encanta !

– ¡ Mentiroso !

– Lo ves...

Vic le tenía aprecio a mi padre, en parte porque sabía lo mucho que yo le tenía cariño. Sin duda proyectaba algo de este cariño. Pero no sólo eso. Decía de papá que era un hombre de bien.

Uno sólo puede experimentar una ternura peculiar por la gente de edad, una forma de respeto, de compasión

quizás. No sé si Víctor sentía eso, nunca lo hablábamos. No son asuntos de los que se puede hablar fácilmente. Yo no, desde luego. Pero el propio Klaus Barbie, en su juicio, había parecido un anciano digno y cansado.

Le conté a Víctor que había llamado a mis padres para anunciarles mi próxima participación en una exhumación en Burgos... Vacilaba, temiendo que Víctor me juzgara infantil y siguiera dándome lata, pero nada de eso :

- Y no les has dicho nada. Te has cortado, para no tener que hablarle a tu padre de la guerra, del franquismo, de las fosas...

Me quedé estupefacta.

- ¡ Bingo, Vic ! Has dado en la diana... He inventado a cambio una lamentable historia de excavaciones en Aragón...

Sin embargo, yo nunca había mencionado a Víctor esta preocupación que tenía para con papá y creía haberla mantenido bien escondida en mi jardín secreto, como hubiera dicho mamá.

- ¿ Cómo lo has sabido ? ¿ Tanto se me nota ?

- El mundo se divide en dos, Isaura : los buenos y los malos mentirosos. Tú formas parte de la segunda categoría... Siempre es interesante saber cómo vivieron las generaciones que nos precedieron. Al principio de lo nuestro, te pregunté una o dos veces sobre la juventud de tu padre y sí que sentí alguna resistencia.

- Resistir no es mentir. Mentir es inventar una falsa verdad. Sin embargo, desconozco la verdadera verdad, y éste el problema.

- Hace poco he hablado con tu padre de las *Fosas de Franco*. Quería conocer su punto de vista.

Me dejó pasmada. Yo nunca me hubiera atrevido.

- ¿Y?
- No conocía el libro.
- ¡ Qué va ! ¡ Si no pasa una semana sin que se hable de este libro por la tele o en los periódicos !
- Le dije que lo habíamos leído tú y yo, y que podíamos dejárselo prestado... Me contestó que no tenía tiempo que dedicar a esta literatura.
- ... « a esta literatura... » ¿ Realmente dijo eso ?
- ¿ Son sus palabras exactas ?
- Sí, ¿ por qué ? ¿ Te choca ?
- ¡ Claro que me choca ! ¡ El libro de Silva y Macías es un documento, no « literatura »! Sería despreciarlo y también despreciar la realidad que denuncia hablar de él de esta manera.
- No creo que fuera lo que quiso expresar exactamente tu padre. Se publican muchos libros sobre este pasado, « toda una literatura », sólo dijo eso...
- Escúchame, Vic, voy a decirte algo que nunca he confesado a nadie y sólo empiezo a confesarme : pienso que papá fue franquista.
- Víctor se rio irónicamente :
- ¡ Franquista ! ¿ Y eso qué significa ? En ese caso todos los Españoles lo fueron durante la dictadura.
- Por una parte, es falso : por ejemplo te olvidas de los clandestinos comunistas que mantuvieron una red subterránea, por otra parte no es lo que quiero decir. Me temo que papá tuviera simpatía por el régimen. Tenía doce años al acabar la guerra, bien que pudo encontrarse liado en organizaciones de juventud nacidas del Movimiento.
- ¡ Basta ya Isaura ! Nada te permite afirmar una cosa así.
- Tienes razón, pero nada me permite tampoco afirmar

lo contrario. ¿ Qué pasaría si la verdad se pareciera a la que se me ocurre sospechar ? Se precipita todo, Vic. ¡ El pasado de España vuelve a aparecer y nos salta a la garganta !

De repente Víctor me miró con una expresión cruel que nunca había visto en él.

– ¡ Ya lo tengo ! gritó como si acabara de descubrir en mí una oscura duplicidad. ¡ Al fin y al cabo le tienes miedo a la verdad ! Eres de las que se hacen reclutar para una exhumación en nombre de la Verdad, precisamente, te das buena conciencia hurgando en el pasado de los demás, pero estoy seguro de que rezas a Dios para que nadie venga a meterse en el de tu padre.

Me quedé atónita, y Víctor cayó en la cuenta de lo agresivas que sus palabras podían resultar, e incluso de lo injustas e hirientes.

– Perdóname, Isaura.

Habíamos dejado enfriar el estofado. Se me había pasado el hambre. Me levanté mecánicamente y le di a la tecla play del lector para volver a poner el CD que había escuchado esperándolo, un álbum de vals criollo que había traído de mi estancia en Perú con mamá. Me instalé en el sillón, dándole la espalda deliberadamente a mi compañero.

Quedamos largo rato sin dirigirnos la palabra. Esto nos pasaba de vez en cuando, y en esas ocasiones yo no soportaba el silencio. De donde la música.

Víctor acabó por sentarse frente a mí. Lo fusilé con la mirada, pero parecía el más molesto y el más arrepentido de los dos y me derretí.

– ¿ Estás enfadada conmigo ? me preguntó.

Por poco respondí que no, pero me acordé de su teoría acerca de los malos mentirosos, y preferí callar.

Al poco rato, volvió a solicitarme :

- ¿ Sabes lo que tendríamos que hacer ?

- Pues adelante.

- Ir a ver a tu padre. Pero no para marear la perdiz, no para hablarle de Muñoz ni de la asociación... No : para decirle lo que tienes metido en la cabeza y preguntarle su verdad.

Entendí lo que Víctor ponía dentro de esta fórmula : « su verdad »... Significaba que, cualesquiera que hubieran podido ser el comportamiento o las opiniones de mi padre durante la dictadura, debía oírlo y entenderlo antes de juzgarlo.

- Tienes razón, seguro, reconocí tras pensarlo.

Y me sentí aliviada.

- Pero nada de eso por ahora, precisé. Tengo que esperar a que termine esta exhumación. No voy a mezclarlo todo.

Suspiré profundamente.

- ¿ Qué te parece si nos tomamos una copa de brandy, propuso Víctor, para celebrarlo ? Antes...

Viajé en autocar buena parte de la tarde y fui al hotel, el único del pueblo. Tenía lo suficiente para pagarme tres noches, nada más. Contaba con encontrar pronto un modo de alojarme más barato, con la ayuda de la asociación. El hotel me convenía, al menos esta primera noche. Me apetecía estar sola.

Sólo volví a salir para hacer algunas compras. Dos parejas de jóvenes, con mochila en la espalda, cruzados en la plaza del ayuntamiento me preguntaron el camino del camping. No pude darles información. Supuse que formaban parte, como yo, de los voluntarios, pero no quise entablar conversación con ellos. Hubiera tenido que justificar mi elección de estar en el hotel, y además no tenía ganas de hablar de la exhumación.

Uno de ellos planeaba « subir » en cuanto hayan montado la tienda ; lo oí anunciarlo a los demás. Hasta habló de « localización », como un director de cine. Me pareció algo indecente esta propuesta. Por mi parte, me sentía incapaz de acudir al sitio. Hasta visitar el pueblo para descubrir sus encantos o pasearme por el campo resultaba más allá de lo que permitían mis fuerzas.

Me hacía muchas preguntas sobre lo que pudiera pensar de nosotros la gente del lugar. Con nosotros quiero hablar de los voluntarios claro, pero también los científicos asociados al proyecto, los miembros permanentes de ARMH, los corresponsales de prensa...

Por cierto los había a quienes les molestaba esta atención repentinamente enfocada en su pueblo, por muy buena que fuera la razón. También algunos podían no encontrarle ninguna « buena razón » y preferir que el pasado permaneciera sepultado. En algunos lugares, los alcaldes y una parte de la población se oponían a estas exhumaciones. Su argumento siempre era el mismo : « Bien sabemos que existen esas fosas, siempre lo supimos. Pero nunca es bueno remover el pasado. » A veces, la letra de los Evangelios apoyaba su propósito : « Dejemos que los muertos entierren a los muertos... » ¿ Cuántos, entre esos dos mil habitantes más o menos, estaban a favor de la exhumación prevista ? Una gran mayoría, suponía yo. Acaso existieran algunos indiferentes. Pero ¿ cómo estar indiferente tratándose de una cuestión tan fundamental ?

De haber sido periodista, habría llevado a cabo una investigación, interrogado a la gente, con el micrófono en mano y con la cámara en el hombro de mi operador... Una manera más confortable de participar en el evento : sin ser parte de él. Sí, de haber podido elegir, me hubiera sentido mejor en el traje de reportera que en el de aprendiz de arqueóloga de los crímenes de Franco.

De vuelta al hotel, experimenté lo que mi aislamiento buscado podía conllevar de pesado. Encendí la tele, zapeando de un programa a otro. Echaba de menos a Víctor. Me retuve para no llamarlo, aplazando lo más posible ese momento para no molestarlo en el trabajo. Pero fue él quien acabó llamándome :

- ¿ Has llegado bien ?

Resultaba aún más atento conmigo desde nuestra riña de la otra noche.

Pasé rápido lo del viaje, pues no había mucho que contar. Sobre todo le compartí la preocupación que me abrumaba, el sentimiento de no encontrarme en mi sitio, aquí.

- No debí aceptar...

Hasta evoqué la posibilidad de llamar a Muñoz para decirle que renunciaba. Víctor reaccionó con firmeza, dándole nombre sin vacilar a mi malestar :

- Tú lo que tienes es miedo escénico, y punto. Ni se te ocurra molestar a Muñoz por eso, ni darles vueltas a los desaparecidos del Caudillo. Créeme, sé de lo que hablo : experimentas el miedo de toda la vida antes de salir al escenario. El miedo de no estar a la altura... No es la índole específica de la exhumación lo que te acoriona. Quiero decir, no tiene nada que ver con España ni tu « sentido de la justicia »...

Había contado en detalle a Víctor mi conversación con Muñoz.

- ... Sólo es una cuestión de conciencia profesional, en el momento de aproximarte al teatro de las operaciones... Normal. ¡ Incluso es una excelente señal ! Estás movilizando tu energía, tu concentración.

- ¿ Estás seguro ?

- ¡ Por supuesto ! ¡ Si te pidieran que participaras en la exhumación de un cigarro del faraón o de la pinza para la bici del hombre de Cromañón, sentirías la misma aprensión y ganas de salir corriendo !

Me complacía la atención de Víctor, pero no estaba segura de compartir sus deducciones. Extrapolaba, sin totalmente darse cuenta de la realidad : yo no era arqueóloga de profesión, sólo una estudiante, y como mucho me pedirían que auxiliara al arqueólogo titular. Mi responsabilidad no era tal como lo daba por cierto

Víctor. Sin embargo, su diagnóstico formulado con convicción me serenó.

– Vic... Pienso mucho en lo que me dijiste la otra noche, y aunque no me gustara la manera, estoy de acuerdo con el fondo.

– Lo sé, cariño.

– Creo que voy a encontrar fuerzas para hablarle a papá en cuanto vuelva.

– Estoy convencido de que tu padre no tiene nada que reprocharse, me aseguré.

– Ya veremos.

– Isaura, prosiguió, mi proyecto se va concretando y sigo contando contigo. No entendí al instante.

– ¿ De qué me estás hablando ?

– De mi espectáculo sobre Gernika.

No tenía ninguna gana de que me llevara a este terreno, pero no quise que se mosqueara.

– Vic, no llevo el laptop, no podré abrir tu fichero antes de volver. Si quieres, dime algo de ello.

– Mi obra hablará tanto del *Guernica* de Picasso como del bombardeo. Quiero que el espectador se pregunte acerca del objetivo del arte, ¿ entiendes ?

Me pareció un proyecto muy ambicioso. No se lo dije a Víctor para no desanimarlo, y estuve sincera afirmando que me apetecía saber más de él. Por lo que me interrogó con la misma manera insistente de Muñoz. Ya era una broma entre nosotros :

– Por cierto ¿ Qué sabes exactamente del bombardeo de Gernika ? ¿ Qué día ? ¿ A qué hora ? ¿ Y qué hay de la legión Cóndor, sabes algo ?

Ya había imitado yo a Muñoz, y le era bastante fácil a Víctor caricaturizarlo a su vez :

– ¿ Has oído siquiera hablar una vez en tu vida de los

Heinkel-111 y de los Junkers-52 ? ¿ Y la justicia, qué ?
¡ Tu sentido de la justicia !

- ¡ Vale, señor Inquisidor ! Me declaro culpable y suplico su clemencia...

- La pareja de Picasso de la época fue sacando fotos a todas las etapas de la elaboración del lienzo, precisó Víctor, que había vuelto a la seriedad. Tú serías Dora Maar...

- ¡ Por Dios, Vic ! ¡ No me vengas otra vez con eso! Primero no soy buena actriz, y además te voy a ser sincera : ya me encuentro hundida hasta el cuello en lo de las fosas y...

- ¡ «... hundida hasta el cuello » ! se rio Víctor. ¡ En-hora buena ! Ya se está soltando el subconsciente... Ve a Muñoz con este cuento mañana, para comprobar...

- No, en serio, Vic. No me puede enganchar. Escribe mejor una obra ligera para variar, ya ves lo que quiero decir, y entonces sí que acaso te siga el rollo. Por ahora, adelante si realmente es tu proyecto, pero sin mí.

No me había venido mucha inspiración en el supermercado y me pasé la velada sobre la cama, taciturna, picoteando un paquete de galletas saladas acompañadas de un yogur líquido de mango, y zapeando como una adolescente con crisis existencial.

Me dormí con la ropa puesta, ¡ y tuve un sueño sin-sentido en el que era a la vez la corresponsal de un telediarista y la arqueóloga entrevistada !

- ¿ Qué estás haciendo ?

- Estoy sacando un fémur con un pincel.

- Y ¿ qué tipo de pinzas usas ? Enséñalas a la cámara. Los telespectadores tienen derecho a saber... Vaya, pero si es un pincel de lacar normal y corriente, con

cepillo plano, de cincuenta milímetros. Últimamente, volví a pintar mis estanterías con un pincel similar.

El reportaje debía de llamarse algo como « la osteoarquelogía for Dummies ».

Me levanté demasiado temprano. Primera para desayunar, con cara de los días malos. El huésped me dirigió los buenos días. Le mascullé lo mismo con la gracia de un rinoceronte. No tenía ganas de hablar, no quería pronunciar la menor palabra antes de haber engullido dos tazones de té.

– ¿Viene usted de Madrid ?

Asenté con la cabeza.

– ¿ Forma parte de la asociación ?

Debía de conocer la respuesta por su empleado que me había acogido la víspera del mismo modo. Ya había notado esta manera de quedarse en lo vago –« la asociación », sin precisar cuál.

– Certo, lancé pensando : « sin un buen motivo, tío, qué pintaría yo en tu pueblo de mala muerte ? »

– Gente de una tele se han hospedado aquí.

Sólo faltaba eso. No respondí. El huésped se esforzaba en lanzar frases anzuelos que no me enganchaban.

– ¿ Y usted, qué ? le pregunté de repente. ¿ Qué opina de todo eso ?

Entendió perfectamente de qué le estaba hablando. Tuvo un ademán vago.

– Digo que está bien, ustedes tienen razón de hacer lo que hacen...

Sin embargo, se torció la boca antes de soltar :

– Pero eso no hará que vuelvan. Los muertos quiero decir.

– Gracias, había entendido... *Les morts, les pauvres morts ont de grandes douleurs...* me puse a declamar.

Temiendo que yo le infligiera, y ésta era mi intención, una larga continuación a esta divagación poética en francés, el hotelero batió en retirada deseándome buen provecho.

El té ardiendo me sentó muy bien y algo se desanudó en mi estómago.

Al subir hacia el sitio, fui observando las casas, diminutas haciendas todas iguales construidas en los años noventa y destinadas a la « clase media ». Esta urbanización presentaba todas las características de aquella prosperidad ejemplar y artificial, claramente heredada del *American way of life*.

Imaginé aquel lugar en tiempos de la guerra. Seguramente cubierto de cultivos y árboles fruteros. Antes de emprender el camino encalado, me di la vuelta. De aquella altura, podía divisar algunas piscinas. Al cavarlas, no sólo aquí sino en toda España, ¿ no daban a veces sus dueños con algún cadáver, una sepultura, una fosa común ?

Por mucho que leyera, no solía ocurrir, o raras veces, en la medida en que la memoria de las ejecuciones se había ido transmitiendo. Aquellos lugares se respetaban, aunque prevalliera la ley del silencio. No era raro, por ejemplo, que unos campesinos dejaran barbechos en partes del terreno de las que bien sabían qué disimulaban.

Algo desesperante había en considerar mi país como un amplio cementerio. Y yo iba subiendo a una de aquellas fosas. Sin embargo, había trepado cuesta arriba sin experimentar verdadera emoción. Aún podía

creer que estaba haciendo senderismo. Más allá de la línea de casas, el paisaje era espléndido. Un poco de bruma se deshilachaba en el valle encima del río y todavía el aire estaba fresco. Se presentía que el día iba a ser cálido. Los pájaros cantaban a voces. Como si nada, pensé. Finalmente, no era para tanto, sería un día como otro cualquiera y España era el país más bello del mundo.

Alcancé a una pareja de cuádragenarios que subían también. ¿Acudían al sitio como yo? Quizás no. Al amanecer, una siempre tropieza con un número inverosímil de gente que andan a lo largo de las carreteras y en los caminos. Pero el hombre apretaba contra sí un pico de mango corto, lo vi al saludarlos, y entendí por su cara que teníamos el mismo objetivo.

El plano que Muñoz me había comunicado unos días antes era muy preciso. No corría el riesgo de perderme. Un sendero cruzaba ya una zona de pasto. Un ruido que había oído de lejos en la parte arbolada del camino sin preguntarme acerca de su índole, se precisó: el ronquido de un motor.

Antes de verla, identifiqué la excavadora por las huellas paralelas de las dos orugas que habían molido la hierba, poniendo en ciertos lugares la tierra al desnudo. Una chica la manejaba. Avanzaba más rápido que ella y la adelanté justo antes de la entrada al sitio, dirigiéndole una ligera señal con la cabeza.

En la pradera inclinada, la zona de excavación se había delimitado: un gran cuadrado de cerca de veinticinco metros de lado, cernido por una cinta de plástico roja y blanca mantenida por palitos. Un grupo de adolescentes se dedicaba a descargar material traído en una furgoneta aparcada en la entrada de la pradera.

Evalué que éramos una treintena. Algunos debían de estar desde el amanecer. Una chica me tendió la mano :

– Hola ¿ Qué tal ? me llamo Merce.

Era del Sur, se lo noté por el deje. Parecía un poco perdida también. Mientras esperábamos las instrucciones que no dejarían de darnos, ambas colocábamos una débil sonrisa en la cara, como para moderar la gravedad del momento sin por ello caer en un ambiente de acampada veraniega.

Unos ancianos del pueblo charlaban cerca de un bosquecillo. Muñoz hablaba con ellos. Estaba curiosa de oír lo que se decían. Estaba a punto de proponerle a Merce que nos acercáramos cuando la excavadora vino a parar delante de nosotras.

La joven conductora saltó del vehículo tras cortar el contacto. Era bajita y delgada, con energía de sobra. Me hubiera gustado preguntarle si conducir este tipo de máquinas era su oficio, pero algo en su actitud me disuadió.

– ¿ Dónde está el jefe ? preguntó.

Le señalamos a Muñoz, quien la había oído llegar y se acercaba de por sí hacia ella. Se conocían. Ya habían trabajado juntos en otros dos sitios similares a éste. Lo cual acababa reforzando la pesada sensación que experimentaba desde la víspera de no estar realmente en el debido lugar en este dispositivo. Además, Muñoz no me reconoció enseguida. Sin embargo, terminó tendiéndonos la mano a Merce y a mí.

– No necesariamente recurriremos a vuestras competencias, farfulló, ya tenemos aquí a excelentes especialistas, pero ayudaréis en lo que sea, y así iréis familiarizándoos con este tipo de trabajo.

Merce no pudo impedirse repetir como un eco :

- ¿ « Este tipo de trabajo... » ?

- Pues sí, nos asestó Muñoz. También es un trabajo. Y que apenas empieza. Unas cincuenta fosas comunes ya se sacaron a la luz en todo el territorio, lo que resulta irrisorio respecto con las setecientas fosas registradas a lo largo de los caminos, contra los muros de los recintos de los cementerios, en medio de los campos... El número de esas víctimas olvidadas ronda los cuarenta mil. ¡ Bienvenidas al reino de los muertos !

Aparté la mirada, un poco molesta.

- Sobre todo gracias por ayudarnos. Por ayudarlos, corrigió indicándonos el grupo de aldeanos cerca de los castaños.

Y se alejó acompañado por la conductora para examinar el terreno.

Merce se retuvo igual que yo de comentar aquel « ¡ Bienvenidas al reino de los muertos ! », pero intercambiamos una mirada. Pienso que opinábamos lo mismo de Muñoz y de su énfasis, reconociéndole sin embargo la sinceridad de sus indignaciones y su eficiencia sobre el terreno.

Lo observábamos mientras comunicaba sus instrucciones a la chica. Todas las miradas se dirigían hacia ellos. Eran los únicos dentro del recinto que recorrían en todas direcciones, deteniéndose aquí y allí, tomando puntos de referencias. Muñoz había desplegado un mapa, lo consultaba frecuentemente. La conductora, muy concentrada, memorizaba sus directivas.

El comienzo de las excavaciones parecía inminente.

- Cuanto antes termine, mejor, soltó Merce.

Pero las dos sabíamos que la operación podía eternizarse. La zona se había circunscrito según las palabras de testigos de la época, y nada era de menos fiar que la

memoria. Bastaría con un detalle, con que la fosa se encontrase por ejemplo a algunas decenas de centímetros del perímetro delimitado para que se tuviera que volver a empezar todo.

– Poco importa, dije. Han pasado tantos años, conque poco más o menos...

Otros voluntarios se habían juntado con nosotras. Diego, un chico que llevaba una cámara de fotos en bandolera, opinaba que la excavadora no empezaría a sondear el terreno antes de una o dos horas.

– Primero van a quitar la hierba para « limpiar » la superficie.

Él estaba encargado de sacar fotos de todas las etapas de la exhumación.

– No soy creyente, añadió, pero rezo para que se localicen los cuerpos esta misma mañana. Eugenio ya no aguanta más espera.

¿Era este Eugenio uno de los ancianos aldeanos reunidos cerca de los árboles y, desde que Muñoz y la conductora habían penetrado en el recinto, mostraban algunas señales de nerviosismo ? En sus mensajes electrónicos, Muñoz me había dado escasas indicaciones fuera de las informaciones prácticas relacionadas con el hotel y el lugar de reunión de esta mañana. Pregunté a Diego :

– ¿ Sabes a cuántos cuerpos estamos buscando ?

– Tres. Tres hermanos. Eugenio es aquel vejete de allí de polo verde. Es hijo de una de las víctimas. Tenía ocho años cuando su padre y sus dos tíos fueron ejecutados por falangistas.

Eugenio no formaba parte del grupo cerca de los árboles, y yo no lo había notado aún, aunque estuviera más cerca de nosotros, sentado aparte en una silla plegable,

con las dos manos apoyadas en un bastón. Una mujer de la edad de mi madre se encontraba a su lado.

– Una de sus hijas, nos informó Diego. Vive con él. Es viudo desde hace algunos años. El resto de su familia está dispersado por el país.

Le pregunté a Diego por qué los otros aldeanos no estaban al lado de Eugenio. ¿ Es que había algún problema entre ellos ?

– Para nada. Más bien creo que no quieren molestarlo. En realidad, se conocen muy poco. Eugenio vive en los suburbios de Burgos desde hace unos sesenta años. Sólo está aquí para la ocasión, si se puede decir.

Era Muñoz quien había atado cabos. Se había enterado de que tres hermanos estaban enterrados aquí, abatidos en 1936 en los primeros días de la guerra. Había investigado, conseguido sus identidades y buscado a sus descendientes. Al principio, Eugenio no quería ni que le hablaran de exhumación, pero acabó dejándose convencer.

Muñoz y la conductora dejaron el terreno en el instante preciso en que el sol brotó por encima de los árboles, inundándonos con su luz. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Algo cambiaba en la calidad del aire y no sólo por el sol : Eugenio se levantó de la silla plegable, sostenido por su hija. Entonces el grupito de los árboles se encaminó hacia ellos. Tras una señal de Muñoz, convergimos también hacia Eugenio.

Entre la muchedumbre reunida alrededor del anciano, reconocía a algunas personalidades, entre las cuales una arqueóloga de renombre y una arqueóloga forense. En la universidad, había asistido en una conferencia-debate en la que ambas habían intervenido. Las élites locales se habían desplazado. Probablemente

habían votado alguna financiación, dedicado algún presupuesto. Aunque la operación estribara en la participación de numerosos voluntarios, tenía un coste : alquiler de material, gastos de los científicos, encargo de análisis ADN a laboratorios a fin de identificar los cuerpos con certeza...

Eugenio, a quien divisaba de perfil, cogido del brazo de su hija, se disponía a tomar la palabra. Si bien sus piernas estaban frágiles, su voz aunque un poco velada, conservaba su potencia :

- Amigos míos... permitidme que os llame amigos míos.. Todos sabéis por qué estamos aquí. Entonces sólo quiero deciros desde lo profundo de mi corazón : ¡ gracias !

Estallaron algunos aplausos a los que Eugenio puso fin enseguida.

- En particular, quiero agradecerte a ti, lanzó a Muñoz, hacia quien se avanzó, sostenido por su hija.

Muñoz franqueó rápido el espacio que los separaba, para ahorrarle un esfuerzo inútil. Los dos hombres cayeron en brazos uno del otro. Eugenio ya me daba la espalda, pero adiviné su emoción en la que de repente alteró la cara de Muñoz.

Cada uno entendió en este instante lo que aquel día podía representar para Eugenio : la culminación de una vida dedicada a desconfiar de una justicia. Y sin espíritu de venganza ; que se pusiera fin al menos, al *silencio* !
¡ Que se establecieran las circunstancias de aquellas muertes, que se sacara a aquellos hombres de esa indigidad, que se les diera una sepultura decente !

Nos repartieron picos y azadas. Eugenio quiso simbólicamente ser el primero en excavar. Su hija le guardaba el bastón mientras lo hacía.

El anciano se enderezó a duras penas y confió su pico a un chico. No dejé de mirarlo cuando llegó a mi altura al volver a su asiento. No tenía los ojos claros de mi padre, ni su estatura.

– Sí, soy un hombre viejo, me lanzó con una sonrisa asiéndome del brazo. Cumplí los setenta y ocho en febrero. Soy del año 28.

Estuve confundida por haberlo mirado con tal intensidad.

– Es que usted me recuerda a mi papá, le dije, aunque la piel áspera de la mano que apretaba mi antebrazo era de las que habían llevado pico y pala toda una vida, en vez de bolígrafo y pinza para sellos. Él también es del año 28.

Cortés, Eugenio asentó con la cabeza, pero no se interesó realmente en lo que acababa de decirle. Tenía algo que gritar, lo que hizo apoyándose en mi brazo :

– Mi padre tenía treinta y siete años cuando se lo cargaron. Ya le superé la edad desde hace mucho. Así que, tras haber sido su hijo, me hice su hermano, luego su padre, y ahora su abuelo.

Me incliné y le besé en la frente.

*

Merce y yo acabamos escardando al lado de Micaela, la arqueóloga que coordinaba la excavación junto con Muñoz. Ofrecía sesiones en mi universidad. En otras circunstancias, yo le habría hablado de mis proyectos profesionales y de las clases que seguía ante sus compañeros docentes. Aquí, no sentí la necesidad de presentarme a ella.

Nuestro grupo se había organizado según una regla tácita : cada uno dejaba de lado su vida personal. Posponiendo nuestros egos, formábamos un gigantesco organismo totalmente entregado al objetivo común, sin necesidad de grandes discursos moralizadores para guiar nuestra conducta. Adaptábamos nuestra buena voluntad y nuestras competencias a la situación.

El ambiente no resultaba pesado, ni siquiera silencioso. Sencillamente estaba algo recogido sin estar desprovisto de buen humor.

– ¿ Eres familia de Eugenio ? me preguntó Micaela.

– ¡ No, para nada ! Hoy es la primera vez que lo veo.

– ¡ Vaya !... Hace un rato, pensé que eras su nieta.

Podía entender su error.

Avanzábamos siempre escardando en una línea de frente. Éramos unos quince voluntarios trabajando, limitados por el número de picos y azadas. Se relevaban a los más cansados. No existían favores: los científicos mandados, la conductora de la excavadora e incluso Muñoz, todos ponían mano a la obra.

Acababan de traer algunas escobas metálicas, y otros voluntarios empezaban a rastrillar el terreno detrás de nosotros para eliminar la hierba cortada.

Le precisé a Micaela que tenía un papá anciano, de la misma edad que Eugenio.

- ¿Entonces conoció la guerra ?
- Sí, tenía ocho años cuando empezó. Pero fui yo quien lo calculé. Nunca hablamos de ello.

Micaela se enderezó para capturar un mechón detrás de la oreja izquierda. Me enderecé también, apoyada en el mango de la azada.

- Tendrías que hacer que te hablara, me aconsejó. Pedirle que te cuente lo que sabe, ahora que todavía estáis a tiempo.

Mi reacción fue epidérmica :

- Vale, gracias, mi padre está en plena forma.
- Perdóname. Sólo quería decir que no se tendría que perder esta memoria. ¿ Dónde vivía en aquel entonces ?
- No sé. En Madrid supongo. Tengo la impresión de que siempre estuvo ahí, aunque nació en Navarra.

Micaela pareció sorprendida de lo poquísimo que sabía de ello.

- ¿ Y tu madre ?
- ¡ Tiene treinta años menos que mi padre !
- Esto no tiene nada que ver.
- Es de la generación siguiente. A mamá nunca la interesó hablar de la guerra con su marido. En cualquier caso, nunca lo hablaron delante de mí. Además, es francesa.

- Entiendo, dijo Micaela. La mía debe de tener algunos años más. No conoció la guerra tampoco, pero sí se acuerda de su juventud pasada en la España de Franco. Tras la muerte del dictador, se soltó, te lo puedo asegurar. Tengo recuerdos bastante alucinantes de aquel período. Se había separado de mi padre y no tenía a nadie para cuidar de mi hermanito y de mí. Nos arrastraba a veladas en casa de compañeros y hasta a discotecas. ¡ Acabábamos durmiéndonos en un rincón, entre

botellas vacías y ceniceros, en la bulla de la música !

Los demás avanzaban rápido. Volvimos a escardar.

– ¿ Y tú ? me preguntó Micaela, definitivamente curiosa. ¿ Tienes hermanos y hermanas ? ¿ Acaso hermanos políticos ?

Con razón podía suponer que mi padre hubiera tenido una primera relación antes de conocer a mi madre. Le contesté con una negativa, pero, al fin y al cabo ¿ qué sabía yo de ello ?

¿ Cuál había sido la vida de papá antes de que fuera burócrata de una administración franquista ? Muchas veces me había hecho preguntas sobre su juventud. No sólo nunca me había contado nada, sino que nunca hubo manera de enterarme de algo al propósito. Mamá se callaba el tema, sea por ignorancia, sea por complicidad.

Ninguna familia, pues, y ningún « amigo de toda la vida », de los que frecuentaron el mismo colegio o compartieron cuarto durante la mili.

De adolescente, yo había terminado abordando la cuestión una mañana en que mamá había salido :

– Papá, que ya lo he pillado, sabes, que no eras Andrés Moreno 007. ¿ No serías tú mejor una suerte de extraterrestre ?

Abrió los ojos en grande, con la ceja en alerta, percibiendo enseguida todo el alcance de la pregunta.

– ¿ Qué quieres decir ?

– Que no sé nada de ti. ¿ Quién eres, papá ?

– ¿ Adónde quieres llegar ?

Siempre con la sonrisa de fachada, e iba ganando tiempo con sus miserables preguntas.

Seguí con mi ventaja :

– No habrás caído del cielo como Superman. Habrás tenido un padre, una madre, hermanos, hermanas,

amigos de infancia... Nunca hablas de ellos.

- ¡ Qué va ! Si era hijo único. Y ya sabes que mis padres fallecieron hace unos quince años.

- Sí, justo antes de que conocieras a mamá.

- Cierto, ella nunca los conoció.

- ¡ Vaya casualidad, no !

Esta vez, reaccionó con viveza :

- Déjate de insinuaciones, ¿ quieres ? ¿ Me estás diciendo mentiroso ?

Tenía catorce años, y todas las osadías :

- ¡ Lo digo y lo afirmo !

Me miró totalmente pasmado y creo que la cólera que le rondaba por dentro, y acaso también el pánico, se vieron dinamitados por la sorpresa.

- Por lo menos, contestó, no me haces lamentar el dinero nos gastamos Yolanda y yo en educarte. ¡ Tienes el sentido de las palabras y respuesta para todo !

Viniendo de él, me doy cuenta hoy, era un magnífico cumplido en el que se expresaba su orgullo de padre, pero me sentí humillada por lo que entonces me supo a alta-nería. Corrí a refugiarme a mi habitación, disponiéndome a un largo enojo. Un momento más tarde, oí un furtivo crujido. Mi padre acababa de deslizar nuestro libro de familia por debajo de la puerta. Lo hojeé vagamente.

¿ Y qué ? El documento había sido entregado según la ley, en la ocasión de la boda de mis padres. Mencionaba sus fechas y lugares de nacimiento. Papá había nacido en la provincia de Pamplona en 1928 de Felipe Moreno y Elena Blanca Ortiz. Abrí la puerta blandiendo aquel libro en el que mi propio nacimiento figuraba también.

- ¿ Qué pretendes que haga con esto ? grité echán-dome a llorar. ¡ Si no soy ningún Guardia Civil !

Llevaba unas fotos de la mano que quiso enseñarme.

– Me importan un rábano esas viejas fotos. Sólo quiero que me cuentes tu vida.

– Mi vida es como la de cualquiera.

Me pareció patética esa respuesta.

En los años que siguieron, al adquirir si no una conciencia política, al menos conocimientos y una curiosidad en cuanto al oscuro período del franquismo, sólo pude relacionar los silencios de mi padre con las zonas de sombra de nuestra memoria colectiva.

Ya hacía mucho que había dejado de hacerle preguntas. Nunca comentamos aquel incidente al que llamé mentalmente « la puñalada del libro de familia ».

Una mano en mi hombro, una voz a mi oído :

– *Les morts, les pauvres morts ont de grandes douleurs...*

¡ Era el hostelero, quien me repetía con un acento atroz el verso de Baudelaire que yo le había servido esa misma mañana para quitármelo del medio !

No escondí mi sorpresa :

– ¿ Tú qué haces aquí ?

Me lleva unos diez años bien sentidos, pero en España el tuteo llega rápido.

– No he podido subir antes por el trabajo, me explicó. Mi empleado aún no había llegado.

Se acercaban las doce. Acabábamos de terminar la escarda. La chica de la excavadora se subió a la cabina y puso el motor en marcha. Antes, había hecho un balance con Muñoz y Micaela sobre el protocolo que seguir, las precauciones que adoptar. Se trataba de andarse con suavidad, y de ningún modo tomar el riesgo de desplazar, ni mucho menos estropear un cuerpo. Me pregunté si la palabra « cuerpo » era la más adecuada. Setenta años después, sólo encontraríamos esqueletos,

jirones de ropa, acaso alguna moneda o algún objeto personal que hubiera resistido al tiempo y a la acidez de la tierra.

La máquina avanzó hasta la extremidad del terreno. El brazo articulado empezó a levantarse y bajarse en cadencia, los dientes afilados penetraron unos veinte centímetros.

Micaela y Muñoz se habían colocado cada uno a un lado del cangilón que casi tocaban con la mano, vigilando la maniobra con sigilo y listos a interrumpirla con un grito.

Asistíamos callados, en pleno sol, ensordecidos por los ronquidos y el estruendo de la máquina. Sus chillidos también cuando la cabina giraba para vaciar la tierra a nuestros pies, en la cual hurgábamos por motivos de conciencia y que tamizábamos en caso de que apareciera algún objeto, algún fragmento de tejido, cualquier indicio.

Aquello podía durar largo rato, y yo necesitaba cada vez más un sombrero. Me volví hacia el hotelero :

– No me has respondido. ¿ Por qué estás aquí ? ¿ Para ayudarnos ?

– Sólo es que mi bisabuelo está enterrado aquí.

Y ante mi cara de derrota, se presentó :

– Tomás, sobrino nieto de Eugenio.

No me sentí muy orgullosa de la manera con la que le había hablado por la mañana. Mientras hurgaba con máxima atención, intenté justificarme :

– No parecías de acuerdo. Dijiste : « Eso no hará que vuelvan... »

– Digamos que no estoy convencido de que sea una buena cosa hurgar en el pasado. En realidad, no sé, me lo estoy preguntando.

Merce se juntó a nuestra conversación :

– He hablado con Eugenio. Me ha enseñado una foto que amplió y enmarcó en la que los tres hermanos están reunidos en la terraza de un bar.

– Conozco esta foto. Fecha de la primavera del 36, algunas semanas antes del levantamiento nacionalista. Mi bisabuelo y sus dos hermanos tenían amistades socialistas, pero no militaban en ninguna organización ni tenían tarjeta de ningún partido. Para ellos, las elecciones libres habían instaurado el Frente Popular. Los generales rebeldes y los requetés que lo combatían eran bandidos que el ejército legal iba a vencer rápidamente.

– Sin duda eso habría pasado si Alemania e Italia no hubieran echado una mano a los insurgentes, comentó Merce.

Tuve ganas de volver a la historia familiar de Tomás :

– ¿ Sabes cómo ocurrió ?

Se rio, pero sin intención para conmigo, simplemente por irrisión :

– ¡ Aquí todos lo saben ! Habían suscrito un periódico socialista y el cartero los denunció... Desembarcaron falangistas una noche en casa de mi bisabuelo. Pretendían llevárselo para un misterioso interrogatorio. Todo fue muy rápido, cogieron de la misma manera al padre de Eugenio y al otro hermano. A las mujeres y los niños dijeron que no iban a tardar, lo que podía significar que iban a soltar pronto a los tres hombres. Pero lo dijeron riéndose, y todos entendieron. Los obligaron a subirse a un camión amenazándolos con sus armas. Hubieran podido matarlos ahí mismo, pero no, ocurrió aquí.

– Eugenio me dijo también que los falangistas les hicieron cavar sus tumbas.

- No es seguro. Algunos piensan que obligaron a un hombre del pueblo a hacer este trabajo, un tipo que murió poco después sin haber dicho nada. En realidad, nada es seguro, sólo fue una voz que corrió.

- ¿ Y para el cartero, pregunté, para la denuncia, ¿ cómo se puede estar seguro ?

- Eso es otra cosa. En los años cuarenta, Eugenio lo pilló una noche en el campo. Le pegó la navaja en el cuello... Quería saber si aquella sospecha que tenían en la familia era cierta. El cartero lo confesó todo. Dijo que lo sentía, pidió perdón. Eugenio no lo creyó sincero, pero bueno, lo dejó con vida. De todas formas, no era su intención : sólo quería asustarlo. A Eugenio no le gusta hablar de aquella historia que fue la comidilla del pueblo en aquel entonces.

- ¿ Y no hubo represalias ?

- No. Por fortuna el alcalde era un hombre bastante cuerdo, y fue ante él dónde se vino a quejar el cartero. El alcalde lo disuadió que denunciara a Eugenio a la Guardia Civil, pero fue a buscar a mi tío abuelo y le aconsejó con fuerza que pusiera tierra de por medio. Eugenio construyó una nueva vida cerca de Burgos.

Se había desdibujado un movimiento entre la muchedumbre. El calor era aplastante. En una parte del terreno removido por la excavadora, Micaela hundía con cautela un palo de sondeo. Dirigió una señal a Muñoz, quien a su vez indicó a la conductora que levantara el brazo de la máquina y apagara el motor, antes de clamar sin matices :

- ¡ Andamos con suerte !

Habían localizado la fosa.

En la hermosa ciudad de Arequipa se encuentra el museo Santuarios Andinos. Mamá y yo lo visitamos en 2005. Papá no había querido seguirnos en aquellas vacaciones excepcionales a Perú ; más exactamente, no había podido por su fobia a los aviones.

Tras algunos días pasados en Lima, tomamos un vuelo para Arequipa, de forma que resultamos propulsadas de golpe a 2300 metros de altura. Aún no era muy alto, pero no estábamos acostumbradas. Al bajar del taxi que nos había conducido a nuestro hotel, nuestros gestos estaban como ralentizados, y experimentábamos una curiosa sensación en las sienes, sin malestar real . Nos habían aconsejado que bebiéramos mate de coca y no comiéramos demasiado. Desde luego, no teníamos mucha hambre. Hacía un tiempo espléndido. Nos paseamos en el barrio de Yanahuara, ahorrando nuestros pasos. Desde una plaza adornada con palmeras, la vista al volcán Misti era magnífica.

De ahí, bajamos en taxi al museo Santuarios Andinos, al que ante todo íbamos para ver a « Juanita », de fama internacional ; había leído todo lo que trataba de ella en los diferentes guías que mamá siempre lleva consigo.

Me había dado un choque al descubrir aquella momia que no es exactamente una, mantenida dentro de una vitrina refrigerada en el estado de congelación en el que fue encontrada en 1995 en la cima del volcán Ampato, a más de 6000 metros de altura.

No sé a qué debo el haber sido tan conmovida por esta visita. Probablemente a la coincidencia de factores externos tales como el cansancio del viaje y los efectos, por mínimos que fueran, de la altura ; sin duda también a una proyección previa que nos había acondicionado. La película narraba las circunstancias del extraordinario descubrimiento y la misma historia de aquella niña de doce o trece años, fallecida unos quinientos cincuenta años antes por un golpe violento en la cabeza asestado por un sacerdote. Había ocurrido durante una ceremonia ritual de la que ella había sido, allí arriba, la víctima sacrificial, con el objetivo de conseguir la benevolencia del volcán.

Los Incas no embalsaban a sus muertos, por lo que se había podido aprender muchas cosas a partir de extracciones realizadas en las vísceras de la que llaman « la Dama (o la Niña) de Ampato » , « la Momia de los hielos » o más cariñosamente « Juanita », al ignorar su verdadero nombre y vincularla con su descubridor cuyo nombre era Johan.

La comunidad científica estableció de esta manera cuál fue su última comida y registró las bacterias y virus presentes en sus tejidos. Gracias a la vez a los análisis ADN y a los aportes de los historiadores especialistas del Imperio Inca, se puede afirmar que Juanita pertenecía a una casta alta y, aunque fuera originaria de una región más alejada de los Andes, probablemente había permanecido en Cuzco, ciudad santa de los Incas, más precisamente ciudad sagrada, para encontrarse con el mismísimo Inca.

Cebadas con esas informaciones, habíamos entrado en la sala de luces tamizadas en la que la Señorita está expuesta en su vitrina. Al observarla de cerca, al girar

alrededor de aquel cuerpecito, me pasmó su actitud : acurrucada, con las rodillas levantadas, con las manos juntas contra el pecho, tal y como los Incas la habían colocado para que reposara en la muerte, desvelaba lo diminuto, lo frágil y sin duda también lo grande de nuestra condición humana. El cráneo que asomaba bajo la piel reseca de la cara era el de la muerte de todos nosotros, y yo podía reconocirme en aquella mascarilla.

Emocionada por esta confrontación, sentí al mismo tiempo una especie de obscenidad en la situación de aquel despojo provisto de aparatos sofisticados, entregado a la investigación científica o a la curiosidad de los turistas cuando no permanecía en un laboratorio. Me odié por estar ahí. Mamá se juntó conmigo en el patio cuadrado del museo y nos sentamos en un banco.

– Creo que debería plantearme otra profesión, le dije sonriendo, una vez superado el malestar.

Temí experimentar un sentimiento similar al acercarme de la fosa.

Un primer esqueleto se veía lentamente, meticulosamente sacado. Podía ver el cráneo de frente, con la mandíbula abierta, emergiendo poco a poco de la tierra amueblada por el pico de Micaela y luego hecha fina y suave, casi arenosa, por los pasajes repetidos y precisos de su pincel cepillo.

La muerte no había triunfado totalmente sobre la juventud de aquel hombre, que se notaba aún por el estado perfecto de los dientes. El agujero relativamente neto en el hueso frontal podía indicar que el disparo lo había alcanzado aquí, pero más probablemente el hombre, con la nuca inclinada, había sido matado por

una bala en el occipucio que le había atravesado la cabeza.

Diego sacaba una serie de fotos, bajo diversos ángulos. Yo me encontraba en precario equilibrio al borde de la fosa cuando me empujaron, con el riesgo de que me cayera. Me di la vuelta. Era un cámara, sin duda uno de esos « tipos de la tele » de los que me había hablado Tomás en el desayuno. No se disculpó, quizás ni siquiera se hubiera dado cuenta de que me había chocado, por la intensidad del momento. Debí cederle mi sitio.

- ¿ No podría sacar un poco la tierra de la boca ? le preguntó a Micaela.

« Así, completé yo mentalmente, la imagen saldrá aún más pasmosa. » Y así fue, en efecto, como pude comprobarlo en la pantallita de control del aparato en cuanto la arqueóloga hubo obedecido, un poco de malas ganas, pero ¿ cómo resistir hoy en día al « derecho a la información » ?...

El cámara grababa en un silencio que se podía atribuir al respeto debido al muerto, por supuesto, pero en buena parte también a la autoridad de su cámara.

Y fue realmente sin querer como alteré la calidad del instante, por una circunstancia totalmente incongrua en ese momento preciso de la exhumación : mi móvil se puso a sonar.

El cámara, que también estaba captando el sonido con un enorme micrófono con gorro sujeto a su cámara me lanzó una mirada negra y, obligado a interrumpir el rodaje, ahogó un taco. Me apuré en darle a la tecla de apagado del móvil para poner fin al ritmo animado de Bulería, bulería de David Bisbal en versión monofónica. Quienquiera que fuera, él o ella volvería a llamar o dejaría un recado.

Sorprendí la mirada de Muñoz a la manera de la estatua del comendador. De tal forma que, aunque nuevamente silenciada, preferí retirarme.

Estaba muerta de vergüenza por haber profanado aquel instante (¡ Bulería !), ante aquella gente cuyo involucramiento respetaba profundamente. Felizmente, Eugenio me dirigió una sonrisita divertida y un peso se me voló de los hombros.

Apartada de ese grupo cuya conciencia humanitaria quería compartir, volví a encender el móvil para saber quién me había llamado.

Era mi madre, y la noticia que oí entonces rindió justicia al instante al sentimiento acuciante que había estado experimentando desde mi llegada de estar en el sitio equivocado.

Mi sitio estaba junto a mi padre.

Mamá me había dejado un mensaje lacónico pidiéndome que la volviera a llamar cuanto antes : papá acababa de ser ingresado en la clínica San Carlos por un accidente cardíaco.

Había un segundo mensaje, aún más corto :

– Está reclamando un juguete de niño, una peonza, ¿ te suena de algo ?

III

EL GUERNICA

*Hé ! Hé ! Malgré le malheur des temps, nous
causerons peinture !
(Balzac, Le chef-d'oeuvre inconnu.)*

*Dans Guernica, Picasso ne raconte pas ; le
monde est noir ; la minute qui va suivre sera
peut-être aveugle ; le langage est trop grand
pour nos bouches ; la lumière se casse, elle
achève les lignes de fracture ; c'est d'elles que
proviennent les déflagrations ; il y a tant de
cris qu'il ne peut plus y avoir de mots.
(Jean-Louis Ferrier, De Picasso à Guernica.)*

Ella se llama en realidad Theodora Markovitch, pero se hace llamar Dora Maar. Tiene 28 años y Picasso tiene 54 cuando ella lo conoce y se hace su pareja.

Es ella quien encuentra cómo instalar su taller en el segundo piso de un palacete de la calle de los Grands-Augustins, en el mismo lugar donde Honoré de Balzac, el gran escritor francés, ubicó el taller del artista en Le chef d'œuvre inconnu. En esta corta novela, un viejo pintor está convencido de haber logrado el retrato de una mujer, pero sólo desvela a sus amigos un pintarrajo insensato.

Picasso conoce este libro por haber ilustrado, diez años antes, una edición de lujo de él. Por ahora, está alarmado por las inquietantes noticias que provienen de España. Aporta su apoyo a comités, firma manifiestos. El gobierno francés de Frente popular se quiere « neutral » y no aporta ninguna ayuda a la República española, lo que no impidió que numerosos Franceses, siguiendo el ejemplo de Malraux, vinieran a combatir a los franquistas en el seno de las Brigadas internacionales.

Presionado por sus amigos de París, Picasso dio su acuerdo para contribuir a la Exposición universal. Realizará una pintura monumental que será emblemática de los sufrimientos del pueblo. Por eso necesita un taller lo suficiente espacioso.

Entre la comunidad española de París, no dudan de su involucramiento : en julio de 1936, Picasso fue nombrado simbólicamente director del Prado, cuyas colecciones se pusieron en lugar seguro desde el principio de la guerra civil.

Todos se preguntan sobre la manera con la que vaya a honrar el encargo. Es un artista mundialmente famoso, pero tan desconcertante...

Pasa el tiempo, y Picasso todavía no ha emprendido cualquier pintura que sea para lucir en el Pabellón español. La noticia del bombardeo de Gernika llega hasta París. Picasso está conmovido por las fotos de la ciudad en llamas publicadas en la portada de la prensa parisina, particularmente en *Ce soir*, periódico dirigido por Louis Aragon. Éstas lo convencen a poner manos a la obra.

Tras siquiera una semana de intentos de composición y dibujos preparatorios, el primer esbozo de proporciones definitivas es trazado en el lienzo monumental de 7,80 metros por 3,50, adaptado a la sala donde ha de exponerse. Una serie de fotografías sacadas por Dora Maar dará cuenta de la evolución de la obra.

Picasso, a lo largo de la ejecución del cuadro, sigue pintando y dibujando. Unos cuarenta estudios están registrados, y todavía realizará hasta noviembre lienzos y dibujos relacionados de muy cerca con la obra.

Al contrario de lo que suele hacer, Picasso permite a muchos de sus amigos que acudan a ver el lienzo en realización a lo largo del mes de mayo y recoge sus opiniones. La composición cambia cada día, collages, empapelados, una mancha de color rojo, van apareciendo y desapareciendo.

Picasso trabaja mucho de noche, a la luz de dos grandes lámparas de fotógrafo, con entusiasmo, con furor. Afirma bromeando a amigos españoles que, si no le quitan aquel lienzo, nunca lo terminará.

Se acaba el cuadro el 4 de junio. Sin fecha, ni firma (al contrario de todos los demás trabajos preparatorios), se coloca en el Pabellón español, al entrar a la derecha. Se tiene que quitar un pilar para ponerlo más de relieve. Lleva el título

Guernica de leyenda. Está acompañado de un poema de Paul Eluard : La Victoire de Guernica. En la pared de enfrente, un retrato gigante de Federico García Lorca.

En la entrada del pabellón, Luis Buñuel emite sin interrupción películas documentales sobre los combates en España. Para la inauguración oficial del pabellón a mediados de julio, Bilbao lleva caída ya casi un mes y el gobierno vasco se exilió. Gijón será la última ciudad del Norte en caer, en octubre, a manos de los franquistas.

El pabellón español, un poco apartado, abrió con retraso y no sale en los programas oficiales. Al público lo atraen más los pabellones de la Alemania nazi y de la Unión Soviética que se hacen frente, y cuyas entradas se señalan con esculturas monumentales, aplastantes : torre gigante coronada con un águila de cruz gamada y estructura de seis pisos sirviendo de pedestal a una pareja de trabajadores.

Delante del Guernica, la gente desfila en silencio, sin entender. Aquello no tiene equivalente. Por supuesto el lienzo cumple con su misión de fresco, parece haber sido pintado en la misma pared, pero bueno, uno se hace preguntas. Se tiene la sensación de un caos. ¿Qué diablos está representando ? ¿ Una corrida de toros ? ¿ Es de día o de noche ?

La crítica conservadora pone el cuadro de vuelta y media. Era de esperar. Mientras tanto, en Múnich, se denuncia, durante una exposición oficial, « el arte degenerado » de los Klee, Kokoscha, Munch, Picasso...

Los mismos partidarios de la República española están bastante decepcionados. Se esperaba una obra « social » cercana al pueblo, no se aprecia esa manera apolítica de dar cuenta del acontecimiento, se juzga que el cuadro no tiene imaginación, ambiguo, pequeñoburgués. Más tarde, el gran filósofo Jean-Paul Sartre reprochará al lienzo su simbolismo : el sable roto, la florecita...

Sin embargo, muy pronto, la repercusión del Guernica es inmensa. El cuadro sale para Noruega luego para Londres en septiembre de 1938. Viaja en beneficio de organizaciones de amparo a los refugiados españoles, y así es cómo llega en 1939 al Museo de arte moderno de Nueva York, quien se supone que había de conservarlo unos meses. ¡ Ahí permanecerá cuarenta y dos años !

(Apuntes de Víctor)

Yo había querido salir volando, al no sentirme capaz de explicar a Muñoz ni a quien fuera lo que se me caía encima. Aparte de que el timbre de mi teléfono había perturbado algo la exhumación.

Merce no había dejado de mirarme, lo imagino ya que se acercó a mí.

- ¿ Problemas ?

- Sí, creo que se puede llamar así. Mi padre acaba de ingresar al hospital.

- ¿ Es serio ?

No contesté, desvié la cabeza para no venirme abajo.

- ¡ Te llevo ! Pasamos a por tus cosas a tu hotel y te acompaño a Madrid. Aquí pueden prescindir de mí unas horas. No vayas a quedarte esperando algún autobús o algún tren.

Después del almuerzo, Papá se había sentido muy mal : le costaba cada respiro, sufría atrozmente. El equipo del Samur había tardado más de media hora en llegar.

- Sin embargo, le han salvado la vida, me contó mamá por teléfono cuando la llamé, y no puedo reprocharles nada, supongo que han venido cuanto antes. ¡ Pero Andrés habría tenido el tiempo de morir veinte veces ! Ninguna postura lo aliviaba, ni de pie, ni sentado, ni tumbado. Acabó tumbándose. ¡ Ya no estaba blanco, sino gris !... Ya te puedes imaginar si no hubiera sido mi día de descanso. Solito, no sé cómo se hubiera

apañado. El médico y la enfermera del Samur le habían hecho una inyección enseguida, antes de ponerlo bajo monitor y perfusión.

– Pronto, no digo que recobró una cara humana, pero sí se atenuó el dolor, y volvió a respirar más o menos normalmente.

Le dije a mamá que llegaría en menos de tres horas.

Volvió a llamarme una hora más tarde, cuando ya habíamos pasado Aranda de Duero. Le habían permitido que se quedara algunos minutos con papá. Estaba lo mejor posible, ya no le dolía, y estaba a punto de pasar cantidad de exámenes y chequeos.

Suspiré de alivio. Se me ocurrió comunicarme con Víctor, pero preferí esperar a estar en Madrid y ver a papá.

– Y ahora, le dije a Merce, vamos a hablar de otra cosa.

Se alegró de ver que las cosas giraban hacia bien. Nos reímos. Nos quedaban algo como dos horas de ruta.

– ¿ Y qué vas a hacer en Madrid ? Le pregunté.

– ¡ Dar media vuelta !

– Te acogeré en casa si quieres.

– Ni hablar, la exhumación me está llamando de vuelta...

Charlamos largamente. Merce me habló con entusiasmo de su involucramiento en la asociación. Compartía muchas de mis interrogaciones. Si no ponía en duda la necesidad de « hurgar el pasado », temía la recuperación por intereses partidarios. Llegamos a evocar la guerra civil y las atrocidades cometidas por ambos bandos. Así, centenares de burgueses, religiosos, supuestamente todos franquistas, habían sido precipitados vivos al barranco de Ronda a principios de la guerra.

Yo estaba sensible al argumento que juntaba a los dos bandos en una misma ignominia. Las coacciones cometidas por ciertos anarquistas, por ejemplo, eran notorias, y se perdía la cuenta de los sacerdotes asesinados por Republicanos. Y obviamente, la represión franquista había constado de una parte de « ajuste de cuentas ». Sin embargo, existía una diferencia de índole que le señalé a Merce :

– Estoy de acuerdo con Muñoz : la violencia de los vencedores es más condenable en la medida en que sólo se justificaba por una voluntad de potencia absoluta y de dominación. El franquismo funcionó como sistema de aniquilación y denegación.

Merce aprobaba :

– Una violencia de Estado, intransigente y helada como la venganza. Volvimos a consideraciones menos generales y hablamos de Eugenio. He aquí alguien a quien no animaba ningún odio, ningún espíritu de revancha. Un hombre de lo más digno, sólo ansioso de rendir homenaje a la memoria de sus familiares. En realidad, lo conocíamos poco, pero ésa era la idea que una y otra nos habíamos forjado de él.

– No parecías muy allá en la obra, me dijo Merce. ¿ Es que ya estabas preocupada por lo de tu padre ?

Se dio cuenta de que estaba tocando un punto sensible.

– Perdóname, no quería...

– No pasa nada, Merce. Si hice una mueca, es que en efecto estaba preocupada, pero no por lo que imaginas a propósito de su salud...

Le di parte de las dudas que yo tenía sobre el pasado de papá. Era la segunda vez que me confiaba a este propósito. Me interesaba conocer la opinión de alguien más « exterior » que Víctor.

- Es extraño, notó Merce cuando hube terminado de contarle los silencios de papá. ¡ De todo lo que me has contado, se desprende tanto amor, tanta complicidad ! Cierto, existe esta zona de sombra, como una capa de niebla que cubre su juventud. Pero entiendo mal que se lo reproches con tanta violencia, como si fuera culpable.

La escuchaba con interés.

- A mí me parece más raro su silencio a propósito de sus padres, prosiguió. Esa manera de presentarte un documento oficial en vez de hablarte de ellos y evocar su memoria a través de sus recuerdos...

Tenía razón. De repente, me acordé de que papá había querido mostrarme fotos el día del libro de familia y yo me había negado a mirarlas.

Merce ya no paraba :

- ¿ Nunca se te ocurrió que tu padre hubiera podido ser una víctima, por ejemplo, un « niño perdido del franquismo » colocado por fuerza en otra familia que la suya ? Sería comprensible que le costase hablar de ello. Permaneciendo atenta a su conducta, me lanzó una mirada bastante larga, cosa de evaluar mi reacción.

Encajé lo que dijo. Sus palabras tenían la fuerza de una evidencia. Bien tenía que reconocer que no había visto las cosas bajo ese ángulo, y me reproché el no haber aceptado mirar con mi padre las fotos de sus padres aquel día, ni escuchado lo que tenía que decirme de ellos.

Permanecí sin reaccionar. Merce ya no se atrevía a hablar más. Debía sentir lo mucho que hervía todo eso dentro de mí. Algo amenazaba con estallar, no sabía muy bien qué, pero sí quería conservar el control.

– ¡ Espera ! Mi padre nunca se quejó de nada. ¡ Así que esa historia de « niño perdido del franquismo » no encaja !

Merce, agarrada a su hipótesis, no tenía la intención de soltar prenda tan fácilmente.

– A veces se necesita tiempo para conseguir confiarse, aún a los seres queridos. Y todos no lo sienten necesario. Uno puede experimentar una especie de vergüenza por haber sufrido, por haber vivido humillaciones. Por lo tanto, hace perfil bajo.

– ¡ Hoy en día ya no ! grité con el aplomo de treinta y seis Muñoz. Hoy en día, la palabra está liberada, es de las víctimas. Ya no se tiene que luchar para tomarla. Hasta los verdugos ya no tienen « perfil bajo ».

El Seat aceleró. Yo acababa de cabrear bastante a Merce al asociar de cerca o de lejos a mi padre con esa noción de verdugo. Entendía que estuviera chocada. Además papá estaba en el hospital, acaso fuera a morir pronto. ¿ Qué me pasaba pues ?

– No es tan fácil, insistió Merce. « Ya no se tiene que luchar », según dices... Nada es menos seguro. Primero se tiene que luchar contra sí mismo.

De golpe, sentí que se pinchaba la burbuja dentro de mí. No salió cólera. Más bien agradecimiento. Quise decirle a Merce : « La verdad es que mi padre es un anciano y estoy enferma de angustia al pensar que puede irse pronto. Entonces, ¡ cualquier cosa que me reúna con él está bien, incluida mi mala fe ! »

Pero conservé esta reflexión demasiado íntima para mis adentros.

– Voy a hablarle a mi padre, me contenté con decir.

Las mismas palabras que había empleado con Víctor.

– De todos modos, añadí, ya quería hacerlo.

*

– ¡ Subamos ! dijo mamá alejando su taza de café vacía. ¿ No crees que ya es hora ?

Me había reunido con ella en la cafetería de la clínica. Volví a pensar en aquel juguete del que me había hablado. Ya que ella había vuelto entre tanto a casa para traerle algunas cosas a papá, le pregunté si había encontrado la peonza en cuestión.

– ¡ Qué va ! Ni siquiera me he acordado. ¡ Vete tú a saber dónde estará metida, si es que existe, entre el cachivache de tu padre ! Sabes, me habló de ella en el peor momento, en lo más agudo de su dolor, creo que estaba delirando. No se acordará ni él.

Ambas habíamos trepado la escalera -mamá nunca toma los ascensores no por fobia, sino para mantener la línea- y caminábamos en el pasillo con una determinación un tanto exagerada, como seguras del pronóstico alentador que no faltaría en darnos el médico...

Merce, al dejarme en casa para que depositara mis cosas, me había deseado buena suerte. Por mi parte, le había pedido que me disculpara para con Eugenio, Tomás, Muñoz, Micaela y demás.

– Lo haré. ¿ Estás segura de que no quieres que te acompañe hasta la clínica ?

– No es necesario. En metro tardaré lo mismo, y tú no te atrasarás más. ¡ Gracias por todo ! Quedamos en contacto. Me darán tus datos en la asociación.

Antes de volver a salir, había llamado a Víctor. Se había entristecido por papá y me había recomendado que le recordara todo su cariño.

– Si quieres, me junto con vosotros en la clínica.

– No, Vic. Te lo agradezco. Esperemos a que las cosas

se aclaren. Te volveré a llamar... Mira, quizás no vuelva esta noche. Probablemente me quede a dormir en casa de mis padres para hacerle compañía a mi madre.

Acabábamos de entrar en el servicio de cardiología cuando sonó el móvil de mamá. Lo llevó a su oído y se detuvo en seco en medio del pasillo.

– Mi Andrés...

Sentí que sus rodillas flaqueaban. Permanecía sin voz, con el aparato pegado al oído, y sus ojos iban empañándose.

– Mamá ¿ qué pasa ?

Me miró sin verme, sonriendo a través de las lágrimas.

– Yo también te quiero, cariño. ¡ Te paso con Isaura !

Apreté las mandíbulas :

– ¡ Mamá !

¡ La habría abofeteado ! ¡ Ni siquiera se había dado cuenta del susto que me había dado ! Cogí el móvil que me tendía :

– Es tu padre.

– Vale, había entendido... ¿ Papá ?

– ¡ Isaura mía ! Qué alegría oírte. ¿ Dónde estáis ?

– Cerquita. Es ridículo hablarse por teléfono, aparte que aquí están prohibidos los móviles.

– Pero si yo os llamo desde la línea fija, cariño, y tengo todo el derecho. Habitación 15.

– Vale, ya llegamos.

Su semblante dejaba ver fatiga, nada grave, sin embargo, y de no saber lo que le había pasado, hubiera podido pensar que sólo se encontraba ahí por un chequeo rutinario o de convalecencia.

– Ésa no era la buena, fanfarroneó.

Estaba sentado en la cama más cercana a la ventana, peinado con esmero, y me dije que habría de haber pedido un peine y haberse hecho guapo esperando nuestra llegada.

Lo abracé fuerte.

– Puede que pique un poco, se disculpó. Sólo me afeitó uno de cada dos días y te ha tocado el malo.

– ¡ No me digas ! comenté.

Mamá y él se besaron con ternura. Cuando se enderezó, con el ojo húmedo, me contagió a mí también porque entendí mejor que con ningún discurso hasta qué punto habíamos estado cerca de la catástrofe.

Él estaba bien. Su corazón había padecido y permanecería en observación unos días, una semana como máximo, parecían decir los médicos.

– Problema de tubería obstruida, resumió. Sabes, las arterias se tapan con el tiempo, lo cual atasca a nivel del músculo cardíaco.

– ¡ « Con el tiempo » y con todos los chuches que te metes ! intervino mamá. Claro, él nunca engorda, así que se atiborra a polvorones y mantecados. Y ya ves el resultado.

– Te presento a la profesora Yolanda Bigot, rio papá, especialista mundialmente reconocida en enfermedades mantecadovasculares y licenciada del Horno de San Onofre...

Nos indicó la pantalla del aparato al que estaba vinculado y que generaba el trazado electrónico de sus latidos, y se lanzó en uno de sus delirios : esa máquina era en realidad un « mantecadoscopio » que permitía medir la tasa de manteca para evitar que baje demasiado rápido. En cuanto a la perfusión, papá había vacilado entre vainilla de las islas y canela, antes de optar finalmente por turrón helado.

– No estás soñando, hija, me dijo mamá. Es el mismo que hace seis horas estaba retorciéndose de dolor en la alfombra del salón con una barra de una tonelada en el pecho. ¿ Te lo crees ?

Papá nos dijo que había dormido profundamente unos diez minutos tras los diferentes exámenes que acababan de pasarle y que se había puesto mejor.

– Me recuperé la siesta perdida. ¡ Y no podéis imaginarnos cuánto se alivia uno de estar vivo !

La cama vecina no estaba ocupada y disponíamos de todo el espacio. Entró una enfermera y pareció sorprendida por el ambiente que reinaba en la habitación. Observó el monitor y ajustó el reglaje de la perfusión antes de recomendar a papá que descansara bien.

– Usted hace muy bien en darle este consejo, aprobó mamá, porque está montándonos un numerito de claque.

– ¡ Aguafiestas es lo que sois vosotras ! gritó papá, asociándome a ella. Todo eso por un problemilla de salud.

En el momento de salir de la habitación, evoqué la peonza. Papá recordaba muy bien haber hablado de ella a mamá.

– Una vieja peonza de boj... Irás a mi despacho, si quieres, y me la traerás. Me indicó el lugar preciso donde la tenía guardada.

*

– ¿Qué tal te ha parecido ?

– Bien, dije. No creo que nos daba el paripé. Parece realmente relajado y feliz.

– ¡ Ha superado un lance difícil !

Tomamos el metro en Moncloa hasta Ventura Rodríguez y anduvimos el camino hacia la calle San Bernardino. Mamá me había propuesto tomar una copa en casa de Dany.

El bar que a papá le gustaba frecuentar hasta hacía poco había cambiado. Ni hacia lo mejor, ni hacia lo peor. Sencillamente, la población del barrio ya no era la misma. Se había vuelto más china, se encontraban muchas cibertiendas y tiendas de comestibles abiertas a cualquier hora. Numerosos edificios estaban en renovación y calles en obras, pero siempre se dice en Madrid, como en todas las ciudades del mundo supongo, que los obreros no hacen sino hurgar en un lugar para tapar otro...

Nos sentamos en una mesa en el fondo del bar. Le pedí un café al camarero.

– Y para mí un whisky, pidió mamá.

– Entonces para mí también, me eché atrás. Un whisky...

Como ella, insistí en la última sílaba.

– Mi acento francés... Te sigue divirtiendo.

El camarero nos trajo las copas y brindamos a la salud de papá.

- ¿ Y estas obras de excavaciones de Aragón ? me preguntó mamá con malicia tras beber un sorbo de alcohol.

Papá ya me había preguntado lo mismo en la clínica y le había dado una respuesta confusa, contando que en realidad había cambiado de proyecto en el último minuto y me había ido para Burgos.

Mamá quería saber :

- ¿ Te has echado algún novio allí ?

- No exactamente. Me basta con uno y es Víctor. En realidad, me he involucrado como voluntaria en la ARMH...

- ¿ Ésos que andan buscando a los desaparecidos de la guerra ?

- Los mismos.

Asintió con un movimiento de la cabeza antes de caer en la cuenta, frunciendo el entrecejo:

- ¿ Y por qué no nos lo dijiste ?

- Me era difícil, mamá. Pero ahora, entre tú y yo, si realmente quieres saberlo, puedo intentarlo.

No vaciló ni un segundo :

- Te escucho...

Hasta un periodo bastante cercana, no habría podido hablarle a mamá como lo hice aquella noche. Por supuesto, el accidente de salud de papá nos acercaba, pero no era la razón esencial. Durante nuestra demasiado corta estancia en Perú un año antes, ya habíamos andado una parte de camino una hacia la otra. No que nos hubiéramos llevado mal antes, no es lo que quiero decir. Más bien es que nuestra relación, sin ser conflictiva, siempre había sido un poco distante por el vínculo más simbiótico que me unía a papá.

Yo había crecido, lo medía por la manera con la que

me consideraba mamá hoy. Cuando le dije ese « punto oscuro » que constituía para mí el pasado de papá, se quedó atónita.

– Nunca hubiera pensado que te pudiera machacar hasta este punto.

– Tú sabrás cosas que yo no sé. Y quizás te haya hecho prometer...

– No, Isaura, no es así. Lo siento... Poca cosa sé del pasado de tu padre. Y, al contrario tuyo, no tengo ganas de saber.

Me pareció insensato.

– ¿ Cómo se puede compartir la vida de un hombre y no interesarse en todo lo que lo afecta de cerca ?

– Te equivocas, Isaura. No es que no me interese su pasado. Sencillamente, no es una obsesión para mí. Quiero a Andrés. Incluso, es el único hombre al que jamás haya querido de amor. Lo cual implica que lo tome tal y como es, con esta parte que tú dices de punto oscuro. Yo prefiero hablar de misterio.

Ahugué un suspiro. Lo aceptaba todo en nombre del amor, pero sin embargo...

– Y durante todos aquellos años, nunca quisiste saber dónde vivió durante la guerra, quiénes eran sus padres, quiero decir otra cosa que dos nombres en un libro de familia... Finalmente eres como yo : temes una revelación terrible que no podrías enfrentar.

– ¡ Para nada ! ¡ Vaya disparate ! Si quieres la verdad, sé que Andrés vivió duras pruebas, está clarísimo...

– ¡ Ya ves !

– Deja que termine. Acaso te choque : aquellas pruebas, de cuya índole ignoro en realidad, resultan una bendición para mí. ¿ Entiendes ?

– ¡ Pues no, no entiendo !

Yo golpeaba con los dedos sobre la mesa. Mamá permanecía muy serena.

– Cuando conocí a Andrés, fue como un regalo del cielo, experimenté la suerte increíble que tenía. Y siempre he sido consciente de que, para llegar a este encuentro, había sido necesaria una cadena de acontecimientos, de mi parte como de la suya. Mi vida, yo nunca sentí la necesidad de contarla. Entonces respeté sus silencios, porque lo constituyen, porque lo han estructurado tal y como es y pues tal y como lo amo.

– ¡ Olé ! aplaudí blandamente.

– ¡Mala !

– Perdóname, mamá. Sólo es que he dormido muy poco la noche pasada y nada he comido desde esta madrugada. Estoy agotada y este whisky me está subiendo a la cabeza...

– Si quieres, nos vamos y nos hacemos una tortillita.
¿ Te quedas a dormir en casa ?

– Así lo tenía pensado, asentí.

Mamá pagó nuestras consumiciones y esperó el cambio. Seguí dándole la tabarra :

– Sabes, yo, cuando amo, quiero conocerlo todo del otro.

– Tu padre no es un hijo de perra.

Me iba contando el mismo cuento que Merce.

– ¡ Ésa no es la cuestión ! repliqué. La Alemania nazi estaba repleta de gente que, tomada individualmente, no eran hijos de perras. Se trata de un sistema.

Mamá me cogió de la mano.

– Escucha, hija mía. Nada puedo para ti. Es a tu padre a quien tienes que hablar. Si le da la gana, te contará su vida. Pero espera algunos días, por lo menos, que se ponga. Y no vayas a obligarlo, ves lo que quiero decir, no

lo presiones con eso. No es el momento adecuado.
Fuera, el calor me agobió casi tanto como cuando me
había bajado del Seat de Merce.

Sólo se autorizaban las visitas de las 16 a las 19 horas, pero el reglamento interno de la clínica toleraba que una persona sola permaneciera a la cabecera del paciente.

Llegué a la habitación de papá hacia las 9 horas de la mañana. La cama vecina estaba ocupada por un hombre de su edad y que se le parecía un poco. Acababa de padecer un ataque cardíaco también, y se quedaría todo el día en observación.

- ¡ Mírenos a su padre y a mí, igualitos a dos sujetalibros ! me lanzó.

Papá, por su parte, no parecía tan válido como el día anterior cuando nos había dado lo que mamá había llamado su « numerito de claqué ».

- Deja esa silla, me pidió, siéntate aquí. Me indicaba el borde de su cama, del lado de la ventana.

- ¿ Qué tal Yolanda ?

- Bien. No quiso llamarte demasiado temprano. Va a hacerlo cuando esté en el trabajo.

Intercambiamos distraídamente unas banalidades acerca del calor y del reglaje del aire acondicionado. Papá estaba preocupado, bien que lo veía.

- ¿ Estás seguro de que estás bien ? ¿ No te duele algo ?

- No, Isaura. Con las dosis de medicamentos que me pasan por las venas, no hay riesgo de que me ocurra otra vez un accidente como el de ayer. ¡ Y el « mantecadoscopio » va ronroneando ni que fuera un gatito !

El tono jovial escondía mal cierta ansiedad. Pensé que pudiera ser esa historia de peonza lo que le ponía nervioso.

Había hecho como me había dicho él, había entrado a su despacho. Entre las cajas de sellos numeradas, había encontrado la que me había indicado. En efecto, contenía una peonza con un cordón gris enrollado apretado alrededor, que debía de haber sido blanco, mantenido por un trozo de cinta adhesiva. El juguete, aunque usado, estaba en perfecto estado de conservación.

La caja contenía también un sobre antiguo, amarillento. No estaba sellado ni llevaba ninguna indicación. El corazón me había latido más fuerte al entreatbrirlo. Estaba lleno de antiguas fotos en blanco y negro, acaso aquellas mismas que había querido enseñarme papá un día y me había negado a ver. No quise mirarlas sin papá, pero las traje con la peonza.

– ¿Estás seguro de que todo va bien ?

Su mano estaba helada.

– Que sí, venga, deja de preocuparte.

Había colocado mi bolso en la silla cerca de la cama. No sabía si tenía que sacar ahora la peonza y las fotos o si mejor valía esperar a que él tomara la iniciativa.

Una enfermera y dos ayudantes entraron y me pidieron que tuviera a bien salir de la habitación. Luego les tocó a las señoras de la limpieza.

En el pasillo, se me hacía largo el tiempo. Anduve hasta una sala de descanso donde hojeé una revista de moda sin prestarle atención.

Cuando me reuní con papá, estaba en el teléfono. Me hizo « Yolanda » con los labios para que supiera con quién estaba hablando.

Lo escuché hablar primero de una pareja de amigos que mamá había avisado y que pasarían mañana a visitarlo, luego de la calidad de las comidas de la clínica.

Me distraje, preocupada por su semblante inquieto de hacía un instante, y de repente sus palabras se impusieron en mi mente :

- ... sí, triple derivación coronaria... eso es lo que dijo el doctor Tresfuentes, pero no antes de unos meses...

Yo podía imaginar en los blancos las preguntas de mamá y su angustia al pensar en esa intervención planeada.

- Así son las cosas, Yolanda, no tengo otra... Se decidió a partir de los resultados de la coronarografía...

Cuando colgó, papá estaba mucho más relajado :

- Me estaba preguntando cómo iba a reaccionar. Desde luego, no fue mal. De todos modos, no hay nada más que hacer, tengo las arteras en demasiado mal estado.

- Pero ¿ por qué no te operan enseguida ?

- Primero, no tiene carácter de urgencia. Bajo vigilancia y con tratamiento apropiado, puedo aguantar hasta ahí. Luego, imagino que otros llevan esperando su turno más tiempo que yo.

- Tú que pensabas salir dentro de una semana...

- ¡ Esto sigue en pie ! Dentro de unos días, mi estado ya no necesitará estar en el hospital, Tresfuentes lo dijo con claridad : podré volver a casa donde tomaré tan bien como aquí los fluidificantes y betabloqueantes... Vuelve a sentarte a mi lado.

Me cogió la mano. Esta vez, la suya había entrado en calor.

- A mí también me preocupa tu operación, le dije.

- ¡ Me lo imagino ! Pero lo de las triple derivaciones es muy corriente.

- ¿ Por qué « triple » ? pregunté.

El enfermo de la cama vecina nos estaba oyendo. Intervino, como quien no quiere la cosa :

- Mala suerte la de su padre. Si el cirujano se hubiera llamado Dosfuentes, le hubiera tocado doble.

Le hizo mucha gracia a papá, y me fue imposible obtener de él más precisiones sobre la intervención que proyectaba. Ya no se tomaba nada en serio, y su compañero de habitación hecho su cómplice echaba más agua al molino del humor negro. Sin embargo, me enteré de que el período de principios de año había sido retenido cuando papá acabó diciéndome :

- Me operarán después de Reyes. Tresfuentes quería operarme a principios de diciembre, pero le pedí que me dejase tranquilo para las fiestas.

Papá se frotó las manos.

- Bueno, ¿ Y qué hay de esa peonza ?

Me levanté para hurgar en mi bolso y sacar el juguete. También cogí el sobre y lo coloqué todo delante de él en la cama.

- « Todos vuelven por la ruta del recuerdo », canturreó.

Era la letra de una canción del CD que había comprado en Perú con mamá y del que le había grabado una copia.

- ¿ Miraste las fotos ?

- No, no me atreví.

- Acaso te decepciones, Isaura. ¡ No esperes no sé qué revelación... estrepitosa !

No entendí por qué esa palabra le generaba una sonrisa amarga.

Cogió la peonza y, con infinita delicadeza, quitó el trocito de adhesivo y desenrolló el cordón, que dejó caer

en la cama. Encerró el juguete entre sus manos en ademán protector que muchas veces había debido realizar : el de un niño que vela por su tesoro.

El vecino se había hundido en la lectura de un periódico tras pegarse auriculares en los oídos.

- Le pedí que nos dejara un momento de tranquilidad, me lanzó papá con un guiño. No me puede negar nada : estuvimos en el mismo servicio secreto hace unos años...

Extrañamente, siempre había sabido que llegaría este momento. Pero sólo había imaginado dos situaciones : una en la que presionaría a papá hasta su límite, obligándolo a liberarse por fin de un pesado secreto... Otra en que papá, en un lecho de hospital, se confiaría a mí antes de fallecer...

Me había proyectado desde hacía años estas dos anticipaciones en mi pequeño cine interior, y ambas me parecieron vanas y con excesivo valor de culebrón, aunque la primera tuviera alguna analogía con la situación que estaba viviendo, por el motivo del contexto de esa habitación de clínica.

Paradójicamente, la calma de papá, su desenvoltura casi, suscitó en mí un estado próximo al miedo escénico experimentado en el momento de participar en la exhumación.

– Mira, empecé, mientras los dedos de los pies de su vecino marcaban el ritmo bajo la sábana de al lado. Tienes que saber que todo lo que atañe a tu pasado me afecta muchísimo. También debo decirte que, desde hace algunos días, me involucro en la Asociación por la rehabilitación de la memoria histórica.

Sonrió.

– No me extraña. Gracias por no escondérmelo. Si mal no entiendo, todo lo que te diga podrá retenerse contra mí...

– Papá, el asunto es serio. Si no quieres hablarme, no

digas nada. Nadie te obliga. Pero si empiezas, entonces, ve hasta el final.

Esta vez, estalló en carcajada.

- ¡ A ti no te cambia nadie ! La arqueóloga de mi hija...

- ¡ Papá !

- Está bien, está bien. Me comprometo en decirte la verdad, toda la verdad. ¿ Te vale así, o tengo que jurar sobre la Biblia y escupir al suelo tres veces ? Venga, dime lo que quieres saber.

Me pillaba desprevenida. Además, su fórmula no tenía sentido: por definición, no podía « decir » lo que ignoraba.

- Prefiero que empieces tú, temporicé. Tampoco se trata de un interrogatorio policial.

- Vale.

Se concentró unos segundos.

- Voy a hablarte de mis padres.

Cogió el sobre y sacó una decena fotos.

La primera que me enseñó, la única de colores, se remontaba a los años setenta. Se veía en ella a un anciano de rasgos fatigados sentado en un sillón reclinable.

- Felipe Moreno, mi padre, unas semanas antes de su muerte, comentó papá. No reconoces el piso porque la foto fue sacada de cerca, y también porque cambiamos el papel pintado desde entonces, pero bien que era en la calle San Bernardino... Ya estaba enfermo, muy flaco. Algunos meses antes, pesaba cerca de ciento veinte kilos. Desde luego, lo comprobarás en otra foto. Era un portento de la naturaleza, y encima un pan de Dios. Lo amé profundamente.

- ¿ A qué se dedicaba ?

- Pues terminó de comerciante. Tenía una ferretería cerca del Rastro. Pero antes de eso, había ejercido

muchos otros oficios. ¡ Extrañamente, empezó en la vida de rentero !

– ¡ No lo puedo creer !

– Su padre era un navarro que se había enriquecido en América del Sur antes de fincarse en el País Vasco, cerca de Bilbao. Mi padre lo había heredado, pero, sin embargo, consideraba que tenía que ganarse la vida de otra manera que prosperando a expensas de lo propio y se había convertido en granjero. Desgraciadamente, la guerra civil lo ... arruinó.

Papá tuvo en aquella palabra la misma duda sarcástica que hacía un rato cuando había hablado de revelación « estrepitosa ».

Me tendió la segunda foto.

– Fue mi padre quien sacó este cliché y en el primer plano, este mozo soy yo.

– ¡Vaya porte el que tienes ! le alabé. Y con el bigote a la Pedro Armendáriz, como en tu cédula de identidad.

– Ya lo sabes, no me gusta verme en foto, pero es la única que encontré de la tienda de mi padre. A su muerte, hice una selección en el piso. Sólo resguardé lo estricto mínimo : estos clichés, y también su colección de sellos, que continué.

– ¡ Por mayor gusto de mamá !

– Te voy a decir : en el fondo, no me importan esos sellos. Debo de tener la colección más nula e incoherente del mundo, pero me ha faltado corazón para tirar todas esas misteriosas cajas polvorientas. Las voy clasificando unas veces por países, otras por años, otras por temas, así me entretengo y pienso en mi padre...

No me extrañó de él, pero era emocionante oírlo hablar con tanto calor de un padre del que nunca nos había dicho nada.

- El piso, también quise deshacerme de él. Pero demasiados recuerdos me vinculaban a él, entonces me conformé con renovarlo.

- ¿ Por qué tuviste escondidas estas fotos ? ¿ Por qué no haberlas... sacado (por poco hubiera dicho « exhumado »...) e integrado a nuestros álbumes de familia ?

Me tocaba pillarlo desprevenido.

- Déjame hacer mutis. Te prometo que luego te responderé.

- Concedido.

Las otras fotos no presentaban verdadero interés según él. Sólo conservó dos y dejó las otras... ¡ de las que me hice al instante !

- ¿ Y esa linda morenita ? Pregunté para darle tabarra e intuyendo la respuesta.

- Eres inflexible, Isaura... Es una chica a la que frecuenté durante algún tiempo, y por poco desposé, pero bueno, no la amaba realmente.

No quería resultar demasiado indiscreta, le devolví las fotos sin mirarlas. A voluntad suya, me las enseñó rápidamente asegurando el comentario :

- Compañeros de la oficina... Una segunda chica de la era pre-yolandera, su hermana y su perro... El estanque del Retiro, a ésta la conservé por vanidad de autor, opinando que era un cliché bastante bonito...

Se lo concedí.

- Pero he aquí las que quería enseñarte : mi padre en tiempos de sus ciento veinte kilos. Impresionante, ¿ no ?... Y aquí esta mujer es mi madre Elena Ortiz. La he conocido poco. Sólo cuatro o cinco años. No sobrevivió a la guerra.

- ¿ Quieres decir que fue herida ?

- Herida sí, si quieres, en su mente y en su corazón.

Tenía un hijo y lo perdió. Murió en 1942, de tristeza se puede decir.

No estaba segura de entender bien y había percibido una incoherencia sobre la que me juré volver más tarde.

- A ella también debo mucho, dijo papá.

Me pareció un poco corta la oración fúnebre comparada con la de su padre.

Ya habíamos visto todos los clichés.

- ¿ Nada más ?

- Dame de beber por favor.

Le serví un vaso de agua.

- Si quieres, le propuse, lo dejamos. Retomaremos otro día.

Pero mentalmente, cruzaba los dedos para que eligiera seguir...

- Ahora que hemos empezado, decidió, mejor ir hasta el final.

Entonces me zambullí :

- Papá, has mencionado la guerra hace un instante...

¿ Podrías decirme más a este respecto ?

- ¿ Cómo que más ? ¿ Quieres decir los acontecimientos ? ¿ Las batallas, las ejecuciones, los ajustes de cuenta ? ¿ Todas esas perrerías ?... Los libros de historia están repletos de ello, no me necesitas para eso.

Debí de poner cara rara, de cualquier forma, siempre se lee a libro abierto en mi cara, y papá más que nadie.

- ¡ Ah, ya estamos ! se enojó. ¡ Ya te estás imaginando cualquier disparate ! Bien veo lo que te ronda por la cabeza, no te creas : ¿ si me porté bien durante la guerra ? ¡ Pero si no soy tan viejo ! Tenía once años cuando terminó.

- Ya lo sé, papá, tú sólo eras un niño, me estoy preguntando acerca de tu familia...

- ¡ Pero si acabo de decirte que habían perdido a un hijo !
- Justamente. ¿ Cuándo ocurrió ? ¿ Por dónde ?
- ¿ Cómo que por dónde ? se enfureció. Ni por aquí ni por allá, para que te enteres. ¡ Por abajo ocurrió, sí, bien que me oíste, estábamos abajo y las bombas se nos caían en el hocico ! ¿ Así te vale ?

Me impresionó más el estado emotivo de papá, el tono doloroso y herido que la vehemencia inusual del propósito.

- Vamos a dejarlo ya, dije.

Eché un ojo al monitor. Me pareció que los trazados habían cambiado de intensidad. En realidad, no entendía nada y estaba a punto de darle al timbre.

- Estoy bien, no te preocupes, me tranquilizó. Pero me presionas con esas preguntas.

En la cama de al lado, el anciano dejó el periódico, se quitó los auriculares :

- ¿ Pasa algo ?

- No, gracias por preguntar.

- La derivación con el pasado, se rio mi padre. Siempre es algo doloroso.

Algunos minutos después, ayudantes vinieron a buscar al anciano para conducirlo a sus exámenes. Papá le deseó ánimo.

- Isaura mía... me dijo cuando nos encontramos solos. Siempre pensé que te debía la verdad y te la revelaría algún día... Pero válgame Dios, nunca pensé que iba a ser tan difícil.

Cogió la peonza.

- Este juguete, es toda mi vida. Es lo único que me queda de mi padre.

Me pareció una fórmula un tanto grandilocuente, inadaptada, sobre todo, ya que le quedaban también las

fotos, los sellos, el piso... En este instante, no medía aún la fuerza y la verdad de aquellas sencillas palabras. No quería precipitar nada, forzar nada. Me acerqué, le acaricié la mejilla. Estaba suave. Se había afeitado aquella mañana.

Suspiró profundamente y prosiguió por sí mismo :

– Felipe Moreno, de cierta manera me salvó la vida. Me cogió bajo su protección, en todo caso, me recogió en el peor momento de mi existencia, me crio, me dio una educación... Fue un padre para mí.

Perdí pie algunos segundos antes de entrever la verdad. Todavía tenía en el oído lo que había dicho papá a propósito de su madre : « la he conocido poco », « sólo cuatro o cinco años », « murió en 42... », « tenía un hijo y lo perdió »...

– He entendido, papá.

No era el hijo de aquellos Moreno de quienes llevaba el apellido.

– Se hicieron mis padres. Les debo todo. Me criaron y amaron como a su hijo.

Aquel hijo al que habían perdido.

¿Qué había sido de sus « verdaderos padres » ? Supuse que los había separado la guerra. Había mencionado un bombardeo y se me ocurrió que pudiera ser el de Gernika, pero mi conocimiento de los hechos de guerra era insuficiente, probablemente hubiera habido otros bombardeos, y pensé que el proyecto teatral de Víctor me contagiaba.

No juzgué oportuno preguntar más a papá sobre el asunto, habiendo sido tan viva su emoción hacía un rato. Mejor le pregunté sobre el « hijo perdido ».

– Yo no lo conocí, me confesó. Sólo conocí a mis padres adoptivos por primera vez la víspera del bombardeo. Andrés había muerto poco tiempo antes.

– ¡¡Andrés ?!

– Sí. Tenía la misma edad que aquel niño. Lo sustituí, por así decir.

Me helé.

– Espera, papá, ¿ te das cuenta de lo que me estás diciendo ? ¡ Es puro delirio !

Tuvo una sonrisa desengañada :

– Tienes razón, cabe locura en todo eso, no te lo voy a negar. Eran tiempos de guerra, Isaura... Y esto basta para explicar bastantes cosas.

– ¡ Pero no para justificarlas ! Tus « padres » abusaron de la situación. ¡ Se apropiaron de un hijo que les salió barato !

– Isaura, Isaura...

– Ya sé, me vas a decir que es mucho más complicado y ...

– ¡ Mucho más sencillo, al contrario ! Me encontraba solo en el mundo. Me beneficié de la solicitud de aquella gente. Los necesitaba, era una cuestión de supervivencia...

Volvía a animarse y su voz se alteraba.

– Voy a responder a la pregunta a la que hice mutis hace un rato. Si siempre me quedé con estas fotos y si nunca me resolví a decir lo que fuera a Yolanda, ni a ti tampoco de la verdad sobre mi pasado, la única razón es el miedo que experimenté a lo largo de mi vida.

– ¿ El miedo a ser juzgado ?

– No. ¡ El miedo a ser jodido ! No tienes idea de la represión tremenda que hubo tras la guerra. Hombres asesinados o echados al calabozo, niños separados de sus familiares, constantes humillaciones... Yo pertenecía a una familia de « rojos ». Nunca habían escondido sus opiniones y mi hermano mayor había combatido en el frente.

– ¿ Tu hermano mayor ?

– Murió el día del bombardeo. Todos murieron. Te hablaré de ellos, de mis padres, cómo se dice, « naturales », aunque me pareciera bastante « natural », dadas las circunstancias, hacerme un Moreno... A partir del día en que me recogieron, debí asumir la identidad del niño muerto por una evidente razón de seguridad.

Tras el bombardeo, habían encontrado refugio en Bilbao, que poco tiempo después había caído a manos de los franquistas. En el caos que entonces era Vizcaya, había resultado relativamente fácil para Felipe y Elena Moreno, aunque no sin riesgo, imponer la nueva identidad de papá.

– Y luego mis padres volvieron a construir su vida. Como te dije, lo había perdido todo o casi. Mi padre pudo vender los terrenos que poseía y recuperar algunos bienes bancarios. Nunca fue un hombre de buenas manos, pero sí, tenía el sentido de los negocios. Compró una mercería en Estella. Muy pronto, enviudó y nos quedamos juntos como dos almas extraviadas en vida.

Su padre había vendido el comercio y habían dejado Navarra para Madrid.

– Vivo bajo una falsa identidad desde la edad de nueve años. Puedo decir que, durante los años de Franco, me resultó pesado. Mi padre también temía. Bastaba con que algún primo, por lejano que fuera, encontrado por casualidad me reconociese, que algo nos delatase... Con el paso del tiempo, el riesgo menguó para llegar a ser casi nulo después de 75. Pero Andrés Moreno era, y Andrés Moreno me he quedado. Desde luego, estaba escrito, mira el nombre en la peonza... Oye, ¿no me vas a denunciar a las autoridades ?

Me encogí de hombros, cabreada de que pudiera pensar en semejante disparate, siquiera para bromear.

– Estoy hablando de las autoridades morales, precisó con la misma ironía. Todas esas asociaciones, esos comités, esos colectivos... ; Tu época es campeona para el culto de la memoria !

– ¿ Cómo que « mi » época ? ; Pero si es tuya también ! Encontramos la sociedad en el estado donde tu generación y la de mamá la habéis dejado... ; Papá ! No tienes derecho a culparnos con eso. ; Es un trabajo necesario !

– Probablemente, Isaura, pero cuidado con que tanta memoria no resulte demasiada. A veces es mejor olvi-

darse un poco, dejar que las cosas fluyan. De repente, pensé en Eugenio y le conté a papá lo que sabía de la historia de aquel hombre. Debí de encontrar las justas palabras. Papá se emocionó con mi relato.

– Apruebo lo que hace esta gente y lo que haces con ellos. Desde luego, no entiendo que nos hayas escondido tu participación a esta exhumación... Pero la historia del tal Eugenio me ha afectado cruelmente, Isaura, porque de mis padres, quiero decir de la madre que me parió, del padre que me crio hasta mis nueve años, de mis dos hermanas, de mi hermano mayor, ¿ qué me queda ? Ni siquiera una fosa ante la que recogerme.

Sentí toda su amargura, y me conmoví.

– Isaura, vivíamos muy cerca de Gernika. Habíamos ido para el mercado el día en que la bombardearon... No me pidas más a este propósito. De ello, nada sabré decirte.

Lo abracé fuerte.

– Papá, perdóname...

Me aparté de él para mirarlo a los ojos.

– Lo sientes. Sientes haberme hablado. Yo te obligué...

– ¡ No, cariño ! No cambies los papeles. Ya quise enseñarte estas fotos un día, pero me mandaste a paseo. ¿ Ya te has olvidado ?

– ¡ Por supuesto que no !

– No sé si con razón, tuve aquel día la sensación de que te amedrentabas y cerrabas la puerta que por fin habías logrado entreabrir. Ya ves, miedo, tú también...

– Es cierto. No estaba preparada aún.

Entonces, tú sólo piensa que fui yo, y que te esperé durante todos aquellos años... No quiero que me juzgues, Isaura. Hice lo que pude con mi vida. No soy un

James Bond, ¡ bien que lo sabes, nunca te lo escondí !

Llamaron a la puerta de la habitación. Era Víctor, y nos pillaba limpiándonos los mocos y con los pañuelos entre las manos.

- ¿ Todo bien ?

- Muy bien, proclamó papá.

Yo necesitaba más tiempo para recomponerme.

Víctor traía polvorones.

- ¡ Si estuviera mi mujer, le dijo papá, pensaría que estás deseando mi muerte, pero yo te celebro la atención !... Querido Víctor... Llegas como anillo al dedo, pues estábamos nadando en pleno psicodrama. Nos vas a alegrar las ideas. Háblame de tu trabajo. Hace mucho que me prometo ir a ver una de tus obras.

- La próxima se montará en abril, si va todo bien. Todavía estoy escribiendo.

Sentí como un vértigo.

- ¿ En abril ? Está perfecto, tendré un corazón totalmente nuevo... ¿ Y cuál será el tema ?

Ya era tarde para dirigirle cualquier señal a Víctor que se hacía el importante :

- Será sobre Gernika. Para el aniversario de los setenta años.

Papá estuvo perfecto. No movió ni una pestaña y adoptó un tono benevolente :

- Buen tema. ¿ Pero de verdad crees que aquella antigualla interesará a la gente ?

La administración franquista planea desde 1968 recuperar el Guernica, habiendo llegado a ser éste el cuadro más famoso del siglo desde los años cincuenta.

El Director de Bellas Artes convence de ello su jerarquía y, por ironía de la Historia, Carrero Blanco da su acuerdo para entablar negociaciones, tras recoger aviso favorable de Franco. Pero Picasso se expresa en noviembre de 1969 mediante la voz de su abogado : en cuanto no se restaure la República, el MOMA permanecerá depositario del Guernica y de los estudios y dibujos preparatorios que no pueden separarse de él.

Firma dos cartas, una en noviembre de 1970, otra en 1971, dos años antes de su muerte, reiterando esta voluntad.

Tras 1975 y el restablecimiento de las libertades democráticas, las negociaciones se hacen largas y complicadas, por el hecho de tener que encontrar a la vez un fundamento jurídico a la transacción (al no ser la monarquía constitucional la República...) y un acuerdo con los herederos del pintor. La voluntad de Jacqueline Picasso, conforme con la de su marido, es que se exponga el cuadro en el Prado.

Desclavado de su bastidor y cuidadosamente enrollado en una inmensa caja, el Guernica viaja a bordo de un avión especial. Se lo acoge el 10 de septiembre de 1981 y se lo transporta por camión hasta el Casón del Buen Retiro. Se le ha reservado un joyero a su medida, que parece un acuario para algún monstruo marino : un escarapate blindado de más de un centímetro de espesura manteniendo a distancia

al visitante, y cuyo armazón impide gozar de una mirada de conjunto sobre el cuadro.

Otro 10 de septiembre, en 1992, el museo nacional Centro de Artes Reina Sofía es inaugurado por el rey y la reina. Su florón es el Guernica.

(Apuntes de Víctor)

*

Le mandé un mensaje a Muñoz para decirle que mi padre no estaba bien y prefería quedarme a su vera. Precisé que seguía queriendo involucrarme en la asociación y pronto le avisaría de mis disponibilidades en cuanto se repusiera mi padre. También le mandé un mensaje amistoso a Merce. En realidad, papá no estaba mal, pero lo visitaba a diario, sola o acompañada de mamá.

Nunca más le pregunté acerca de las revelaciones que me había hecho, aunque me hubiera gustado saber más sobre sus padres « naturales ». Y cuando él decía « mi padre », ya entreveía, por un segundillo, una figura fantasmal, la del padre que le había confeccionado la peonza. Pero siempre era a Felipe Moreno a quien así llamaba :

– Mi padre era un hombre con gran melancolía. Al principio de nuestra relación, creía que esa tristeza que constantemente llevaba en la cara era causada por la desaparición brutal de su hijo y más tarde por la muerte de mi madre. En realidad, siempre le vi ese semblante, incluso más tarde en los momentos de alegría.

Le pregunté a papá cuáles habían sido aquellos « momentos de alegría », y le costó proponerme algunos

que fueran alentadores : unas partidas de pesca, un memorable ataque de risa en una ferretería por la peluca de un cliente que se había quedado atascada en un perchero...

– Ya ves, nada del otro mundo. En realidad, compartí la melancolía de mi padre, aunque no era parte de mi profundo temperamento.

Había pasado una niñez y una adolescencia de Español pequeño burgués dócil y bien educado. Su padre le compraba *Flechas y Pelayos*, una revista para jóvenes repletos de ideología franquista, menos por convicción que para dar el paripé. Y en su escuela, cantaba el *Cara al sol* cada mañana.

– Mi padre me animó a que estudiara. Quería que trabajase en una administración. Y así lo hice. No olvides que durante toda la vida hasta la edad de cincuenta años tuve que fundirme en el decorado, y el decorado era gris como la siniestra efigie de Franco sobre fondos de color deslustrados de los sellos de aquella época.

No logré saber mucho más. Sin embargo, papá resultaba locuaz a propósito de su encuentro con mamá en lo que él llamaba su « segunda vida ». Por supuesto, era su tercera, pero reunía implícitamente, y de manera desconcertante para mí, el período que había precedido el bombardeo y el en que lo habían recogido.

– ¿ Y qué tal te va con Víctor ? me preguntó una mañana ¿ Te hace feliz ?

– ¡ Claro que sí, de lo contrario, lo dejaría !

– ¿ Pero te colma de felicidad ? Una mujer necesita realizarse. ¿ Ves a lo que me refiero ?

Clarísimo lo veía y me puse como un tomate. ¡ No podía creerme que me preguntara semejante cosa !

- Tu madre y yo, siempre nos llevamos de guinda, prosiguió con un guiño pícaro.

- Encantada me quedo...

- No, de verdad, aquello sí que importa en la vida. Yo había tenido bastantes amoríos antes de conocer a Yolanda, ¡ pero con ella fue fetén !

Cuando se lo conté a mamá, se echó de la risa.

- Vete tú a saber qué le habrán puesto en la perfusión...

El día en que papá salió de la clínica, me di cuenta de que le costaba andar, y me apretó el corazón. Se había repuesto perfectamente de su accidente, y su moral era excelente, pero sin embargo ya no tenía fuerza suficiente como para andar mucho : le dolían mucho su espalda, sus piernas aunque no se quejara. Y nunca le había notado las manchas de la edad tan nítidamente. Espacié mis visitas cuando volvió a casa, yendo a verlo sólo uno de cada dos días.

Charlábamos de cosas y otras en el salón. No soltaba la peonza, enrollando el cordón alrededor de la madera sin pensarlo, y luego desenrollándolo a la manera de los viejos Orientales desgranando un rosario de perlas. Aquel objeto era lo único que lo vinculaba con aquel tiempo en el que había tenido un padre, una madre, dos hermanas y un hermano de los que era incapaz de decirme palabra alguna. El flujo que yo había hecho brotar se había extinguido de por sí, impotente para dar cuenta de aquella vida antigua. Y la peonza, único elemento sólido, tangible, resultaba portadora de una carga afectiva y emotiva más allá de las palabras.

Me puse a hacer sueños grotescos, de pesado simbolismo, que me dejaban sabor amargo al despertar, presa

de una difusa sensación de culpa. Así fue cuando, al obedecer a Víctor, quien lucía de manera absurda la camiseta « Somos los nietos... » de Muñoz, desenterraba con las uñas un esqueleto con una peonza metida como un corazón aún palpitante entre los escombros hundidos en su jaula torácica.

Aquella obsesión de la muerte anunciada ya se hacía malsana. La inquietante perspectiva de la operación a corazón abierto prevista para principios de año participaba de ello.

No era poca cosa. Por más que se desarrollara bien la intervención, eran de temer sus consecuencias. « Uno ya tiene una edad », me había dicho papá tiempo atrás por teléfono. Sí, ya tenía una edad y yo no había visto que llegaban señales, o no había querido verlas.

Víctor se asombró de mi baja de moral. Ya le había contado las revelaciones de papá, y no terminaba de entender por qué ya no me sentía aliviada. Era difícil de explicar, ni siquiera yo lo sabía muy bien. Como solía ocurrir, Víctor me ayudó a aclararme, a poner orden dentro de la confusión de mis sentimientos :

– Tu padre a la vez te dijo demasiadas cosas y demasiado pocas.

Era cierto. Y si las revelaciones de papá me habían tranquilizado, en el sentido de que ya entendía las razones de su silencio a lo largo de todos aquellos años, una frustración nueva había aparecido. Papá ya no me enseñaría más nunca, por la mera razón que lo que quedaba era indecible. Experimentaba con dolor lo que sólo conocía por haberlo leído en los libros : cada hombre está solo.

También le dije a Víctor que papá se iba acostumbrando a mis visitas hasta el punto de disgustarse si,

por un motivo u otro, me veía obligada a anular nuestra cita.

– Y me habla mucho, me quejé, ¡ tendrías que ver lo hablador que se ha hecho ! Nada se calla : su trabajo en Correos, sus vacaciones con mamá y hasta sus salidas con antiguas conquistas... ¡ Me tiene harta !

Víctor se moría de la risa :

– Bueno, te parecía demasiado callado, casi sospechoso. ¡ Pues se está poniendo al día !

– Ya, pero ¡ basta ya ! El cuento de la peluca en el perchero, anoche, te dio mucha gracia, pero yo llevaba tres veces escuchándolo... Empiezo a aburrirme con él y no me gusta.

Víctor me miró derechito a los ojos :

– Me vas a perdonar, pero bien creo que él se aburre tanto como tú. Eso es lo que sentí ayer. Hubo esas confidencias que te hizo en la clínica, y desde entonces tú le estás haciendo morros, bien sabe que esperas otra cosa que él no puede darte, entonces va llenando el silencio...

Espacé mis visitas aún más. Había reanudado con las clases en la universidad. Tres veces a la semana, llamaba por teléfono para saber de él. Cada vez, me parecía en plena forma y para nada inquieto por la operación que se acercaba. La fecha había sido fijada al 9 de enero.

El 11 de diciembre, le hice una visita temprano por la mañana. Me crucé con mamá que se iba a trabajar. Acababa de comprar el diario.

– ¿ Has visto ?

– ¡ Con viento fresco !

Se había muerto Augusto Pinochet la víspera, ironía del calendario, ¡ en pleno día de la Declaración universal de los derechos humanos !

Papá me esperaba en la cocina. Había preparado dos tazas de café ligero. Lo vi izarse penosamente en un taburete.

– ¿ Estás haciendo gimnasia ?

Arriba del armario, sacó un paquete de magdalenas.

– Mi reserva secreta, se rio.

– Papá, ya tienes una edad para que una te regañe, pero eso no es sensato.

A propósito de Pinochet, no hizo ningún comentario, ni siquiera cuando observé que el ex dictador chileno había sido inculcado por un juez español por asesinatos y torturas, mientras que los autores de los crímenes del franquismo, por su parte, nunca se habían perseguido.

Aquello traía a papá sin cuidado. Cambió de tema :

– ¡ Sabes lo que me soltó el doctor : que me había repuesto muy bien del ataque ! ¡ Por poco le dije que había sufrido otro mucho más tremendo !

Era la primera vez desde su estancia en el hospital que hacía una alusión tan explícita al bombardeo de Gernika.

– ¿ Qué opinas tú del cuadro de Picasso ? me preguntó siguiendo una asociación de ideas, a no ser que su precedente réplica sólo sirviera para conducir a esta pregunta.

Me quedé perpleja.

– ¿ Me lo preguntas por la obra de Víctor ?

– Para nada. Es que me cuesta hacerme una opinión.

Víctor todavía no había empezado la fase de escritura. Había reunido sobre la obra de Picasso una documentación importante que pasaba horas despojando para quedarse sólo con lo que pudiera inspirarlo. Otra vez había intentado convencerme de que encarnara a

Dora Maar, pero no, mi respuesta había sido definitiva, con respecto al pasado de papá.

– Pues no me resulta fácil contestarte, dije. ¿ Lo que pienso del *Guernica* ? Finalmente, poca cosa. Soy como todo el mundo : reconozco la obra de arte porque así está etiquetado, bastante nos lo dijeron y repitieron. ¡ A lo que parece, es el cuadro más famoso del mundo con *Mona Lisa* ! Lo que tuerce el juicio. Ahora bien, sabes, tengo la impresión de que no lo conozco más que por reproducciones o por lo que leí u oí de él. Sólo entré una vez al Reina Sofía, pero había tanta gente delante del cuadro que pasé rápido. Y tú ¿ que piensas ?

– Yo nunca lo he visto.

Entendía perfectamente que no experimentara la necesidad de plantarse ante el *Guernica*.

– Un día, me recordó, te llevamos al Prado. Debías de tener algo como ocho años. Habíamos previsto terminar la visita por el Casón del Buen Retiro. Pero ya no aguantabas más y le dije a Yolanda : « No importa, tú ve a ver el *Guernica* sola, que nosotros vamos a tomar-nos un helado mientras te esperamos. »

Sonrió, conservando un recuerdo gracioso de su trampa.

– En realidad, nunca he querido verlo. Pero eso no impide que siempre haya sido fascinado por este cuadro, por la idea de este cuadro, mejor dicho.

– ¿ Pero ya has visto copias ? Siempre se ven reproducciones en las revistas, reportajes por la tele, postales...

A propósito de postales, me acordé de una anécdota que me había contado Víctor. Se la conté a papá :

– En 1940, Picasso tenía la posibilidad de huir a los Estados Unidos, pero eligió quedarse en París a pesar de

la ocupación alemana. Entonces, era un artista mundialmente reconocido, de cerca de sesenta años... Por mucho que se sintiera protegido por su fama, daba prueba de gran bravura de parte de alguien que sostenía sin reservas la República española desde el exilio y había denunciado con su *Guernica* la barbarie fascista. Soldados alemanes lo visitaban a veces en su taller. Picasso les repartía generosamente postales del cuadro : « ¿ Fue usted quien hizo eso ? » y él les respondía : « ! No, fueron ustedes ! »

Papa se rio.

- No sé si la historia es real, precisé. Víctor me dice que siempre se encuentran las mismas anécdotas de un documento sobre Picasso a otro, lo que termina componiendo una especie de leyenda un poco anquilosada que el mismo pintor contribuyó en crear.

- Poco importa, dijo papá. La historia es sabrosa. Pero para responder a tu pregunta, no, nunca he podido ver el *Guernica*, y desvíó la mirada cada vez que doy con una reproducción.

- Entiendo.

- No, no es lo que crees, no es por el horror que vivimos y que sería incapaz de ver representado... Al contrario, siento una gran curiosidad por la manera con la que Picasso pudo dar cuenta de ello. Pero me da esta fobia...

- ¿ Qué fobia ?

- Los aviones, ya sabes. No los puedo aguantar, nunca mejor dicho, ni en pintura.

- Pero papá... repliqué. ¡ Si no hay aviones en el *Guernica* !

- ¿ Estás segura ?

- ¡ Segurísima !

– No sé si es una muy buena idea, dijo mamá cuando le conté nuestra intención de ir al Reina Sofía. Andrés se cansa rápido.

– Si le apetece ir, mamá. Y además sólo nos quedaremos el tiempo de ver el cuadro. Víctor pasará a recogerlos en coche y nos llevará de vuelta. ¿Te apuntas ?

Me hizo una señal significando que no.

Algunas semanas antes, cuando había querido hablar con ella de todo lo que papá me había revelado, ella había abreviado :

– Ya lo sé. Andrés me ha contado.

Mamá se angustiaba cada vez más. Al mismo tiempo, la operación la amedrentaba y deseaba que llegara pronto, temiendo un nuevo accidente cardíaco.

*

Picasso ha montado sobre bastidores el lienzo más grande que jamás ha tendido. El taller de los Grands-Augustins no es lo suficiente espacioso, y Picasso debe inclinar el bastidor hacia atrás por las vigas y apoyarlo oblicuamente en el muro de la izquierda. A veces trabaja con pinceles de muy largo mango, se iza sobre una escalera de tirante, bajo la mirada de Dora Maar, que no se conforma con inmortalizar los sucesivos estados de la obra (ocho en total, con el estado definitivo), sino que también saca fotografías del pintor trabajando.

Es un reportaje inestimable el que realiza, y sin precedente, del génesis de una obra de arte. Es más : claro, y como para todas las mujeres de la vida del pintor, se reconocerá a Dora en la obra, en aquellas mujeres asustadas e implorantes, y esta inspiración iniciada con el Guernica se prolongará en la serie de las « Mujeres que lloran ».

Sobre todo : Dora actúa sobre la misma evolución del cuadro gracias a su arte, proporcionando al pintor una visión de la obra en curso. El blanco y negro del Guernica, si bien se debe en gran parte a los periódicos de la época, también es determinado por los clichés de Dora Maar y por el uso que hizo Picasso de las lámparas de fotógrafo para compensar la falta de luz de la habitación.

A lo largo de los días, de las noches, el blanco del lienzo es roído desde abajo hacia arriba por el pincel del pintor. Picasso utiliza una pintura ordinaria, industrial, el Ripolín. Grandes zonas de color liso evocan la manera cubista de los lienzos de 1912 y 1913. La luz del cuadro, que parecen proyectar la portadora de lámpara y el ojo-sol-bombilla eléctrico arriba de la composición, no establece ninguna perspectiva. Es cruda, tanto como es densa la sombra, en una suerte de instantánea fantasmal, violentamente pasmada por un rayo de magnesio y que volvería a las tinieblas, tras quemar nuestra mirada.

Luz y sombra. La corrida de toros no está lejos. Ningún avión, ninguna bomba, ninguna explosión en el lienzo, sino un caballo herido, un toro con mirada humana, una mujer llevando una luz, un hombre caído...

Aquellos cuatro aparecieron desde el primer dibujo de preparación del uno de mayo de 1937. La escena remite al tercio de varas, ese momento en el que el toro ataca el caballo del picador, y es la fase de la corrida que más a menudo dibujó o pintó Picasso.

A los ocho años, vio en Málaga un caballo ser destripado. En 1928, tiene cuarenta y siete años cuando el uso del peto, la gualdrapa que protege el caballo, llega a ser obligatorio y él se levanta contra este cambio : el instinto combativo del toro resulta impedido, según él.

Toro noble y hierático al que los ojos humanos confieren una complejidad que trasciende su fuerza bruta de toro bravo, y caballo pavorido, patético, cuya agonía es adecuada para representar todos los sufrimientos humanos. Todo ello bajo la mirada de aquella mujer que lleva la luz y que, desde el primer dibujo hasta el cuadro final, no cambiará ni de lugar ni de actitud. Tendría los rasgos de Marie-Thérèse Walter, la amante que Picasso más o menos dejó para Dora.

Numerosas son las obras de Picasso que acreditan la idea de que la corrida simboliza también el encuentro de un hombre y de una mujer. Y las connotaciones eminentemente sexuales resultan aún más evidentes tratándose de las variaciones sobre el tema del Minotauro. El toro del Guernica, con su mirada humana, se inscribe en el ciclo de las Minotauromaquias iniciado en 1933.

El 2 de mayo, una semana antes de tender su lienzo, una vez asegurado de sus convenientes dimensiones gracias a una visita al Pabellón de España, Picasso se dedicó casi exclusivamente a estudios para la cabeza del caballo. También dibujó, pero será por una sola vez, el toro mirando a la mujer. En los días siguientes, ni rastro de dibujos ni de esbozos. Acaso Picasso no trabajase sobre el proyecto que retoma el 8 de mayo.

Aquel día por primera vez, la guerra se invita en el cuadro con un nuevo personaje, mejor dicho dos : una mujer arrodillada, que lleva en su regazo a un niño muerto, y levanta la cabeza hacia el cielo.

La única composición del 9 de mayo añade otra mujer suplicante. En el centro del proyecto, una rueda de madera que

desaparecerá, y algunos puños erguidos que también se borrarán. ¡ Fuera el realismo socialista ! El cuadro, a lo largo de los arrepentimientos sucesivos, evolucionará hacia el arquetipo, volverá a él, por así decir, en el espíritu de los primerísimos esbozos. Así será de aquellas llamas que surgieron a la derecha del cuadro y de aquella mujer ardiendo en vida en los cuatro primeros estados del cuadro fotografiados por Dora Maar. Ya desde el quinto estado, la mujer dejó de luchar, más bien parece aspirada por el suelo, como una condenada. La sugestión del bombardeo fue sustituida por algo más universal : ya no sólo se trata de una mujer ardiendo víctima de una bomba incendiaria, sino de la civilización hundiéndose.

La composición del Guernica, a la vez piramidal y en tríp-tico, con sus dos lloronas enmarcando la parte central, no es rigurosa y preserva desfases geométricos que atenúan su formalismo.

En el centro, el caballo herido por una lanza agoniza como un Cristo. A sus pies, una mujer de masivas piernas, con una rodilla en el suelo, parece prosternarse ante él. Y a la izquierda, la llorona que lleva el cuerpecito inerte es a la vez una Virgen con niño y una pietà.

La impresión de conjunto es la de un caos.

(Apuntes de Víctor)

Víctor nos dejó de manera a acceder por el lateral de Ronda de Atocha y no por el de Santa Isabel donde siempre hay más gente. Todavía tenía que aparcar el coche. Se juntaría con nosotros delante del cuadro.

Eran las diez, poco más. El museo acababa de abrir. Le dije a papá que me esperase tranquilamente mientras yo sacaba los billetes, pero se empeñaba en pagar las entradas. Lo cogí del brazo para caminar y asentó la cabeza suspirando :

- ¿ Y por qué no un andador ? Estate tranquila, que te avisaré en caso de que no me sienta bien.

Sonreía y tenía buena cara.

El interés de pasar por « *la partie Nouvel* » habría bromeado mamá en francés, además de hacer menos cola, era acceder directamente al segundo piso del edificio por el ala trasera donde se encuentra la colección Picasso. Frente al bronce de la Mujer en el jardín, papá me propuso que esperásemos a Víctor antes de adentrarnos más.

- No, le respondí. Ve tú, que te cansarías más esperando de pie aquí.

El *Guernica* estaba muy cerca. Quería que se tomase el tiempo de verlo, que disfrutase.

- Y así también te dejo en paz. Seguro que tienes ganas de descubrirlo solo. Imaginaba una suerte de cara a cara un tanto solemne. Lo cual pareció extrañar a papá, pero aceptó mi propuesta y se alejó.

Siempre hay algo emocionante en observar de espaldas a los seres queridos. Y papá avanzaba hacia su pasado.

Presté atención al ambiente sonoro del museo, al no tener nada más que hacer esperando a Víctor : rumor de conversaciones, toses, pasos deslizados de niños en el embaldosado, escupitajos de los walkies talkies de los vigilantes.

En los servicios, se formaba cola del lado de las mujeres. Cuando salí, me dije que Víctor hubiera podido llegar y anduve hasta el *Guernica*. Papá se había hecho un sitio entre la treintena de personas, por lo menos, asentadas delante de la obra y mantenidas a distancia respetable por una simple soga. No me vio, de lo absorbido en su contemplación que estaba. Noté que se aprovechaba de cada hueco que se liberaba para deslizarse cuanto más cerca del cuadro.

Víctor se reunió conmigo ahí, cerca del bronce de la *Mujer del florero*.

– Mira a mi padre, le dije. Para mí que está disfrutando de lo que ve y lo vincula con todo lo que leyó de los apuntes que le entregaste.

– ¡ Al menos, si no logro montar la obra, no habré trabajado para nada ! Nos acercamos y dimos la vuelta al grupo de visitantes para aproximarnos al cuadro por la derecha. La mayoría de la gente no se queda nunca mucho tiempo delante de una obra. Una vez al borde del cordón de seguridad, nos bastó esperar a que mi vecino de la izquierda se retirara para ocupar su puesto y así sucesivamente, hasta llegar frente al centro del cuadro, que papá había alcanzado viniendo, por su parte, en sentido contrario.

Lo tiré ligeramente de la manga. Volvió la cabeza.

– Voy avanzando poquito a poco, me susurró.

- Nosotros también, pero en el sentido contrario.
¡Hasta pronto !

De paso, apretó la mano de Víctor a quien cumplimentó como si fuera el autor del lienzo :

- ¡ Fenomenal !

Una decena de minutos más tarde, cuando volvimos a juntarnos los tres, un embarazo se instaló, en relación con la historia íntima de papá enfrentada con aquel monstruo de arte que es el *Guernica*.

Papá lo desvaneció enseguida, hablando primero :

- ¿ Sabéis lo que más me afecta ? Es la misma materia de este cuadro, los trazos de lápiz todavía visibles, los derramamientos de pintura cuando se lo mira de cerca y lo hacen tan emocionante. Pensar que todo aquello permanece intacto setenta años más tarde y Picasso, a miles de kilómetros de nosotros, lo plasmó en el lienzo en los mismos días que siguieron el bombardeo, mientras nos sentíamos perdidos y abandonados de todos...

La admiración, más que la emoción, dominaba su mirada. Nos alejamos perpendicularmente a la obra y franqueamos la apertura arqueada que llevaba a otra sala. Papá se dio la vuelta.

- Mirad. Desde aquí es de donde habría que mirarlo ahora, tras haber visto el detalle, pero hay demasiada gente delante.

Retrocedimos más aún hasta que la apertura que habíamos franqueado enmarcase toda la anchura del cuadro del *Guernica* sólo veíamos las dos terceras partes superiores, estando la tercera parte inferior escondida por las cabezas de la gente, entre ella un grupo de ingleses que acababan de llegar con un guía. Era un *Guernica* truncado, sin guerrero caído, sin patas de caballo, sin gruesas piernas. Pero el *Guernica*, sin

embargo, y a esta distancia el cuadro cobraba una fuerza increíble.

No lo pensé dos veces, me avancé hacia el grupo :

– Señoras y señores, por favor. Gracias por apartarse un instante.

La gente se giró hacia mí y luego se miró, la funcionaria encargada de la vigilancia del cuadro se tensó, y en este momento de tensión supe que moriría de vergüenza si no se me obedecía. Entonces saqué mi sonrisa más bonita y dije :

– Para mi papá.

La gente se apartó en dos olas como las aguas del Mar Rojo a la orden de Moisés. Me reuní con papá y Víctor para saborear con ellos la sensación efímera, pero delectable de tener el cuadro para nosotros solos.

– ¡ Pero si no le tienes miedo a nada, tú !
 Mamá no podía creer que yo hubiera tenido semejante atrevimiento.

– No te creas. Nunca pasé mayor miedo en la vida.
 Papá seguía riendo.

– Creí que esos pobres Ingleses iban a cantarme el
 « Happy birthday... »

Víctor saludaba mi hazaña proporcionalmente a las dimensiones del *Guernica* :

– ¡ Hiciste que se apartaran más de cuatro metros de cada lado !

– No sé lo que me pasó, intenté explicar. De haberlo premeditado, no habría salido bien. Y nos habrían echado de la sala, o hasta del museo...

– Mientras que así, el incidente *a amusé la galerie*, seguía bromeando papá, con un guiño para apoyar su juego de palabras en francés.

Yo le había propuesto salir ya del museo si sentía cansancio. Me había respondido que iba bien por el momento, pero que en efecto mejor valdría no prolongar demasiado la visita. Sin embargo, deseaba ver los esbozos y los trabajos preparatorios presentados, como siempre había sido voluntad de Picasso, al lado del cuadro final.

Un grabado fechado de 1935 también estaba expuesto, *Minotauromaquia*, que atrajo irresistiblemente mi atención. Una niña que llevaba una vela encendida

hacía frente al Minotauro, quien, con la mano, se protegía de la lumbre. El grabado me turbaba sin que supiera muy bien por qué. Por analogía pensé que el toro de ojos humanos del *Guernica* quizás desviase la cabeza para evitar esa luz.

Papá se había acercado para observarlo también. Me mostró la vela de una pequeña embarcación en el mar, al fondo y me dijo riendo :

– El barco de Max...

Entendí exactamente de lo que me hablaba : un libro fetiche de mi infancia que habíamos comprado en Francia, *Max et les Maximonstres*. El barco y la ribera solos no habían podido bastar para hacer la relación. Había también entre los « Maximonstruos » del álbum, y en la misma portada, alguno parecido al Minotauro...

Papá había leído una y otra vez ese libro cuando era niña. « *Les Maximonstres roulaient des yeux terrrrribles, ils poussaient de terrrrribles cris, ils faisaient grincer leurs terrrrribles crocs et ils dressaient vers Max leurs terrrrribles griffes...* » me contaba, pronunciando las erres a la manera española. « *Vous êtes terrrrrible, vous êtes notre roi.* » La palabra « *terrible* » volvía sin cesar, y era una delicia oír-la de la boca de papá.

En casa de mis padres, mientras tomábamos una copa conversando a propósito de nuestra visita, la imagen de la niña sin miedo enfrentándose al Minotauro aún me obsesionaba, y más todavía aquel ademán de la mano del monstruo para protegerse de la luz de la vela.

Víctor y papá intercambiaban opiniones acerca del *Guernica* que no escuchaba realmente. De vez en cuando, papá interrumpía la charla para lanzarme una mirada cuyo sentido se me escapaba.

- Estoy hecha polvo, dije, presa de una súbita impaciencia.

Era cierto. La visita al Reina Sofía me había agotado. Y se me apretaban las sienas del mismo modo que en Arequipa, pero Madrid ni siquiera está a 700 metros de altura...

Nos despedimos. Papá parecía agotado también.

- ¿Qué tal ? le pregunté ¿ No sientes haber ido ?

- ¿ Y tú ?

Intercambiamos una mirada un tanto triste y resignada. Sin duda, ni el uno ni el otro habíamos obtenido de esta visita al museo exactamente lo que habíamos esperado de ella y que nos hubiera costado definir.

IV

Reyes

De loin, très loin, du bout du monde, lui venaient des odeurs de choses bonnes à manger.

Maurice Sendak, *Max et les Maxi-monstres*

Para acudir a la cabalgata, Víctor y yo caminamos en la Puerta del Sol. En la fachada del gobierno de la Comunidad delante de la que pasé a finales de julio con Muñoz, una placa conmemora las sublevaciones de los 2 y 3 de mayo de 1808 contra las tropas de Napoleón y su represión. Goya pintó dos cuadros de aquellos acontecimientos. El más famoso, *Los fusilados del 3 de mayo de 1808* fascinaba a Picasso por su doble luz : una suerte de potente claro de luna y aquella linterna enorme colocada en el suelo que sólo alumbraba al condenado de brazos alzados. El *Guernica* se inscribe en la tradición de las pinturas históricas.

Una segunda placa conmemorativa rinde homenaje al comportamiento ejemplar de los madrileños en el momento de los atentados del 11 de marzo de 2004, a todos aquellos anónimos que rescataron a las víctimas. Aquella vez, el pueblo salió a la calle para manifestar su asco y su pena. El gobierno, en plena campaña electoral, había imputado los atentados a ETA cuando un grupo radical islamista estaba en el origen de la masacre. En consecuencia, los políticos en cuestión habían sido barridos en las elecciones.

El domingo, los Madrileños gritaron de nuevo su cólera, esta vez oportunamente contra ETA, y contra el gobierno : creyó tratar con la organización terrorista, que acababa de hacer explotar una enorme carga de explosivo en el terminal 4 de Barajas. Dos jóvenes Ecuatorianos fallecieron en ello.

Aquel 5 de enero de 2007, menos de una semana después del atentado, el pueblo está de nuevo en la calle. Masivamente. Aquella vez, la muchedumbre supera medio millón de personas. La manifestación es *monstrrrrueuse, terrrrible*, como podría decirlo papá en su francés con dejo. Y la sonrisa de Víctor cuando le saco una foto en la Plaza de Cibeles es una sonrisa de crío.

Madrid está celebrando Reyes.

*

Tras nuestra escapada al Reina Sofía, no volví a ver a papá durante una temporada. Había llamado al día siguiente. Mamá lo había cogido.

- ¿Qué tal está ?

- No está mal. Pero la visita lo cansó y no durmió muy bien. En este momento está descansando, dormido ante el televisor. ¿Quieres que te pase con él ?

- No, no lo molestes. Dale un beso fuerte de mi parte.

Víctor y yo pasamos el fin de año de fiesta entre amigos. Llamé a mis padres para la Nochevieja. Decidimos que almorzaríamos juntos el 6.

- Nada de locuras, me dijo papá. No os vayáis a gastar un dineral en regalos.

No le hablé de su operación, ignoraba si lo preocupaba mucho, suponía yo que sí y no me apetecía molestarlo con ello. Era dentro de unos días.

- Isaura, cuelga, que te vuelvo a llamar...

Y tuvo una risa que no consiguió aparentar tan indiferente como hubiera querido :

- Quiero hablarte de mi testamento, lo cual puede tardar un rato.

En realidad, se trataba de otra cosa muy diferente de cuestiones de sucesión para las que ya desde hacía mucho tiempo, había tomado disposiciones, al contrario de muchos Españoles reticentes a este tipo de trámites... Eso es lo que me explicó al volver a llamarme. Yo no estaba muy a gusto.

– Te estoy hablando de mi testamento moral, me precisó. No, en serio, Isaura, nunca se sabe lo que podría ocurrirme, o mejor dicho, se sabe clarito como el agua. A mi edad, tal intervención... Veámonos, ¿ te parece ?

– ¿ Antes del sábado, quieres decir ?

– Sí. Así estará todo arreglado y tendré la consciencia en paz para el día de Reyes.

Acordamos reunirnos el jueves en casa de Dany, mientras mamá estaría en su sesión de fitness.

– ¡ Ay, pero dime ! volvió a lanzarme, ¿ Qué habéis decidido, Yolanda y tú ? El pastel, mejor valdría tomarlo la misma mañana en la calle San Onofre.

– Así está previsto. Víctor y yo nos hacemos cargo.

– ¡ Tenéis que prever media hora de cola !

La noche del jueves, en casa de Dany, había un montón de gente cuando me reuní con papá. Estaba en una mesa con Enrique, un aficionado del bar, a quien explicaba en detalles en qué consistía la cirugía de triple derivación. Enrique se levantó para saludarme :

– Tu padre está impaciente por verte, lo que entiendo mejor al enterarme de lo guapa que eres. Os dejo entre familia.

– Vaya con el zalamero de Enrique, se rio papá.

Me senté en el lugar que ocupaba su amigo y pedí un fino, yo también. Víctor y yo aún teníamos algunas

compras que hacer y, aunque las tiendas quedaban abiertas hasta la noche, quería no tardar e ir al grano cuanto antes.

– ¿ Estás seguro de que éste es el lugar adecuado para hablarme de tu « testamento moral » ?

Papá asintió fuertemente con la cabeza :

– ¡ Claro ! Aquí hay tanto bullicio que cada conversación sólo es audible por los que la tienen, ¡ como mucho !

– Entonces, papá...

– ¿ Entonces ?

Tomó un tiempo para pensar.

– Entonces... lo que tengo que contarte, había previsto confiártelo en la clínica, te acuerdas, toda la verdad...

« Confiártela... » Por teléfono, ya había hablado de aliviar su consciencia...

– Los dos nos conocemos bien. A veces, nos basta con una mirada para saber lo que tiene el otro en la mente, ¿ verdad ? Lo he pensado. Ahora que he empezado a hablarte, debo ir hasta el final. Por otro lado, nada quiero imponerte, cariño. No quiero estorbarte...

La zona de sombra que permanecía, para mí, atañía a la primera niñez de papá, su vida familiar de antes del 26 de abril de 1937. No veía bien en qué « estorbaría » el recoger informaciones sobre aquel período de su vida, al contrario... Debía de tratarse de otra cosa. En cuanto a detalles macabros en relación con el mismo bombardeo, cuya memoria pudo habersele avivado al ver el *Guernica*, no estaba segura, en efecto, de poder aguantarlos, pero sentí que aquél tampoco era el tema.

Yo había sufrido demasiado por los silencios de papá. Hoy, entendía mejor su naturaleza, pero aún le faltaba

una pieza al rompecabezas. No me había fallado la intuición, y le estaba agradecida a papá por haberlo percibido. Más que nunca tuve ganas de saber, y le dije que estaba preparada para oírlo.

Tenía cerca de diecisiete años. Volvía del colegio. Se cruzó con aquel hombre. Se miraron, y el primer error de papá fue darse la vuelta. El hombre también se dio la vuelta. El segundo error fue echarse a correr. El hombre lo alcanzó. « ¡ Tú eres el hijo del cojo ! Pongo la mano en el fuego que eres el hijo de ese rojo. »

Papá había reconocido a uno de los hermanos de su madre, con los que se había distanciado desde el principio de la guerra, por razones políticas. Éste, el más radical, el más facha, caracterial para más señas, ya no quiso soltar a papá que le parecía arropado como un pudiente, mientras que él iba mugriento, con ropa marchitada y apestaba a vino. Aterrorizado al pensar en un escándalo y en la revelación pública de su identidad, papá había consentido dócilmente a conducirlo hasta su padre.

Felipe los había acogido. No había tardado mucho en entender la situación. Había conversado con el tipo, le había ofrecido de beber, lo había alabado como para tirarlo de la lengua. El tío vivía solo aquí, el resto de la familia aún se encontraba cerca de Bilbao. Felipe había comprobado que el tío sólo había identificado al sobrino en aquel mismo instante, asegurándose así de que no había podido hablar de él a nadie.

El tío había agradecido obsequiosamente al « Señor Moreno » por haber cuidado de papá en todos aquellos años, pero al fin y al cabo Felipe se había apropiado de un niño y tenía que devolverlo. Sin contar que una

palabra a la Guardia Civil bastaría para poner fin a esa situación y enviarlo a la cárcel. Por otro lado, el tío no se planteaba hacerse cargo de papá, o bien lo pondría a trabajar, pero dónde, si es que no había trabajo en la ciudad y en ella se moría de hambre tanto como en el campo... Un arreglo mejor debía de existir...

Felipe, sin desestabilizarse para nada, había pedido al tío que le hiciera una oferta. El otro había fijado una cantidad y Felipe había ido a buscar los billetes, una cantidad bastante importante de billetes. Era evidente que pronto el tío volvería y pediría más dinero.

Entonces, sin perder la calma lo más mínimo, así, en medio de una frase amable, Felipe le había asestado un potente uppercut en la barbilla, como para atronar un toro, papá aún se acordaba del chasquido de los dientes, y el tío había caído de espaldas inconsciente.

– Ve a por agua.

Cuando papá había vuelto con ellos con la jarra que había llenado, el tío tenía una navaja plantada en el corazón.

*

La Cabalgata salió de Nuevos ministerios y la esperábamos en Cibeles. El itinerario es nuevo este año. Algunos ya cogieron asiento desde principios de la tarde en las tribunas, y la muchedumbre se amontona a lo largo del recorrido, dejando libres las contracalles que vamos remontando lentamente. No le dije nada a Víctor de la confidencia con aire de confesión de papá. Es probable que nunca sepa nada de ella.

Por muy tremendo que sea, no siento sino indiferencia para con aquel tío abuelo asesinado que permanecerá

anónimo para mí, habiéndome callado papá su nombre, como tampoco me indicó el lugar donde lo enterraron. Una fosa de otro tipo del franquismo, y que permanecerá sin registrar, ésa, pensé con amarga irrisión.

El tiempo ha estado espléndido durante toda la semana, frío y seco. Ya ha anochecido desde hace rato cuando llegan los primeros carros. Desde el lugar donde nos encontramos, la estrella blanca de cinco puntas con su cola de cometa parece deslizarse sobre las cabezas de la gente, seguida de las caras inmaculadas de una decena de muñecos de nieve gigantes y bonachones en fila.

No estamos lo bastante alto para ver desfilar las bandas musicales entre los carros. Me izo en un guardacantón de cemento y entreveo a los indios venidos especialmente de Londres que tocan la gaita.

Siento la nostalgia de mi infancia, cuando papá me llevaba en los hombros y yo sostenía mal que bien un paraguas al revés para recoger los caramelos tirados con prodigalidad por los reyes. Víctor tiene recuerdos similares. Vemos que se acerca un palacio de las mil y una noches, con los minaretes de volutas iluminados, que aclama la muchedumbre. Los gritos cambian de naturaleza tras este paso cuando surge una criatura monstruosa, una inmensa serpiente, de un blanco lácteo, con la boca de dientes afilados abierta.

- ¡ Mira ! me grita Víctor

- ¡ Ya veo!

Primero, me río. Los niños de las primeras filas, excitados sobremanera, observan desde hace tiempo, con delicioso espanto la bestia amenazadora, su clamor recorre la multitud como una ola...

La criatura gigante es de plástico, hinchada sin duda con helio. Un conjunto de palitos la sostienen, con los que hábilmente juegan los numerosos manipuladores y así le confieren esas ondulaciones.

Regularmente, la serpiente se alza, antes de hundir su hambriento hocico entre la multitud para devorarla cruda.

El efecto resulta impresionante incluso desde la distancia y me refugio entre los brazos de Víctor.

– Vámonos. Tengo un poco de frío y empiezo a cansarme.

– ¿No quieres esperar hasta el final ?

– No, Vic.

Seca con suavidad mis lágrimas con un beso en los rabillos de mis ojos. Quisiera retener sólo lo apaciguado que estaba papá, pero el pensamiento de su operación me obsesiona. No sólo temo que fracase y la serpiente de la nada engulla para siempre al cielo de mi padre. También temo las consecuencias de la intervención, la debilitación que implica, la larga convalecencia... ¿Cómo voy a aguantar la vista de mi padre debilitado ?

Dimos media vuelta y nos encaminamos hacia la Gran Vía. Nos prometimos ir a ver Marie-Antoinette, que mamá adoró cuando se estrenó en Francia. Tenemos tiempo antes de la función. Caminamos en medio de la calle Alcalá cerrada al tráfico, desde donde la vista es preciosa sobre los edificios adornados.

En casa de Dany, papá me tomó de la mano. Acababa de contarme que cuando volvieron su padre y él de enterrar el cuerpo, no habían intercambiado ni una palabra. Se habían preparado un arroz con leche, uno de los mejores que hubieran comido jamás, con ralladura de

naranja y canela, y lo habían degustado en silencio, sentados uno frente al otro. Y nunca más habían hablado del muerto.

– Si algún día tienes una hija, una arqueóloga de hija, una pequeña portadora de luz como tú, podrás edificarla sobre el Minotauro de su abuelo, pero no es una obligación, sabes... Sobre todo, procura enseñarle que no hay memoria que valga sin una parte de olvido... A tus hijos, si es que los tienes un día, podrás decir que hice lo que pude y fui feliz a pesar de todo.

– Está bien, papá, me cabreé, no me vengas con el rollo de « mis últimas voluntades »... Serás tú quien les digas todo eso.

– Soy viejo, Isaura, lo sabemos muy bien tú y yo. Si tienes un varón, ¿sabes lo que me ilusionaría ? Que le dieras mi peonza.

Vaciló un instante antes de añadir :

– Y que le nombraras Emilio.

Fin

Dossier de l'édition française

Le bombardement de Gernika le 26 avril 1937 est resté dans la mémoire collective comme le premier de la longue litanie des bombardements massifs de populations civiles avec destruction totale d'une ville. Il fut en quelque sorte préparé par les raids violents sur Madrid dès août 1936 et le bombardement de Durango le 31 mars 1937.

Voici la description qu'en donne l'historien Hugh Thomas :

« Le 26 avril 1937, le front se trouvait à moins d'une vingtaine de kilomètres de Guernica, dont les rues regorgeaient de réfugiés et de soldats qui battaient en retraite.

À quatre heures et demie de l'après-midi, les cloches sonnèrent pour annoncer un raid aérien. Il y en avait déjà eu quelques-uns sur la région, mais Guernica n'avait pas été bombardée. Elle n'avait de défense antiaérienne d'aucune sorte. À cinq heures moins vingt, un Heinkel 111 (un nouveau bombardier rapide allemand, doté d'une structure métallique et capable d'emporter 1500 kg de bombes), piloté par le commandant Von Moreau, bombardra la ville, disparut et revint accompagné

de trois appareils du même type. Ces Heinkel furent suivis de trois escadrilles (soit vingt-trois avions) de Junkers 52, les vieux spectres de la guerre d'Espagne, de quelques nouveaux chasseurs Messerschmitt BF-109, et de quelques chasseurs d'un modèle plus ancien, des Heinkel 51. Les chasseurs avaient pour mission d'escorter les bombardiers, mais également de mitrailler à basse altitude toutes les personnes qui se montraient. Bombes incendiaires, brisantes et shrapnels, représentant une charge totale de 50 tonnes, furent largués par plusieurs vagues successives d'avions. Au total quarante-trois appareils prirent part à la mission ; les Junkers étaient commandés par les lieutenants von Knauer et von Krafft. Le centre du village fut complètement détruit et brûlé (...)

Le bilan fut lourd, de l'ordre d'un millier de morts – mais les événements qui suivirent empêchèrent d'en connaître exactement le nombre ; il y eut également beaucoup de blessés et de mutilés. Il se peut que des avions italiens aient participé aux dernières phases du bombardement.

Les faits ont été attestés par toutes les personnes qui étaient présentes, y compris le maire de la localité et le consul de Grande-Bretagne, ainsi que les correspondants étrangers – en majorité britanniques – qui se trouvaient au Pays basque. Néanmoins Bolin, le chef du département étranger des services de presse et de propagande à Salamanque, déclara le 27 avril que les Basques avaient eux-mêmes fait sauter Guernica... »

Le bombardement de Gernika est emblématique du rôle de la presse, qui empêcha que le silence se fasse. Le journaliste britannique George Steer fut le premier à en rendre

compte par une dépêche publiée dès le 28 avril dans *The Times* et dans *The New York Times*.

En voici le début :

« De notre envoyé spécial, Bilbao, 27 avril.

Guernica, la plus ancienne ville des Basques et centre de sa tradition culturelle, a été complètement détruite hier après-midi par les avions des insurgés. Le bombardement de cette ville ouverte, loin derrière le front, a duré exactement trois heures un quart, au cours desquelles une escadrille puissante d'avions allemands de trois types, bombardiers Junkers, Heinkel et chasseurs Heinkel, n'a cessé de déverser sur la ville des bombes de mille livres au minimum et, d'après certaines estimations, plus de trois mille projectiles incendiaires en aluminium pesant deux livres. Les chasseurs, entre-temps, s'éloignaient du centre de la ville vers la campagne pour mitrailler ceux qui se réfugiaient dans les champs.

Toute la cité fut bientôt en flammes, sauf la Casa de Juntas historique, avec ses riches archives de la race basque, où siégeait jadis l'ancien Parlement basque.

Le fameux chêne de Guernica, vieux tronc desséché âgé de six cents ans et orné de jeunes pousses de ce siècle, fut épargné. C'est ici que les rois d'Espagne prêtaient serment de respect aux droits (fueros) démocratiques de Biscaye. En retour, ils recevaient la promesse d'allégeance comme souverains avec le titre démocratique de señor et non pas rey [de] Vizcaya.

La noble église paroissiale de Santa María fut, elle aussi, épargnée, sauf sa belle salle du chapitre qui fut touchée par une bombe incendiaire.

À deux heures du matin, quand j'ai visité la ville, le spectacle était terrifiant. Guernica brûlait

d'un bout à l'autre. Les reflets de l'incendie pouvaient être vus sur les nuages au-dessus des montagnes, à seize kilomètres de distance...

Durant toute la nuit, les maisons s'écroulèrent, au point que les rues étaient encombrées de longs amas de débris rougeoyants impénétrables. De nombreux survivants civils partirent de Guernica vers Bilbao dans d'anciennes charrettes à roues pleines tirées par des bœufs. Des charrettes remplies d'ustensiles et de meubles qui avaient pu être sauvés du feu obstruèrent les rues tout au long de la nuit. D'autres survivants furent évacués dans des camions du gouvernement, mais beaucoup d'entre eux furent obligés de rester dans les alentours de la ville en flammes, couchant sur des matelas ou cherchant des parents perdus, des enfants égarés, pendant que des unités des forces des pompiers et la police basque motorisée, sous la direction personnelle du ministre de l'Intérieur M. Monzón et de sa femme, continuaient le travail de sauvetage jusqu'à l'aube.

Par son exécution et le degré de destruction perpétré, autant que par le choix de son objectif, le bombardement de Guernica est sans exemple dans l'histoire militaire. Une usine qui produisait du matériel de guerre, située hors de la ville, ne fut pas touchée. Ce fut aussi le cas de deux casernes qui se trouvaient à quelques distances de Guernica. Celle-ci était loin derrière les lignes de combat. Le but du bombardement était apparemment de démoraliser la population civile et de détruire le berceau de la race basque.

Le jour était bien choisi. Le lundi est en effet jour de marché à Guernica, et les paysans de toute la région s'y rendent...» (Dépêche de Steer, citée par Southworth dans *La Destruction de Guernica.*)

L'historien Herbert R. Southworth a étudié avec une précision et une rigueur remarquables la façon dont la presse a rendu compte de l'événement et de la polémique qui a pu se développer sur le comment, le pourquoi et le bilan du bombardement.

À propos de l'article de George Steer, il remarque :

« En raison de la position politiquement conservatrice et journalistiquement prestigieuse de ces deux journaux [The Times et The New York Times] - chacun d'eux étant considéré comme le plus important dans son pays respectif - ce télégramme fut le plus largement commenté dans le monde entier. Il fut certainement l'un des rapports de presse les plus significatifs sur la guerre civile d'Espagne ; il fut rédigé sur un ton modéré et n'exagéra ni les dégâts matériels ni le nombre des victimes. » (Extrait de *La Destruction de Guernica*.)

S'interrogeant sur les raisons de la persistance d'une controverse longtemps après les faits et en dépit des nombreux témoignages, Southworth avance un argument lié à la religion et à la spécificité basque : *« La guerre civile d'Espagne avait lieu pour que la classe possédante en Espagne, propriétaire de la terre, des usines et des banques, puisse garder ses possessions. Cette réalité économique fut généralement masquée derrière la guerre sainte. Dans cette guerre civile, la position du Pays basque où la majorité du peuple, catholique, était du côté de la République, constituait un défi au grand dessein qui faisait des nationalistes espagnols des croisés. Au Pays basque, ces croisés n'ont pas hésité à mettre des prêtres catholiques (Basques, mais prêtres néanmoins) dos au mur et à les fusiller. Est-ce par hasard que la plus*

connue des atrocités de l'atroce guerre civile fut le bombardement de Guernica, bombardement d'une ville catholique, peuplée de catholiques pratiquants, par les mercenaires fascistes de la croisade du vingtième siècle ? »

La vérité sur Guernica a toujours été occultée dans l'Espagne nationaliste. Devant l'évidence et les contradictions insurmontables de la thèse suivant laquelle les Basques eux-mêmes auraient détruit leur ville, la propagande franquiste a fini par reconnaître les faits, mais tenté d'en minimiser la portée : la population aurait fui à temps devant l'imminence du danger, le marché ce lundi-là aurait été annulé...

« En réalité, écrit Southwoth, si la liste des morts de ce jour-là englobe dix-huit hameaux, c'est qu'il y avait sans doute cohue. »

Et Hugh Thomas affirme de son côté :

« Même la commission d'enquête nationaliste devait estimer que 70 % des habitations avaient été totalement détruites, 20 % sérieusement endommagées, 10 % seulement étant relativement intactes. Il y avait environ un millier de tués.(...) Il y eut également beaucoup de blessés et de mutilés. »

De cet événement considérable, Picasso a réalisé *« une image transcendante et hors du temps (...) Il ne nous présente pas l'horreur d'un événement réel ; c'est une tragédie universelle à laquelle donnent vie le mythe qu'il a réinventé et le caractère révolutionnaire direct de sa mise en scène »*. (Roland Penrose.)

Bibliographie

Pour la première partie :

Memoria colectiva del bombardeo de Gernika

María Jesús Cava Mesa, con la colaboración de María Silvestre y Javier Arranz. Bakeaz-Gernika Gogoratuz, 1996.

Ce livre se compose de témoignages de survivants répondant, plus de cinquante ans après les faits, à un vaste questionnaire exploité méthodiquement. Les informations recueillies, bien que tardives, sont sans prix sur le bombardement même et la vie quotidienne à Gernika dans les jours qui l'ont précédé.

Quiero morir por algo

Joseba Elozegi. Plaza y Janes, 1977.

Joseba Elozegi, né en 1915 à San Sebastián, était engagé volontaire au début de la guerre civile. Combattant sur le front basque, il se trouvait cantonné à Gernika le 26 avril 1937. Il raconte sa vie de *gudari* et nous donne une dizaine de pages d'un précieux témoignage sur le bombardement de Gernika.

Son livre contient aussi le journal de l'auteur tenu pendant l'été 1970, juste avant qu'il n'accomplisse un acte héroïque et suicidaire dont la mémoire, étrangement, nous est peu restée : le 18 septembre 1970, lors du Championnat du monde de pelote basque qui se déroulait à San Sebastián, Joseba Elozegi, s'immolant par le feu, sauta du haut du fronton Anoeta devant la tribune officielle où se trouvait Franco, au cri de *Gora Euzkadi Azkatura* (« Vive le Pays basque libre »). Il fut hospitalisé quatre mois pour cela et condamné à sept ans de prison. « *Je voulais porter le feu qui avait détruit Gernika devant les yeux de celui qui l'avait allumé.* » (*Quería llevar aquel fuego que la destruyó a la vista de quien la provocó*).

Toute la vie de Joseba Elozegi fut hors du commun : fait prisonnier en 1937 par les Italiens puis échangé contre un prisonnier des républicains, il combattit le reste de la guerre en Catalogne, avant de s'exiler en France où il œuvra pendant l'occupation allemande comme agent de renseignements des Alliés et passeur de frontière.

En mai 1946, il hissa l'*ikurriña* (le drapeau basque) en haut de la cathédrale de San Sebastián. Et en 1984, il déroba à l'intérieur du musée de l'Armée, à Madrid, un drapeau basque exposé comme « trophée pris à l'ennemi ».

Son engagement pour la cause nationaliste basque fut du côté de la non-violence. Élu au Sénat d'Espagne, il a siégé aux Cortés de 1979 à 1989. Il est mort en 1990.

Pour la deuxième partie :

Les Fosses du franquisme

Emilio Silva et Santiago Macías, traduction et préface de Patrick Pépin. Calmann-Lévy, 2006.

Paru dans son édition originale à Madrid en 2003 sous le titre *Las Fosas de Franco*, ce livre raconte un acte fondateur mettant fin à un long silence de la société espagnole : en 2000, Emilio Silva et Santiago Macías ont créé l'ARMH, l'*Asociación para la recuperación de la memoria histórica* (Association pour la réhabilitation de la mémoire historique) dont l'objectif est de répertorier sur tout le territoire les endroits où ont été enterrés illégalement « les vaincus du franquisme » exécutés sommairement.

L'association milite aussi pour le droit à l'exhumation des corps enfouis dans ces charniers et la reconnaissance des droits des républicains.

La préface de Patrick Pépin situe l'ouvrage et dans son contexte historique, politique et social.

Histoires intimes de la Guerre d'Espagne

Patrick Pépin; France Culture-Nouveau monde, 2006.

Accompagné de deux CD, ce livre a pour sous-titre *1936-2006 :*

la mémoire des vaincus. Il présente les témoignages de républicains espagnols et de leurs familles, recueillis pour une série d'émissions

diffusées en 2004 sur France Culture. La préface éclaire la façon dont la question de la mémoire se pose à la société espagnole.

Pour la troisième partie :

Dans les « Notes de Victor », je n'ai pas voulu alourdir le roman par des renvois multiples indiquant chaque fois la source de mes emprunts. Ces trois livres les ont très largement inspirées :

Guernica - Legado Picasso. Textos de J.Miró, J. L. Sert, J. Tusell y H. Chipp. Ministerio de Cultura. Dirección general de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas, 1981. Il s'agit du catalogue de l'exposition du legs Guernica de 1981 au Casón del Buen Retiro du musée du Prado.

De Picasso à Guernica. Jean-Louis Ferrier Denoël, 1985.

Picasso/Dora Maar - Il faisait tellement noir... Anne Baldassari. Flammarion-Réunion des Musées nationaux, 2006.

Et aussi :

La Tête d'obsidienne. André Malraux Gallimard, 1974.

Max et les Maximonstres. Maurice Sendak. Delpire, 1967- L'école des loisirs.

Pour le dossier :

La Destruction de Guernica : journalisme, diplomatie, propagande et histoire. Herbert R. Southworth Ruedo ibérico, 1975.

La Guerre d'Espagne : édition définitive. Hugh Thomas. Traduit de l'anglais par Jacques Brousse, Lucien Hess et Christian Bounay. Laffont bouquins, 1985.

Picasso. Roland Penrose. Traduit de l'anglais par Jacques Chavy et Paul Peyrelevede Flammarion, 1982.